

REVISTA CONTEMPORÁNEA

MADRID : 1877

TIPOGRAF-ESTEREOTIPÍA PEROJO

MENDIZABAL , 64

# REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRIGIDA POR

D. JOSÉ DEL PEROJO.

AÑO II—III—TOMO XI.

SETIEMBRE—OCTUBRE 1877



OFICINAS

MADRID: PIZARRO, 15, BAJO  
PARIS, 19, RUE PROVENCE

BUENOS-AIRES

*Jacobsen et Saederstedt*

HABANA

*A. Chao y Compañía.*

VENEZUELA

*J. M. Larrazabal.*

REVISTA

CONTENIDO







# EL AMIGO FRITZ

POR

ERCKMANN CHATRIAN



I.

**A** la muerte de Zacarías Kobus, juez de paz en Hunennbourg, acaecida en el año 1832, su hijo Fritz Kobus, viéndose dueño de una bonita casa en la plaza de las Acacias, una buena finca en el valle de Meishental, y de no pocos escudos colocados sobre fuertes hipotecas, se consoló bien pronto diciendo : « *Vanitas et vanitatum* » todo es vanidad. ¿Cuáles son las ventajas que tienen en este mundo los hombres trabajadores? Una generacion sigue á la otra, sale el sol y se pone todos los dias de igual manera, el viento sopla hoy del Norte y mañana de Mediodía; entran los rios en el mar y el mar nunca se llena ; todo trabaja en este mundo más de lo que el hombre puede imaginarse , los ojos no se cansan de mirar, ni los oidos de oir ; se olvida lo pasado, y se olvidará lo venidero ; lo mejor es no hacer nada... para no arrepentirse de lo que se ha hecho.

Así razonaba en este dia, y al siguiente, convencido de lo bueno de su razonamiento, añadía :

«Te levantarás entre siete y ocho de la mañana, y la vieja Katel te entrará el desayuno, que elegirás á tu gusto. Podrás ir despues al Casino á leer algun periódico, ó pasearte por el campo para abrir el apetito. A las doce volverás para comer, y concluida la comida, repasarás las cuentas, recibirás las rentas y harás tus compras. Por la noche, despues de cenar irás á la cervecería del Grand Cerf para jugar alguna partida de youker con el primero que se presente. Fu-



marás algunas pipas, vaciarás sendos vasos de cerveza, y serás el hombre más feliz del mundo. Trata de tener siempre la cabeza fría, el estómago ligero y los piés calientes : este es el precepto más prudente. Y sobre todo, evita tres cosas : engordar, comprar acciones industriales y casarte. Con esto, Kobus, te predigo llegarás á más edad que Matusalem ; las generaciones venideras te admirarán diciendo : «Era un hombre de talento, de buen sentido y jovial.» ¿Qué más puedes desear, cuando el sabio Salomon declaró que los hombres y las bestias están sujetos á los mismos accidentes, y que la muerte del uno es idéntica á la del otro? Puesto que esto es así, aprovechémonos de la vida miéntras dura.»

Siguiendo esta regla que se había trazado de antemano, Fritz Kobus hizo lo mismo durante quince años ; su vieja criada Katel, la mejor cocinera de Hunennbourg, le servía siempre las tajadas que más apetecía, preparadas del modo que quería ; constantemente tuvo la mejor coliflor, el jamon más succulento, las mejores salchichas y los vinos más exquisitos del país ; tomaba ordinariamente cinco vasos de cerveza en la cervecería del Gran Cerf ; leía siempre el mismo periódico, á la misma hora, y jugaba al youker ó rams con unos y otros.

Fritz Kobus se mantenía inalterable viendo cómo cambiaba todo en torno suyo : sus antiguos compañeros ascendían, sin que Kobus les envidiara, al contrario, cuando leía en un periódico que Yeri Hans había ascendido á capitán de húsares por su valor ; que Franz Sepel acababa de inventar una máquina para hilar el cáñamo á mitad de precio ; que Retrois había obtenido una cátedra de metafísica en la Universidad de Munich ; que á Nickel Bischof se le había condecorado por sus bellas poesías, tenía una gran alegría y exclamaba : «¡Cómo trabajan todos estos pobrecillos! Los unos se dejan romper la cabeza para mi seguridad ; los otros hacen inventos para que gaste yo ménos, y algunos sudan sangre y tinta para escribir poesías que me entretengan cuando me aburra... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡pobrecillos!»

Entonces hinchando los carrillos, ensanchando la boca de oreja á oreja y con su ancha nariz dilatada hasta la deformidad, lanzaba una interminable carcajada de satisfacción.

Como tenía cuidado de hacer un ejercicio moderado, su salud era cada día mejor, su fortuna aumentaba razonablemente porque no compraba acciones ni quería enriquecerse de repente. No tenía disgustos de familia porque se conservaba soltero ; estaba satisfecho, alegre, gozoso. Era un ejemplo vivo del buen humor que proviene del buen sentido y la honradez humana ; y como tenía dinero, no le faltaban amigos.

Imposible ser más feliz que Fritz, pero su trabajo le había costado ; porque dejó á la consideración de ustedes si tendría proposiciones de matrimonio en estos quince años ; piensen ustedes las viudas y



solteras que querrían sacrificarse á su felicidad; de cuántas tretas se valdrían las mamás para atraerlo á sus casas y decidirlo por Carlota ó Gretchen. A costa de muchos trabajos se había salvado de esta conspiracion universal.

Existía sobre todo un viejo rabino llamado David Sichel, el casamentero más furibundo del mundo: éste se había empeñado en casar á toda costa á Fritz: cualquiera hubiera dicho que tenía comprometido su honor en esta empresa. Y lo peor era que Kobus quería entrañablemente á este viejo; lo quería por haberlo visto desde pequeño sentado en el suelo en casa de su padre; por haberle oído discutir y gritar gangoseando alrededor de su cuna; por haber saltado sobre sus escuálidas rodillas, tirándole de la perilla; por haber aprendido el gudisch (1) de sus propios labios; por haberse divertido en el patio de la Antigua Sinagoga, y por haber comido con él muchas veces bajo la tienda de follaje que levantaba en su casa, como todos los hijos de Israel, para celebrar la fiesta de los Tabernáculos.

Todos estos recuerdos se mezclaban y confundían en el alma de Fritz con los mejores de su infancia; por eso su mayor placer era divisar el perfil del viejo rebbe (2) con el sombrero raído echado hácia atrás, gorro de algodón negro metido hasta la nuca, capote verde muy usado, con cuello mugriento y grande que le cubría hasta las orejas, la nariz acaballada atascada de tabaco, perilla gris, las piernas largas y excesivamente delgadas, con medias negras que caían formando arrugas como colocadas en el palo de una escoba, y zapatos redondos con hebillas de cobre. Sí; esta cara amarillenta, llena de finura y bondad, tenía el privilegio de atraer á Kobus como ninguna otra en Hunennbourg, y por muy léjos que le divisara, le gritaba siempre en tono gangoso é imitando sus gestos:

—¡Hola! ¡Hola! viejo posehé-israel (3), ¿cómo va?... Ven, y probarás mi kirschenwasser.

Aunque David Sichel tenía más de 60 años, y Fritz sólo contaba 36 se tuteaban, y no podían pasarse el uno sin el otro.

El viejo rebbe se aproximaba, meneando la cabeza y salmodiando:

—Shande (4)... Shande, ¿no has de variar nunca? ¿Has de ser siempre el mismo que yo bailaba sobre las rodillas, y que me quería arrancar la barba? Kobus, reconozco en tí el carácter de tu padre; era un viejo atolondrado que pretendía conocer mejor que yo el Talmud, ¡y se reía de las cosas santas como un verdadero pagano! Si no hubiera sido el hombre más honrado del mundo, y dado fallos en el tribunal dignos de competir con los de Salomon, ¡merecía que se le

---

(1) Patois compuesto de alemán y hebreo.

(2) Rebbe (rabino).

(3) Mal judío.

(4) Atolondrado.



hubiese colgado! Tú te pareces á él, eres un epikaures (1); pero te perdono tambien.

Entónces Fritz se reía hasta llorar, y subían juntos á tomar un vaso de kirschenwasser, que el viejo rabino no desdeñaba nunca. Hablaban en gudisch del precio de los granos, de los ganados, de las novedades de la ciudad, y de todo. Si alguna vez David necesitaba dinero, Kobus se lo adelantaba sin interes. En resúmen, quería mucho al viejo rebbe, y David Sichel quería á Kobus casi á la par de su mujer Sourlé y sus dos hijos Isidoro y Nathan; pero abusaba de su amistad con el empeño de casarlo.

Apénas hacía veinte minutos que estaban sentados el uno en frente del otro hablando de negocios, y mirándose con el placer que experimentan dos amigos en verse, oirse y comunicarse los pensamientos más recónditos, aquellos que es imposible fiar á un extraño; y en uno de esos momentos en que languideciendo la conversacion, la fisonomía del viejo rebbe tomaba un aspecto soñoliento, se animaba éste de repente, y como herido por un rayo de inspiracion exclamaba:

—Kobus, ¿conoces á la viudita, hija del consejero Ramer? ¿Sabes que es una mujer preciosa? ¡Una mujer encantadora! ¡Qué ojos tan hermosos, y qué amable es! Anteayer, al pasar por delante de su casa, se asoma á la ventana y me dice: «¡Oiga! señor rabino Sichel, ¡qué placer tan grande tengo en veros!» Entónces me detengo, Kobus, y sorprendido le replico: «¿Cómo un pobre viejo como David Sichel puede prender esos hermosos ojos? No, no, eso no puede ser; ¡sólo por bondad de alma podeis decirme esas cosas!» Y en verdad, Kobus, que es una mujer buena y graciosa, y de gran talento. Es, segun las palabras del *Cántico de los cánticos*, como la rosa de Sarron y el lirio de los Valles.

Y así diciendo, el viejo rabino se animaba cada vez más.

Pero al notar que Fritz se sonreía, se interrumpía meneando la cabeza, y prorumpía en estas ó semejantes frases.

—¡Te ríes!... ¿Es posible que siempre te estés riendo? ¿Se puede hablar así? ¿No es verdad lo que estoy diciendo?

—Es todavía mil veces más hermosa. Pero, vamos, continúa tu cuento. Te hizo entrar para decirte que quería casarse de nuevo. ¿No es eso?

—Sí.

—Está bien. Esta es la vigésimatercia.

—¿La vigésimatercia que me rehusas, Kobus?

—Es verdad, David, con disgusto, con gran disgusto. Quisiera casarme por complacerte; pero ya sabes...

Entónces el viejo rebbe se irritaba.

—Sí, decía; sé que eres un gran egoista, un hombre que no piensa sino en comer y beber, y que te has formado una idea muy elevada

(1) Epicúreo.



de tí mismo. ¡Pues bien! Te equivocas, Fritz Kobus; sí; estás equivocado al rehusar los mejores partidos de Hunennbourg, porque te vas haciendo viejo : deja pasar tres ó cuatro años más, y tendrás el cabello gris. Entónces me dirás : «David, búscame una mujer; corre. ¿No conoces ninguna que me convenga?» Pero entónces será tarde, ¡maldito shandel! ¡Demasiado buena es esta viuda en quererte!

Cuanto más se enfurecía el viejo, más se reía Fritz.

—No puedo resistir tal modo de reírte!—decía David sacudiendo las manos á la altura de la cabeza ; ¡esto me desespera! ¿no parece que estás loco cuando te ries de esta manera?

Y despues de un momento de calma:

—Kobus, decía desesperado, vas hacer que me vaya con ese modo de reírte. ¿No puedes estar serio una vez siquiera? ¿tan sólo una vez?

—Vamos, posehé-israel, contestaba Fritz, siéntate y vamos á tomar otro vasito de este kirsch añejo.

—¡Qué se me vuelva veneno ese kirschenwasser, decía desesperado, si yo vuelvo á pisar tu casa! ¡tu modo de reír es tan salvaje! ¡de tal manera salvaje que me trastorna!

Y con la cabeza muy derecha bajaba la escalera vociferando:

—¡Es la última vez, Kobus, la última vez!

—¡Bah! respondía Kobus asomado á la barandilla y radiante de placer, ya volverás mañana.

—¡Jamás!

—Mañana, David, ya sabes, la botella queda por la mitad.

El viejo rebbe subía la calle á grandes pasos, temblándole la barba de rabia, y Fritz, dichoso como un rey, guardaba la botella en la alacena diciendo:

—¡Es la vigésimatercera! ¡Cómo me has divertido, viejo posehé-israel!

Al dia siguiente ó á los dos dias, David acudía de nuevo al llamamiento de Kobus ; se volvían á sentar en la misma mesa y ya no se hablaba de lo ocurrido la noche anterior.

## II.

Un dia, hácia fines de Abril, Fritz Kobus se levantó muy de mañana para abrir las ventanas, que daban á la plaza de las Acacias, despues se volvió á acostar ; la cama todavía estaba caliente ; se envolvió la colcha por los hombros, el edredon sobre las piernas, y mirando la luz roja á través de los párpados, bostezaba con verdadera satisfaccion. Pensaba en diversas cosas y de cuando en cuando abría un poco los ojos para ver si estaba bien despierto.

Brillaba uno de esos hermosos dias de primavera en que todo parece reluciente, en que las nubes huyen, el tejado de enfrente reluce, los tragaluces brillan, verdean las ramas de los árboles, y la naturaleza entera parece revivir; hasta uno mismo cree ser más joven



porque corre por sus venas nueva savia y vuelve á ver cosas que estaban ocultas durante cinco meses ; la maceta de la vecina , el gato que vuelve á pasear por los aleros, los nuevos gorrioncillos que emprenden sus batallas.

Un vientecillo templado levantaba las cortinillas de Fritz y las dejaba caer de nuevo ; de repente el viento de la montaña enfriado por las nieves, que al deshelarse corren por la sombría quebrada, llenaba de nuevo el cuarto.

A lo léjos, se oían en la calle , las risas de las mujeres que con grandes escobas barrían la nieve deshelada ; el ladrido más distinto de los perros y el cacareo de las gallinas en el corral.

Todo indicaba que venía la primavera.

Kobus, á fuerza de soñar, se había dormido otra vez, cuando el sonido de un violin penetrante y dulce le despertó, cual si oyera la voz de un amigo que despues de una larga ausencia viniera á decirle: «Aquí estoy, soy yo,» á este dulce sonido se despertó llorando ; apenas respiraba para no perder una sola nota.

Era el violin del bohemio Josef, que cantaba con acompañamiento de otro violin y un contrabajo ; cantaba en su cuarto, detras de las cortinas azules y decía:

¡Soy yo, Kobus, soy yo, tu antiguo amigo! Vuelvo á tí con la primavera, con el hermoso sol... Escucha, Kobus, cuando las abejas zumban alrededor de las primeras flores, cuando oyes el murmullo de las primeras hojas, cuando la alondra envía al cielo su primer gorgojo, cuando la codorniz corre por el campo. ¡Yo vuelvo á besarte! Ya olvidé, Kobus, las miserias del invierno. Ahora recorreré las aldeas cantando alegremente, envuelto en el polvo de los caminos ó mojado por las aguas de las tormentas. Pero no he querido pasar sin verte, querido Kobus, vengo á cantarte mi canto de amor, mi primer saludo á la primavera.

Todo esto decía el violin de Josef, añadiendo todavía cosas más profundas ; cosas que traen á la memoria recuerdos de la juventud y que sólo uno mismo puede comprender. Por eso el alegre Kobus lloraba enternecido.

Con mucho cuidado abrió las cortinas de la cama, divisando á los tres bohemios que estaban delante del umbral de su habitacion y á la vieja Katel que los miraba desde fuera de la puerta. Reconoció á Josef, alto, delgado, amarillo, desaliñado como siempre, alargando la barba con sentimiento sobre el violin, haciendo vibrar con el arco sus cuerdas, los párpados bajos y su gran cabellera negra y enmarañada, cubierta por un fieltro andrajoso y cayendo sobre sus hombros como la lana de un merino : las narices chatas, sobre un labio azulado y respingon.

Así le vió, extasiado en la música y acompañado de Kopel el jobado, negro como un cuervo, con sus dedos huesosos y bronceados esparramados por las cuerdas del contrabajo ; la rodilla un poco ple-



gada adelante y los zapatos despedazados : más léjos á Andresillo , de grandes ojos negros, orlados de blanco y elevados al techo con aire de éxtasis.

A Fritz le emocionó todo esto de una manera extraordinaria.

¿Por qué venía Josef todas las primaveras á dar música á Fritz y por qué se enternecía éste? os lo explicaré :

Hacía ya bastante tiempo , Kobus se encontraba en una tarde de navidad, en la cervecería del Grand Cerf. Las calles estaban con tres piés de nieve. En el salon, envueltos en humo, estaban los fumadores agrupados, de pié, alrededor de la gran estufa de fundicion, y solamente se separaba de vez en cuando alguno, que se dirigía hácia el mostrador para vaciar su copa de cerveza, volviendo en seguida á calentarse silenciosamente.

De repente, ven entrar á un bohemio, que con los piés descalzos, porque los zapatos estaban destrozados, y tiritando de frio, se puso á cantar con aire melancólico. A Fritz le agradó su canto, que era como un rayo de sol que penetra á través de las nubes grises del invierno.

Pero reparó que detras del bohemio y cerca de la puerta, se divisaba en la sombra al polizone Foux, con su cabeza de lobo en acecho, las orejas tiesas, el hocico puntiagudo y los ojos relucientes. Kobus comprendió que Foux debía esperar á la salida al bohemio para conducirlo á la prevencion, por indocumentado.

Indignado, al par que compadecido, se adelantó hácia él, y poniéndole un thaler en la mano, le dió el brazo y le dijo:

—¡Esta Noche-Buena la pasas conmigo, ven!

Salieron juntos con gran admiracion de todos y más de uno decía :

—Ese Kobus debe haber perdido el juicio, ¡pues no se va del brazo de un bohemio! Es un hombre muy original.

Foux le seguía arrimándose á las paredes. El bohemio tenía miedo de que le cogieran preso, pero Fritz le dijo:

—No tengas miedo que te coja, no se atreverá.

Lo condujo á su casa, donde estaba preparada la mesa para la fiesta del Chist-Kind ; sobre el blanco mantel, se levantaba en medio el árbol de Navidad, y alrededor se veía el pastel, los kúchlen empolvoreados de azúcar blanca, el kougelhof de uvas de caja, arregladas en un órden conveniente. Tres botellas de Burdeos añejo se calentaban envueltas en servilletas sobre el horno de porcelana cubierto de mármol.

—Katel, trae otro cubierto, dijo Kobus, sacudiendo la nieve de los piés ; celebros el nacimiento del Salvador con este buen hombre y si alguien viene á reclamarle... ¡fuera!

La criada obedeció ; el pobre bohemio se sentó en su sitio admirado de lo que veía. Se llenaron los vasos hasta arriba y Fritz brindó:

—Por el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, el verdadero Dios de los buenos corazones.



En aquel instante entró Foux, quedándose sorprendido de ver al mendigo sentado al lado del dueño de la casa. No se atrevió, pues, á hablar alto y dijo solamente:

—Feliz Noche-Buena, Sr. Kobus.

—Gracias, ¿quieres tomar un vaso de vino con nosotros?

—Lo agradezco, pero no bebo estando de servicio. Y á propósito; ¿conoce V. á este hombre, Sr. Kobus?

—Le conozco, y respondo de él.

—¿Entonces tendrá sus papeles en regla?

Fritz no pudo resistir más; palidieron sus mejillas de cólera, y levantándose, cogió al polizone por el pescuezo y lo arrojó afuera, gritando:

—Así aprenderás á no entrar en casa de un hombre honrado en noche de Navidad.

Después volvió á sentarse, y viendo que temblaba el bohemio, le dijo:

—No temas nada; estás en casa de Fritz Kobus; hazme el favor de comer y beber en paz.

Le hizo beber vino de Burdeos, y sospechando que Foux rondaba por la calle, á pesar de la nieve, mandó á Katel que preparase una cama para que pasase la noche aquel hombre, que le diese al día siguiente zapatos y ropas viejas, y que tuviese cuidado de que no se marchase sin una buena tajada en el bolsillo.

Foux esperó hasta el alba, y después se retiró.

El bohemio, que era el mismo Josef, salió temprano de la casa, y no se volvió á hablar más de esto.

El mismo Kobus lo había olvidado, cuando oyó una música suave á la puerta de su casa, en los primeros días de la primavera siguiente... era la pobre alondra, que á los primeros destellos del sol venía á saludar á aquel que la había salvado de las nieves.

Desde entonces, todos los años volvía Josef en la misma época, unas veces solo y otras con sus compañeros, y Fritz le recibía como á un hermano. Kobus volvía, pues, á ver á su amigo, del modo que he referido, y cuando el contrabajo calló y Josef dió el último acorde con su arco sobre las cuerdas, y levantó los ojos, le tendió los brazos por entre las cortinas, exclamando:—¡Josef!

El bohemio se avanzó á besarle, riéndose de satisfacción, y enseñándole sus blancos dientes, le dijo:

—Ya ves, no te olvidó... La primer canción de la alondra es para ti.

—Sí... y ya es el décimo año, exclamó Kobus.

Estaban agarrados de las manos y se miraban con los ojos llenos de lágrimas.

Y viendo á los otros dos presenciando esta escena con gravedad, Fritz se echó á reír, y dijo:

—Josef, dame los pantalones.

El bohemio obedeció, y él sacó dos thalers.



—Tomad, les dijo á Kopel y á Andrés ; podeis iros á comer á los Trois-Pigeons. Josef come conmigo.

Despues, saltando de la cama, y vistiéndose añadió :

—¿ Has ido á las cervecerías, Josef?

—No, Kobus.

—Pues despáchate y vé ; pues á las doce en punto se pone la mesa. Vamos á renovar la sangre ¡já! ¡já! ¡já! ya vino la primavera ; es preciso que la inauguremos bien. ¡Katel ¡ Katel!

—Entónces me voy al momento, dijo Josef.

—Sí, viejecito ; pero no olvides que á las doce...

El bohemio, con sus dos compañeros, bajaron la escalera, y Fritz, mirando á su criada, la dijo con una sonrisa de satisfaccion.

—Ya estamos en primavera... es preciso que la celebremos como la Noche-Buena... pero ántes convidaremos á los amigos.

Y asomándose á la ventana se puso á gritar :

—¡Ludwig! ¡Ludwig!

Justamente pasaba por allí un pilluelo ; era Ludwig, el hijo de Koffel el tejedor, con su cabellera rubia, enmarañada, y andando descalzo por el agua helada. Se paró y miró hácia arriba.

—¡Sube! le gritó Kobus.

El chico se apresuró á obedecer y se detuvo en el quicio de la puerta, rascándose la cabeza, y con los ojos bajos, en ademan cortado.

—No te detengas... ¡Oye! Toma estos dos groschen.

Ludwig tomó las monedas, se las guardó en el bolsillo del pantalon, y con aire satisfecho, se limpió las narices con la manga, como quien dice : ¡me agrada!

—Vas á ir, corriendo, á casa de Federico Schoulz, calle del Plat de Etain y del recaudador Haan, en el hotel Cigoane... ¿oyes?

Ludwig hizo un brusco ademan afirmativo con la cabeza.

—Les dices que Fritz Kobus les espera á comer hoy á las doce en punto.

—Sí, Sr. Kobus.

—Espera, tienes que ir tambien á casa del rebbe David á decirle que le espero á tomar café á la una poco más ó ménos. Ahora vé volando.

El chiquillo bajó las escaleras de cuatro en cuatro ; Kobus, asomado á la ventana, lo vió durante algunos momentos subir la calle de Bourbeuse saltando los arroyuelos como un gato. La vieja seguía esperando.

—Escucha, Katel, le dijo Fritz al volverse. Vas al mercado en seguida. Eliges lo mejor que encuentres en pescados y caza. Compras lo más exquisito sin fijarte en el precio ; ¡lo esencial es que todo sea bueno! Yo me encargo de subir las botellas y arreglar la mesa ; tú no pienses sino en la cocina. Pero date prisa, no sea que el profesor Speck y los demas aficionados te tomen la delantera y compren los mejores trozos y los manjares más delicados.



## III.

Después de salir Katel, Fritz se fué á la cocina, con objeto de encender una vela y bajar á la cueva á elegir algunas botellas de vino añejo, para celebrar la entrada de la primavera.

La alegría interior se le pintaba en la fisonomía; volvía á ver los días hermosos y presentía que continuarían hasta el otoño, la fiesta de los espárragos, los partidos de bolos en el Panier Fleuris en las afueras de Nuremburgo; las partidas de pesca con Christel, su colono de Meishental, bajando en vapor el Losser, bajo las movedizas sombras que proyectan los grandes olmos, que á manera de bóveda truncada se extienden por la orilla; poco después, la llegada al criadero de las truchas, donde Christel con su atarraya al hombro da la voz de ¡alto! y extendiendo las redes alrededor, como una tela de araña que fuese á posarse sobre el agua tranquila y cristalina, las retira á los pocos minutos repletas de pescados dorados que saltan y se revuelven en su interior.

Presentía todas estas y otras muchas cosas; la salida para el bosque de las Hayas con objeto de cazar, conducidos en un *char-à-bancs*, diversos compañeros rebosando alegría y ataviados con sus altas botas de cuero formando bucles en las piernas, su morral á la espalda, la calabaza de vino y el saco de pólvora al costado, y la escopeta de dos tiros entre las piernas y apoyadas en la paja; los perros atados atrás, jadeantes; aullando y agitándose, y él en el pescante guiando el coche hasta la casa del guarda Rodig, donde se queda mientras los demás salen á cazar, para vigilar que en la cocina se frían bien las cebollitas y se enfríe el vino que viene en las vasijas; y por fin la vuelta de los cazadores por la noche, los unos con el morral vacío, los otros tocando la trompa. Las alegrías de todos estos bellos días pasaban ante su vista mientras encendía la vela y recordaba las siegas, la recolección del lúpulo, las vendimias; todo esto le alegraba hasta hacerle reír á carcajadas, y frotándose las manos exclamaba: ¡Jé, jé, jé!... ¡Qué feliz soy!... ¡Cuánto me voy á divertir!...

Por fin bajó, poniendo la mano delante de la llama de la vela, con el manojito de llaves en el bolsillo y un cesto en el brazo.

Cuando hubo llegado, abrió debajo de la escalera la puerta de la bodega: de aquella bodega seca, con las paredes llenas de salitre, relucientes como el cristal, de aquella bodega que hace ciento cincuenta años que era de los Kobus, donde el abuelo Nicolás había traído por primera vez en 1715 markorbrumer, y que gracias á Dios había ido cada año en aumento, merced á la sabia prevision de los demás Kobus.

Abrió con los ojos chispeantes de alegría, y divisando en frente las dos claraboyas azules que dan á la plaza de las Acacias, pasó por de-



lante de los pequeños toneles que colocados en grandes vigas seguían á lo largo de los muros, y al contemplarlos exclamó :

—Este greiszeller tiene ocho años, lo compré yo mismo en la costa ; ya debe haberse posado bastante y será preciso embotellarlo. Dentro de ocho días avisaré al tonelero Schweyer y empezaremos á hacerlo juntos. Aquel Steimberg tiene once años, empezó á estropearse por que se espesó demasiado ; pero ya debe haberse arreglado... allá veremos. ¡Ah! este es el fortheimer del último año que clarifiqué con clara de huevo ; será preciso examinarlo ; pero hoy no quiero estropear el paladar ; mañana será otro día.

Pensando en estas cosas, Kobus marchaba preocupado y grave. Al llegar al primer recodo y disponerse á entrar en la segunda bodega, en lo que él llamaba su verdadera bodega, en la que estaban las botellas, se detuvo un momento á despabilar la vela, y lo hizo con los dedos porque no había traído las despabiladeras, puso el pié sobre el pábilo, y subiendo en dos saltos á una pequeña bóveda tallada en la roca, en el fondo de esta galería, abrió una puerta cerrada con enormes cadenas, y despues de empujarla se enderezó satisfecho, exclamando :

—¡Vaya! ya hemos llegado.

Su voz retumbó en lo alto de la bóveda. Al mismo tiempo un gato negro se subía por las paredes, y volviéndose en la claraboya, lanzó una penetrante mirada con sus ojos verdes y brillantes, y salió escapado por la calle del Coin-Brûlé.

Esta bodega era de las mejor acondicionadas en Hunennbourg, estaba casi toda cortada en roca viva, y el resto era de hermosa piedra sillería ; no tenía gran tamaño, pues sólo medía á lo más 20 piés de largo por 15 de ancho ; pero era elevada y estaba toda dividida por un segundo techo forrado de lata y cerrada por una puerta igualmente forrada. A lo largo se extendían anaqueles y sobre ellos colocadas las botellas en un órden admirable. Las había de todos los años, desde 1780 hasta 1840. La luz de los tragaluces se reflejaba en las latas y hacía brillar el fondo de las botellas, dándoles una visibilidad pintoresca.

Kobus entró.

Llevaba consigo un cesto de mimbre, dividido en compartimentos cuadrados de tal modo, que las botellas encajaran cada una en su caja ; dejó el cesto en el suelo, colocó la vela en alto, y se puso á revisar los anaqueles de botellas : á la vista de aquel conjunto de vinos buenos, con su sello azul las unas, con cápsula de plomo las otras, Kobus se impresionó y exclamó al cabo de algunos instantes :

—Si mis pobres antepasados, que desde hace cincuenta años vienen coleccionando con tanta prudencia y prevision estos buenos vinos, si aquellos respetables ancianos levantarán la cabeza, estoy seguro que se enorgullecerían de ver cómo sigo sus ejemplos y me encontrarían digno de haberles sucedido en este miserable mundo. Sí ;



quedarían satisfechos, porque estas tres tablas las he llenado yo, y me atrevo á asegurar que lo he hecho con inteligencia; he tenido siempre cuidado de ir yo mismo á las viñas á tratar con los vinateros á la vista de los lagares y los toneles, y en lo que se refiere al cuidado de la bodega, no he omitido nada. Aunque estos vinos son nuevos, no son inferiores á los demas, y cuando se hagan añejos los reemplazarán dignamente. Así es como se mantienen incólumes las buenas tradiciones, y sólo así se consigue no sólo tener lo bueno, sino poseer lo mejor en las familias. Sí, si el viejo Nicolás Kobus, mi abuelo Frantz-Sepel, mi mismo padre Zacarías Kobus, pudiesen volver á probar estos vinos, quedarían satisfechos de su nieto; reconocerían en él la misma prudencia é iguales virtudes á las que ellos poseían. ¡Desgraciadamente no pueden volver; acabaron para siempre, para no volver más! Necesito reemplazarlos en todo y para todo. Pero es bien triste, que personas tan prudentes y buenas, no puedan ni siquiera regocijarse y dar gracias á Dios por sus mercedes, al probar un vaso del vino que ellos guardaron. Así es el mundo; el mismo accidente nos ha de suceder á todos tarde ó temprano, y por eso es preciso gozar de lo bueno mientras vivimos.

Después de estas reflexiones melancólicas, Kobus eligió los vinos que quería beber en este día, y esto le devolvió el buen humor.

—Empezaremos, dijo, por los vinos franceses que mi digno antecesor Frantz-Sepel tenía en más aprecio que los otros. Realmente no se equivocaba del todo, porque no cabe duda que este Burdeos añejo es irremplazable para preparar bien el estómago. Sí, tomemos por el pronto seis botellas de este Burdeos; será un buen principio. De allá arriba tomaremos tres botellas de Rudesheim, que tanto agradaba á mi padre... pongamos cuatro á su memoria. Van diez. Faltan dos para acabar, es necesario escogerlas de lo más añejo, que nos haga hablar solos... Esperad, que os voy á examinar detenidamente y de cerca.

Kobus, poniéndose en cuclillas, revolvió con cuidado la paja de la hilada inferior, y en las viejas etiquetas leía: Markobruemer de 1780; Affenthal de 1804; Johanisberg des Capucins, sin fecha.

— ¡Hola! ¿Johanisberg des Capucins? dijo castañeteando con la lengua. Te conozco.

Durante más de un minuto quedó suspenso pensando en los capuchinos de Hunennbourg, que en 1793 cuando entraron los franceses, habían abandonado su bodega, pudiendo su abuelo Frantz salvar por casualidad del saqueo unas doscientas botellas. Este era un vino delicadísimo, de un color amarillo de oro, y tan delicioso sabor, que al beberlo parecía que se extendía por la boca un delicado perfume oriental.

(Se continuará.)







## BOCETOS LITERARIOS.

DON PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

I.

**A**llá por los años de 1854 á 1855, cuando tras una revolucion liliputiense el partido progresista hacía nuevo alarde de su candidez infantil, su liberalismo atrasado y sus instintos bullangueros y díscolos, cuando ensordecían los aires los himnos de Riego y Espartero y pululaban por las calles los vistosos uniformes de la milicia, y por do quiera se advertía aquella agitacion infecunda que en España reemplaza á las grandes y viriles agitaciones con que la libertad se manifiesta en pueblos más felices que el nuestro, comenzaba á bullir entre nosotros una generacion juvenil que había de ser fecunda en escritores de talento y había de dar no pocos soldados á las huestes de la democracia. Dedicados en su mayor parte á la vida bohemia, llenos de aquellas ilusiones y generosos impulsos que suelen ser patrimonio de la juventud, sobre todo cuando no tiene dinero, amantes casi todos de la libertad que por entónces parecía asegurada, alegres, desenfadados y maleantes, aquellos jóvenes anunciaban un nuevo movimiento literario y político y constituían un



grupo de inteligencias simpáticas y generosas, contemplado con amor por los campeones del porvenir, con ceño por los defensores del pasado, con deleite por todos cuantos tienen el buen gusto de estimar en lo que vale este conjunto de bellas cosas: la juventud, el entusiasmo y el talento.

Entre aquellos jóvenes, cuyos nombres son de todos conocidos, figuraba un andaluz nacido en las fragosidades de la Alpujarra y que tanto en su rostro como en su alma conservaba intacta la condicion que á los habitantes de aquellas comarcas legaron sus antiguos dominadores musulimes. Ostentaba su fisonomía los trazos característicos de aquella generosa raza y encerraba su espíritu todas las cualidades que la distinguieron: ardiente y soñadora fantasía, condicion indómita y arrogante, corazon fogoso é hirviente en pasiones, ánimo dispuesto á todo linaje de temerarias aventuras y poderosos arranques. Aquel hombre, arrebatado por el huracan revolucionario, habíase lanzado en la vida pública, tanto política como literaria, y de su fácil vena brotaban con igual viveza las sangrientas diatribas del *Látigo* y los ingeniosos artículos llenos de gracia, delicadeza é intencion que bien pronto habían de colocarle á la cabeza de todos los escritores humorísticos de aquella época. Enamorado de las ideas extremas, campeon infatigable y agresivo de la revolucion que defendía sin descanso

«tomando, ora la espada, ora la pluma,»

el ingenio que nos ocupa prometía muchos dias de gloria á las letras españolas y muchos de júbilo á la causa de la libertad.

Pasó el furor revolucionario; por milésima vez la revolucion pigmea murió á manos de la reaccion microscópica; la historia española registró en sus anales el pronunciamiento número mil y tantos; y en el alma abatida de aquellos ineptos soldados de la libertad se introdujeron el desengaño, la desilusion, el desaliento y la apostasía. El escritor de que hablamos sintióse tambien picado por la punzante mordedura de la duda, y dando de mano á sus ilusiones políticas, consagróse de lleno á trabajos literarios.



Primorosos fueron los que por entónces produjo su pluma. Logró aquel vigoroso y chispeante ingenio introducir entre nosotros dos géneros literarios, muy estimados en nuestros vecinos y poco cultivados en nuestra patria. Tales fueron esos especialísimos trabajos, que no tienen clasificacion posible, en los cuales se habla de todo sin tratar sériamente de nada, y en los que campea á sus anchas ese don singular que nace del feliz concurso de una fantasía brillante y de un entendimiento penetrante y agudo, á que llaman los franceses *esprit* y nosotros *chispa*; género que había cultivado Fígaro con una transcendencia y profundidad por nadie igualadas, y que entre nosotros han manejado en estos tiempos muchos escritores, sin que ninguno haya logrado reunir aquel fácil ingenio, aquella gracia inimitable, y al mismo tiempo aquella profunda intencion y aquella sensibilidad exquisita que ostentan los trabajos del escritor que nos ocupa.

Introdujo ademas entre nosotros las novelas cortas, fantásticas unas, cómicas otras, sentimentales no pocas, terribles algunas, pero todas llenas de ingenio, de color, de interes y de gracia. Ligeros bocetos, trazados con cuatro valientes é inspirados rasgos, y en los cuales, ora se diseñaba con enérgico colorido algun conmovedor episodio de nuestra epopeya de 1808, ó algun dramático suceso lleno de terror trágico; ya se pintaba un cómico cuadro de costumbres, ó una tierna y sencilla historia de amores; ó bien se trazaba un cuento fantástico y vaporoso, mezcla del idealismo aleman y de la soñadora fantasía de los meridionales. Tales eran aquellas producciones, llenas de originalidad (á pesar de estar evidentemente inspiradas en modelos extranjeros), que no ménos que los artículos humorísticos contribuyeron á acrecentar la reputacion del jóven escritor.

Varias poesías de regular mérito, y muchos artículos de crítica literaria, por extremo punzantes y despiadados, amen de un drama cuyo mal éxito se debió, no tanto á sus defectos, como á la cualidad de crítico de su autor, que le exponía á grave fracaso si no acertaba á competir con aquellos á quienes flagelaba diariamente, constituyeron el resto de las producciones de ésta que pudiéramos llamar primera época de la vida



literaria de D. Pedro Antonio de Alarcon, que tal es el nombre del distinguido ingenio cuyo retrato trazamos toscamente en estas líneas.

## II.

Por el año de 1859 España, recordando acaso por vez primera su verdadera mision histórica, y queriendo renovar glorias pasadas, acometió la célebre campaña de Africa, tan fecunda en gloriosos hechos como estéril en resultados. El espíritu emprendedor y aventurero de Alarcon no pudo permanecer tranquilo ante aquel hecho, que prometía reproducir los más hermosos dias de nuestra historia, y el escritor se convirtió en soldado, sin dejar por eso la pluma, y pasó al Africa á reñir batallas, acaso con los descendientes de sus propios antepasados.

Aquella campaña fué para Alarcon una gloria y una desdicha; gloria, porque sobre mostrar su valor y su patriotismo, á ella debió uno de sus mayores méritos, el que representa el bellissimo libro titulado : *Diario de un testigo de la guerra de Africa*; desdicha, porque desde entónces hubo de volver á la vida política, en condiciones tales, que más le valiera no haber vuelto.

Si ántes de esta fecha había acreditado Alarcon sus dotes de novelista y escritor humorístico, con la publicacion de la obra mencionada mostró que nadie rivalizaba con él como narrador de viajes y aventuras. Las páginas del *Diario de un testigo* son modelos de descripciones bellísimas y de interesantes relatos. Acaloradas por un intenso espíritu patriótico, adornadas con las galas de una imaginacion rica y pintoresca, llenas de sentimiento y poesía, escritas con un estilo ligero, amenísimo, flúido y desenfadado, verdaderamente inimitable, leíanse con fruicion por los amantes de la patria y los admiradores de lo bello; corrían de mano en mano, difundiendo por doquiera la fe y el entusiasmo, y constituían uno de los más primorosos relatos con que cuenta nuestra moderna literatura. El libro era digno de la heróica lucha que inmortalizaba.

Desde esta época la fecundidad de Alarcon sufrió un eclipse relativo. La fama que adquirió, las elevadas relaciones que



hubo de crearse, el nuevo rumbo que fueron tomando sus ideas, le impulsaron sin duda á apartarse de los que acaso consideraba trabajos frívolos, con ser su mejor título de gloria. Por entónces tambien volvió, como hemos dicho á la política; pero no á la que siguiera en sus primeros años, irreflexiva y temeraria sin duda, pero al cabo generosa y simpática. Por obligaciones y compromisos, dignos de respeto, se afilió al bando de la union liberal, esto es, á aquel partido, dotado á no dudarlo de gran sentido práctico y no vulgares cualidades para el gobierno, pero inspirador constante del escepticismo político y del dudoso sentido moral que corroe á cuantos entre nosotros se consagran á la vida pública; partido que tiene sobre sí el gran pecado de haber llevado á todos los espíritus el menosprecio de lo ideal, el ánsia del poder, el espíritu maquiavélico y la desestima de las virtudes públicas.

Otra bellísima relacion de viajes (*De Madrid á Nápoles*), inferior sin duda al *Diario de un testigo*, pero abundante en amenas descripciones y picantes observaciones, cierra esta segunda época de la vida literaria de Alarcon.

### III.

Abrese la tercera poco despues de la revolucion de Setiembre. No hemos de ocuparnos para nada de suceso semejante, ni de la persona de Alarcon en lo que á aquellos acontecimientos se refiere; tanto más cuanto que sólo en reciente fecha salió este escritor de un silencio que se prolongaba desde 1861 ó 1863. Su nueva aparicion se señaló por una verdadera joya: *El sombrero de tres picos*, que ningun indicio daba del cambio profundo que en su espíritu se había operado en tan largo periodo de mutismo.

Notable era esta transformacion, sin embargo, y en un concepto provechosa. Sin dejar de ser castizo, no podía considerarse Alarcon como escritor verdaderamente nacional. Había comenzado á escribir cuando el espíritu francés privaba entre nosotros y la mayoría de los literatos anteponían al majestuoso estilo español, grave, rotundo, distribuido en ámplios y bien concertados períodos, el estilo cortado y ligero de los



franceses. Alarcon no había sabido librarse del contagio y sus trabajos revelaban todo el influjo de esta moda funesta. No se desarrollaba su estilo como serena y anchurosa corriente, sino al modo de risueña y juguetona cascada; brotaban de su pluma frases cortadas, incisivas, ligeras, no rotundos y graves períodos; había, en suma, en su estilo la gracia y la soltura del francés, pero no la grandiosa cadencia del español. Rara vez profanaba la lengua con torpes galicismos, pero faltaba á sus escritos el corte nacional; escribía en español, pero no á la española.

En este nuevo período de su vida, su estilo había cambiado; notábase ya en él el sabor castizo y advertíase la influencia del estudio de mejores modelos y del anhelo de escribir con arreglo á nuestras sanas tradiciones literarias. Verdad es que los tiempos habían cambiado y que una reaccion, si exagerada, provechosa, llevaba á los escritores á huir de los modelos extraños, y seguir, á veces con nimiedad extremada, las huellas de nuestros clásicos; en esta nueva etapa, Alarcon se mantuvo á la altura de su crédito; si ántes era el más agradable de los que escribían *gallico modo*, ahora era uno de los más amenos entre los que seguían la direccion contraria.

Modelo en este concepto *El sombrero de tres picos*, lo era tambien en otros muchos. No vacilamos en afirmar que si todas las obras de Alarcon cayeran en el olvido, ésta sobreviviría siempre. Es imposible dar mayor amenidad é interés á un asunto baladí, trazar un cuadro de género más lleno de verdad y de color local, pintar más acabadas figuras y reunir mayor número de situaciones cómicas y razonadísimos chistes. Menester sería remontarse á nuestro siglo de oro para hallar en la literatura festiva española produccion más acabada y deleitable.

Con ella, al parecer, se despidió Alarcon de la regocijada musa que tantos laureles le deparara y enderezó su inspiracion á objetos y fines más altos y transcendentales. No sería aventurado pensar que el sentido docente y filosófico que hoy va dominando en nuestra novela tentó su ambicion y le movió á aventurarse en terrenos en que hasta entónces sólo de soslayo y en puntillas había penetrado. Lo cierto es que á la vez que



esta otra aparecieron su nueva relacion de viajes por la Alpujarra y su novela *El escándalo*.

No fué pequeño el que tales obras produjeron en el círculo de los admiradores de Alarcon. ¿Qué había pasado por aquel vigoroso espíritu para que reapareciese tan radicalmente transformado?

Prescindamos de *La Alpujarra*, relato muy inferior al *Diario de un testigo* y *De Madrid á Nápoles*, á pesar de sus bellas descripciones y fijémonos en *El Escándalo*, síntoma verdadero y terminante del cambio sufrido por el inspirado novelista. No desmerecía esta obra de las anteriores bajo el punto de vista literario. No faltaban en ella invencion ingeniosa, dramáticas peripecias, interesantes relatos, caracteres admirablemente trazados, ternura y profundidad de sentimiento, análisis psicológicos y morales notabilísimos, y sobre todo estilo y lenguaje superiores á todo encomio; condiciones todas que bastaban para acreditar á su autor de escritor y novelista de primera fuerza. Lo deplorable era el criterio á que se sometía la concepcion de aquella novela.

El impetuoso soldado de la libertad, el generoso espíritu sediento de progreso, aparecía convertido en colaborador de la obra tenebrosa que intenta consumir el ultramontanismo. Los problemas más árdulos de la moral se resolvían en la obra con arreglo al más exagerado criterio místico; la conciencia humana quedaba aherrojada á los piés de un jesuita; la civilizacion moderna, el liberalismo recibían á cada paso rudos golpes. El neo-catolicismo contaba con un nuevo adalid en el terreno de las letras, y este adalid era ¡triste es decirlo! un veterano de la libertad.

¿Qué nube caliginosa oscurecía la clara inteligencia y el corazon apasionado y generoso de Alarcon? ¿Sería que había llegado á aquella edad en que, segun vulgar axioma, es fuerza que todo noble impulso se extinga, toda fe en lo porvenir se desvanezca, y el ánimo apocado y enteco se refugie tembloroso en las ruinas de lo pasado? No era posible. Sin duda que la reflexion y la experiencia templan el desatentado impulso del ánimo juvenil, sustituyen las acaloradas convicciones que el sentimiento y la fantasía engendran con las que forma la ra-



zon serena, y al hacer conocer la tristeza de la vida, tan fecunda en desengaños, amortiguan las vanas ilusiones y dan al traste con las irreflexivas utopias; pero sólo en los espíritus vulgares extinguen la fe en el progreso y el racional amor á la libertad. Ley provechosa de la vida es que el demagogo de 20 años sea hombre sensato y amante del orden á los 40; pero no que el amor á la emancipacion de la humanidad sea sueño fugaz de la edad juvenil y el espíritu reaccionario provechosa fe de la edad madura. Afirmar eso es lanzar torpe blasfemia contra la humanidad y la razon.

El ánimo apocado y vulgar retrocede ante los obstáculos que en la realidad halla la idea y acude trémulo á refugiarse en añejas instituciones en que no cree; pero á las cuales pide la paz menguada del egoismo; pero los caracteres varoniles no se amedrentan por tan poco. Corrigen sus extravíos, templan sus arrebatos, moderan sus impulsos, depuran y racionalizan su condicion, tratan de poner de acuerdo su ideal con la ley inexorable de la realidad; pero no retroceden como cobardes mujerzuelas al ver perdida la primera batalla. ¿Cómo el brioso soldado de Africa habría de vacilar en su fe y retroceder hasta las tiendas del oscurantismo porque hubiera abortado un pronunciamiento más entre los infinitos que registra nuestra historia?

¿Será que el alma ardiente y soñadora del poeta sintióse ahogada en la glacial atmósfera del ideal moderno y quiso volver en busca de amor y poesía á los antiguos altares? Más posible es esto; pero aún así no debió confundir la majestuosa ruina llena de grandeza con la oscura covacha en que se albergan las aves nocturnas. El espíritu que, aterrado ante el vacío que por do quiera deja la crítica moderna, corre anheloso á buscar un refugio al pié de la cruz, digno es de simpatía y de respeto; pero ¡cuánto camino hay de esto hasta agarrarse convulsivamente á las pilastras del *Gesú* y ocultar la frente abrasada entre las páginas de *La Civiltá Cattolica!*

Más probable es que el ánimo inquieto y apasionado de Alarcon, espíritu meridional en que el sentimiento y la fantasía llevan la palma á las facultades reflexivas, le arrastran con facilidad á todos los extremos, y que su naturaleza nerviosa é



irritable se deja avasallar por las impresiones y lo conduce más allá de lo que él acaso quisiera. Quizá la repulsion contra un exceso le lleve al contrario ó el espíritu de rebeldía que por ventura encierra su pecho le obligue á oponerse precisamente á la opinion dominante; quizá, en suma, sea el poeta el responsable de los errores del pensador.

Equivocóse Alarcon, á nuestro juicio, al aspirar al rango de novelista filósofo; ofrecíanle el género humorístico, el festivo, el descriptivo y el sentimental campo más ancho y adecuado á su genio. No cuadran á su naturaleza apasionada y ardiente, á su viva y pintoresca fantasía, á su *humor* inagotable y brillante las disquisiciones del filósofo ni las minuciosidades del analista. Brota en su mente el pensamiento como feliz y rápido chispazo, que el sentimiento ó la fantasía engendran, más que como producto laborioso de reflexion detenida. Una picante observacion cogida al vuelo, un pensamiento profundo y delicado, nacido espontáneamente de una intuicion de poeta, tal es siempre la filosofía de sus obras; cuando así no es, sólo acierta á pintar el aspecto poético de viejos ideales, que en el fondo quizá no ama, ó á balbucear con bellas frases y razonamientos, como hizo en su discurso de la Academia, las enseñanzas aún no bien aprendidas, de la escuela neo-católica.

¡No! No es por esos rumbos por donde debe caminar tan valioso espíritu. Cuando caiga la venda que cubre sus ojos reconocerá que no le sienta su nuevo traje; que no aumentará su fama literaria abandonando el antiguo camino, y en cambio tendrá la triste gloria de ser cómplice de anti-humanas empresas; que la naturaleza le creó para cantar la libertad, el progreso, la luz, para deleitar con sentidas ó picantes narraciones, con pintorescos relatos, con humorísticos rasgos de su agudo ingenio, y no para propalar añejas enseñanzas y poner el arte bello al servicio de desacreditadas causas; que una sola página de sus antiguas novelas, un solo capítulo de *El sombrero de tres picos* ó del *Diario de un testigo*, un solo artículo humorístico de sus buenos tiempos vale por todas sus flamantes elucubraciones ultramontanas; que hoy, en la caliginosa atmósfera en que se mueve, ni ha de hallar espacio para su ingenio ni luz para su alma;—y cuando haya conocido esto, si tiene



el raro capricho de conservar sus nuevas ideas, las cerrará con tres llaves, como hacía Lope con los preceptos, cuando vaya á escribir, y no cuidándose de exponer estéticas averiadas ni de romper lanzas en pro de ideales arcáicos, volverá á ser aquel escritor ameno é ingenioso, cuentista inimitable, intencionado crítico, sin par folletinista y narrador meritísimo, que tanto nos deleitaba y tantos y tan legítimos aplausos recogía en tiempos más felices, en aquellos tiempos en que era, á la vez que el soldado de la belleza, soldado del progreso y de la libertad.

M. DE LA REVILLA.







## Á SOLAS

---

Del libro que verá pronto la luz pública con el título de «Soledades.»

Mientras alegres cantan dulces poetas  
Del campo en luz bañado la lumbre pura,  
Y el balsámico aroma de las violetas  
Y la fuente sonora que amor murmura ;  
Mientras brindan amores de encantos llenos  
Las flores de los valles, la luz del día,  
Y los limpios arroyos corren serenos,  
Y en los álamos verdes la alondra pía ;  
Mientras mece sus hojas la esbelta palma  
Que el aire cariñoso gentil cimbrea,  
Y el mar, como tus ojos, inunda el alma,  
Y al arrayan silvestre la brisa orea ;  
Mientras suenan canciones en las cabañas,  
Y el ruiseñor exhala tristes congojas,  
Y el sol dora las cumbres de las montañas,  
Y en el bosque dormido tiemblan las hojas,  
Y en el mundo se anuncia la primavera,  
Y es todo alegre y rico, pingüe y fecundo,  
Ven, que tú y yo aquí juntos la tarde entera  
Vamos á ser dichosos lejos del mundo.



Ven, que ya el aposento donde te pido  
Confesion de mil sueños, que tú no sabes,  
Tibio está y aromoso como está el nido  
Donde el primer suspiro lanzan las aves.  
Ven, que ya entre la lena que se consume  
La moribunda llama tiembla y ondea,  
Y al aire en que respiro falta el perfume  
Que tu aliento de rosas en torno crea.  
Ven, que los verdes troncos crugiendo lloran,  
Y los blandos asientos junto á la lumbre,  
Convidan al secreto con que se adoran  
Los que de amar á solas tienen costumbre.  
Mirar con sed del alma quieren mis ojos  
Los rizos desprendidos sobre tu espalda,  
Y aquí adorarte quiero puesto de hinojos  
Con mis manos dormidas sobre tu falda.  
Yo te diré entre tanto que el aire hiere  
Los vidrios entornados con dulces sonos,  
Lo que se siente viendo la luz que muere  
Cuando envuelve la sombra dos corazones.  
Te diré los tormentos en que me agito  
Cuando en mis soledades, de sombras llenas,  
En insomnio de amores febril palpito  
Devorando en silencio mis hondas penas.  
Te haré ver de mi lecho bajo la almohada  
La rosa que en secreto me diste un dia,  
Y á deshora me cuenta con voz callada  
Lo que en tu blanco seno feliz sentía.  
Verás junto á la vírgen que me consuela  
Por mi madre bendita puesta en mi lecho,  
Tu imágen, que mi sueño constante vela,  
Contando los suspiros que da mi pecho.  
Donde quiera que tornes tus ojos claros  
Verás que tus recuerdos forman mi culto,  
Porque de ellos mis ojos son siempre avaros,  
Y ellos son el tesoro que guardo oculto.  
Aquí hay calor del alma que tu amor siente,  
Y al apagar la llama sus resplandores,



Darán dulces perfumes al tibio ambiente  
Dormidas en sus vasos las frescas flores.  
Aquí donde no alcanza la vista humana  
Sentiremos corrientes fascinadoras,  
Y pensando en que nunca llegue mañana  
Dejaremos que pasen lentas las horas.  
Aquí en estrecho lazo los dos unidos  
Saldrán á nuestros labios los corazones,  
Y oiremos el eco de sus latidos  
Contando en el silencio las pulsaciones.  
Serán de nuestra dicha rítmico arrullo  
Cuando el último rayo nos mande el día,  
La lumbre con su vago dulce murmullo,  
La péndola con triste monotonía.  
Resonará en mi pecho, medroso y breve  
El suspiro tembloroso que amante exhalas,  
Como el dulce aleteo tímido y leve  
Con que el amor en torno cierne sus alas.  
Voguemos en la sombra con rumbo á un cielo  
Que oculta entre sus nubes luciente día ;  
Deja que nuestras almas rompan su vuelo  
Hundiéndose en la sombra tu alma y la mía!  
En las masas informes del ancho espacio  
Y en la niebla que engendran densos vapores,  
Levantaron los genios aéreo palacio  
Donde las hadas cantan nuestros amores.  
Yo te guardo una patria desconocida  
Y en su región sin nombre serás señora ;  
Nuestro ambiente es la niebla descolorida ,  
Nuestro mundo la sombra desoladora.  
De la bruma en el fondo donde en sus giros  
El aire nuestros ayes no ha de hacer presos ,  
Resuena el aleteo de mil suspiros  
Y la dulce armonía de amantes besos.  
Voguemos como el aire sobre la espuma ,  
Volemos como el viento que va perdido ,  
Y rompiendo anhelantes la densa bruma ,  
Busquemos otro mundo desconocido.



¡Espíritus errantes y misteriosos  
Que vagáis del espacio por las regiones,  
Dadme el rumbo ignorado con que dichosos  
Hallen su dulce asilo dos corazones!

¡Ay bien del alma mía! ya tu sonrisa  
Me anuncia tu partida tan dolorosa;  
De la tarde al perderse la dulce brisa  
Me anuncia de tu ausencia la ley forzosa.  
Ya para abandonarme sin que te vean,  
Cuidadosa te cubres tu faz de cielo;  
Déjame que mis labios tu velo sean  
Y que ardientes se posen sobre tu velo.  
Que al aspirar mi oído su postrer goce  
Tus pasos escuchando perderse iguales,  
De la crugiente seda sintiendo el roce  
Como de mariposas en los rosales,  
Llorando tus ausencias que son tan largas  
Cayendo en el hundido sillón de raso,  
Lágrimas de recuerdo vertiendo amargas  
Conservará mi oído tu último paso.  
Y al amor de la llama que con su lumbre  
Renovará en mi mente dulces ideas,  
Comenzaré á escribirte según costumbre  
La carta que comienza :— ¡Bendita seas!

EUSEBIO BLASCO.







## CUESTION DE LA IGLESIA Y EL ESTADO

EN ITALIA.



**E**l natural interés con que todo inglés espera los resultados que ha de traer la guerra encendida en las riberas del Danubio, no debe hacer que pase despercebida la importancia de otro conflicto, ocurrido en estos dias á orillas del Tiber. En otra época los órganos de la opinion pública en Inglaterra se mostraron tan propicios á estudiar atentamente ciertas eventualidades más ó menos ligadas con las relaciones generales entre la Iglesia y el Estado en Italia, que no es fácil explicar el desden que ahora han manifestado esos mismos órganos respecto á esta cuestion. No cabe dudar que el fallecimiento del Papa actual y el carácter personal de su sucesor, han de afectar por su mucha transcendencia á los intereses de toda la cristiandad, así como nos parecen igualmente dignas de fijar la atencion las consideraciones que vamos á exponer en prevision de las tendencias que probablemente dominarán en el Cónclave que para entónces se ha de reunir, tendencias que podemos deducir y conocer aproximadamente desde ahora, examinando las costumbres y opiniones de los actuales miembros del Sacro Colegio. No obstante la avanzada edad que el actual Pontífice cuenta, no es



del todo improbable que viva aún ocho ó diez años, si tenemos presente la longevidad verdaderamente maravillosa que han alcanzado muchos miembros de la familia Mastai Ferretti, por cual podría ser de todo punto inútil cuanto conjeturásemos sobre el probable carácter del futuro Cónclave, conjeturas que habríamos de hacer deduciéndolas de lo que sabemos acerca de las opiniones de los actuales cardenales; pues en ese espacio de tiempo puede haberse modificado profundamente, bien por la actitud de esos individuos, bien por las relaciones en que el Sacro Colegio se halla hoy respecto á la nacion y á los demas gobiernos de Europa, bien por las variaciones que puede introducir en la organizacion de esos mismos gobiernos el cambio de la opinion pública ó el mero transcurso de unos cuantos años. Así tal vez se pronostica sobre el resultado del próximo Cónclave con demasiada ligereza, si consideramos que necesariamente ha de modificar en mucho las relaciones que actualmente existen entre la Iglesia católica y todos los poderes civiles. En efecto, así como puede elevar á la silla pontificia á un sacerdote ambicioso y agresivo que procure resucitar en su personal provecho las tradiciones de los Gregorios é Inocencios, puede tambien, aunque es lo que ménos probabilidades ofrece hoy, dar á Pío IX un sucesor que intente presentar otra vez al mundo el espectáculo de un Papa reformador y liberal. Pero si hemos de juzgar ateniéndonos á los datos que en la actualidad tenemos, lo que parece más probable para el porvenir es que cuando baje al sepulcro el actual Pontífice á quien sus muchos años han privado de toda iniciativa y vigor personal, será reemplazado por otro Papa igualmente incapacitado por su débil carácter y falta de energía individual para oponerse á los proyectos y á la política en que se inspiran los verdaderos directores de la Iglesia. Y hay que tener muy en cuenta que, ora se llame Pío IX ó Pío X, quien ocupe entónces la cátedra de San Pedro, encuentra de antemano proclamada la guerra entre la Iglesia católica romana y los gobiernos de todas las naciones, guerra en la cual en estos mismos momentos se producen incidentes muy varios en la capital de Italia. Lo que está ocurriendo en este país, y especialmente en la ciudad de Roma, tiene para los demas pueblos



mayor importancia que cuantos sucesos se han verificado hasta ahora en la lucha que mantienen rusos y otomanos; distinguiéndose principalmente en aquella otra lucha por las delicadas y sutiles transformaciones que han experimentado el pensamiento y los deseos de la nacion, el estado eminentemente de transicion que caracteriza hoy á su situación política.

Hace diez y siete años se publicó una obra titulada *La Italia en transicion*, en la cual hay cosas muy instructivas y que pueden ser leídas con provecho en los momentos actuales. La transicion, que el autor se propuso pintar en aquel año en que Garibaldi invadió á Nápoles y Fanti y Cialdini la Umbría y las Marcas del Santo Padre, se refería principalmente á los cambios político-territoriales: las grandes consecuencias sociales, morales y religiosas de la revolucion italiana, que entónces comenzaron á dibujarse como vagas aspiraciones del espíritu nacional, aparecen ahora, con el tiempo transcurrido, destacándose claramente en su contorno y proporciones. Tal estado de transicion dura y ha de durar largo tiempo aún, y sus hombres de Estado deben afanarse por concluir con él, así como los políticos de las demas naciones necesitan calcular sus fuerzas. Si esto es cierto respecto á cuestiones de cualquier género, con mucha más razon lo será en cuanto se refiera á los asuntos que se rozan con la condicion religiosa de Italia. Este estado que va modificando insensiblemente la opinion, es general, pudiéndose cada dia consignar varias pruebas de que él forma la aspiracion de las clases seculares. Los pertenecientes á éstas, que cuentan cierta edad, experimentan á veces alguna dificultad en concebir que sean ellos los mismos hombres que hace treinta años en Cerdeña, diez y siete en Lombardía, la Italia Central y Reino de las Dos Sicilias, once en las provincias venecianas y siete aún no cumplidos en Roma y en el patrimonio de San Pedro, se encontraban amenazados á cada momento por severísimas penas, teniendo que elegir entre la prision ó el destierro, si hubiesen osado expresar en público las opiniones profesadas hoy por el Gobierno y reconocidas como el credo oficial de la nacion italiana. Legalmente, en cuanto se refiere á la vida exterior, estos hombres son libres; ¿pero puede admirarse nadie de que los hierros de



tan prolongada servidumbre hayan penetrado tan profundamente en sus inteligencias y corazones, que á cada momento descubramos en ellos huellas de una esclavitud intelectual? Sin embargo, en todas las clases seculares de Italia se observa que están en rápida transición de un pasado antinacional y despótico á un porvenir libre é independiente. Este progreso se revela más claramente aún en los burgueses, progreso que hay que agradecer principalmente á la organizacion y disciplina del ejército. El oficial italiano ha sido el infatigable y sabio maestro del soldado, y al enseñar á éste ha sido el mejor educador del pueblo. De los datos oficiales que en breve publicará el Ministerio de la Guerra, y cuyos más importantes resultados nos han sido dados á conocer, aparece que desde el año 1859 en que el antiguo ejército de Cerdeña comenzó á recibir los contingentes de las nuevas provincias primeramente anexionadas, nada ménos que millon y medio de soldados rason han recibido en el ejército italiano la educacion que les daban los oficiales más jóvenes. Difícilmente se podría calcular con exageracion el efecto causado por este procedimiento en la mente de la nacion. Batallones de adolescentes sicilianos y napolitanos, cuya instruccion hasta el dia en que se incorporaron á las filas del ejército se reducía á conocer algunos raros usos de sus provincias, ó las tradicionales creencias en absurdas supersticiones locales, se encontraron de repente, cuatro veces por semana y durante dos horas cada dia en un período de tres años, en contacto intelectual con una clase de hombres que habían recibido la más exquisita educacion y abrigaban las más elevadas ideas. El hecho de enseñar á los jóvenes reclutas á leer y escribir, tuvo una importancia secundaria comparado con el de haber arrancado de aquellas sinteligencias las preocupaciones que las oscurecían. Esta enseñanza fué maravillosamente ayudada por otra, la más apropiada para encarnar en la mente de los soldados la idea de la unidad italiana. Reducíase esta segunda á trasladarles sucesivamente de ciudades á ciudades, de provincias á provincias, de diversos dialectos y muy distintas costumbres, pero conformes todas en reconocerse como partes de una patria comun, idea que jamás habría cruzado por la mente del rústico



campesino, á permanecer en la villa ó los campos en que nació. El quinto de Nápoles, educado en la fe de San Genaro, al ser trasladado á Pádua, donde á San Genaro se le considera como un santo muy insignificante comparado con San Antonio, si despues pasaba de guarnicion á Bolonia, aprendía que ni San Genaro ni San Antonio merecían siquiera mentarse tratándose de San Petronio. Las deducciones que podía hacer de semejantes comparaciones, dependían en parte de su inteligencia natural, en parte del tono en que giraba la conversacion que sostenía con sus jefes, ó del espíritu en que estaban escritos los autores que leía, al ejercitar este nuevo recurso dado á su inteligencia. De cualquier modo, es completamente cierto que ese millon y medio de italianos que han recibido ó están recibiendo tal educacion, son millon y medio de inteligencias que se encuentran en estado de completa transicion, por lo cual no es justo que nadie pueda admirarse del hecho indudable que se observa en estas clases, á saber, que se encuentran en ellas muchos individuos que discurren con rigurosa crítica, concluyendo por rechazar las doctrinas de la iglesia romana, y afiliándose en los Waldenses ó en cualesquiera otras comuniones italianas de las que son contrarias al Papa.

Si el labriego italiano se halla en este estado de transicion, lo cual es debido principalmente á la educacion dada al soldado, en otras clases seculares, conocidas aquí bajo el nombre de *legiones*, se está operando en opuesto sentido un cambio no menos radical. Compónense éstas de aquellos individuos que viven en continuo contacto y á las inmediatas órdenes del poder de la Iglesia, que dominaba indirectamente en todo el país y mucho más directamente y con todas las atribuciones de la soberanía en la ciudad de Roma. Aquí no se ha verificado en general esa emancipacion de la inteligencia, y muchas veces se la niega con acrimonía por los mismos individuos que en el fondo de su pecho se congratulan por los beneficios de que ellos mismos disfrutan. La emancipacion intelectual es el corolario indispensable, aunque gradual y callado, de la emancipacion civil y política. En el memorable *Syllabus* de 1864, que formó el punto de partida en la historia de la Iglesia romana de una nueva época de agresion, el



Estado del Papa, como gobernado entónces por una oligarquía clerical, es virtualmente presentado como el verdadero modelo á todas las sociedades civiles, indicando, para aproximarse más á la perfeccion, las relaciones que deben existir entre los virtuosos gobernantes y un pueblo dichoso, modelo que se ofrece á la contemplacion y reverencia de los demas países para que le imiten y copien con todo celo. ¡Cuán contrario á lo dicho por el *Syllabus* es lo acreditado por la experiencia de los que habitan este feliz valle, á la mayor parte de los cuales les ha sido tan difícil sustraerse á esas felicidades como á los héroes del cuento de John! La fiscalizacion espiritual, que el Estado pretende ejercer sobre la vida privada y pública en todas sus manifestaciones, no sugería la idea de que tal pretension fuese un yugo fácil ó una carga ligera. Era, en verdad, un monstruoso conjunto de tiranías que cubría toda la tierra con una enorme red de espionaje, y á la que sólo era posible sustraerse por un medio diez veces peor que el mal mismo, á saber, matando la conciencia individual hasta un punto que los manejos más odiosos de la administracion pública ó no eran percibidos ó no despertaban el horror que merecían. El más popular de los satíricos romanos de este siglo, Belli, ha condensado en uno de sus sonetos los sentimientos que el gobierno papal despertaba en los ciudadanos romanos que conservaban un átomo de inteligencia ó de dignidad. Representa en él la mirada ceñuda y las amenazas proferidas contra todo lo que le rodea por uno de los más ínfimos dependientes del Vaticano, y cómo sus víctimas, al saber su empleo, se aterran y son maltratadas, ni más ni menos que sucede en la cancion de Macaulay cuando el cliente Marco declara que pertenece á la servidumbre de Apio Claudio. Roma contiene dentro de su recinto innumerables reliquias que recuerdan milagros, pero reunidas las que guarda en sus conventos y basílicas no forman un conjunto que haya producido tan beneficiosos resultados como el causado por el más pequeño fragmento de la metralla con que el general Cadorna batió el 20 de Setiembre de 1870 el lienzo de muralla por el lado de la Porta Pia. Anteriormente á este suceso, en veinte años de negociaciones entre Francia y el Vaticano, Cerdeña y



el Vaticano y no pocas veces Inglaterra y el Vaticano, no se había podido llegar á remover un abuso, ni á introducir una reforma, en los dominios que obedecían al Papa. La metralla del general Cadorna trajo consigo instituciones representativas, el jurado para los tribunales, la igualdad ante la ley, la libre discusion sobre todo asunto que pudiese afectar á los hombres de Estado de este país ó de otro cualquiera, y la anulacion del sistema que había convertido al padre en espía del hijo, á la esposa en espía del marido, al criado en espía de su amo, al confesor en espía del penitente. Y algo más que esto destruyeron tambien los cañones del general Cadorna, si no del todo, al ménos en gran parte. Nos referimos al prestigio, que tan rudo golpe sufrió entónces, del llamado Gobierno teocrático. Es preciso haber vivido en Roma ántes y despues de Setiembre de 1870 para comparar el tono de absoluta incredulidad con que era recibido en los altos círculos clericales el simple anuncio de una ocupacion italiana y la mezcla de admiracion y de terror que causó en esos mismos círculos una vez realizado el suceso: sólo el observador que se encuentra en estas circunstancias podrá comprender en toda su transcendencia el verdadero carácter de ese estado de transicion en que han venido á parar poco á poco los más entusiastas partidarios del papado. La sociedad romana ha ido perdiendo su carácter pro-papal por la sola fuerza de las circunstancias y el transcurso del tiempo. En todos los países extranjeros existe una muy equivocada idea, gracias á las interesadas predicciones de la prensa ultramontana, de las tendencias en favor del Papa, que suponen al pueblo de Roma. Sin duda que una gran porcion de la aristocracia clerical odiaba y aún continúa odiando esta transformacion que le ha quitado de un solo golpe el poder político y la perspectiva de grandes ganancias pecuniarias. Mas los parientes seculares de esas mismas personas, y, en muchos casos, aún los mismos altos dignatarios de la Iglesia, se han enriquecido tan rápidamente por el aumento de valor que ha alcanzado la propiedad urbana en Roma y sus cercanías, que no ha podido por ménos de disminuirse en mucho la aversion de tales personas hácia el Gobierno constitucional de Italia. Los hombres no odian con gran violencia



21-  
á las revoluciones cuyo inmediato efecto es triplicar sus rentas. Así, la adhesión de la alta nobleza romana al papado, y la de las otras clases que participan de ese sentimiento, reviste, en verdad, un carácter meramente personal, dirigido, no hácia la institución, sino á la persona del Pontífice reinante. Ciertamente sería muy de extrañar que un pontificado que cuenta ya treinta y nueve años de duración, que en sus principios emprendió un camino liberal, camino abandonado más bien por exigencias del puesto que por las propias inclinaciones del Papa, bueno éste y afable para cuantos han tenido algún roce con él, hombre que jamás ha caído en el vicio del nepotismo, tan comun en sus predecesores, y que en vez de aprovecharse de innumerables oportunidades que se le han ofrecido para enriquecerse él ó enriquecer á su familia, las ha empleado sólo en derramar toda clase de beneficios sobre los que le rodeaban, siendo muchas veces el principal creador de sus fortunas, sería muy de extrañar, repetimos, que un príncipe de estas eminentes calidades no hubiese engendrado en los corazones de tantos favorecidos sentimientos de benevolencia en unos y de profunda gratitud en los más. Pero repetimos que esos sentimientos, que se refieren á la persona del Pontífice, van de día en día extinguiéndose con la vida de los que los abrigaban. Uno tras otro, los grandes príncipes romanos personalmente adictos á Pio IX han ido descendiendo al sepulcro. Al fallecimiento del príncipe Massimo siguió el del de Orsini, á éste el de Doria, y no hace aún muchas semanas ocurrió la muerte del príncipe Ruspoli, habiendo pagado también recientemente este tributo á la naturaleza el jefe de la ilustre casa de Chigi. Es seguro que los hijos de esos grandes príncipes romanos no han de sentir por el papado la adhesión que sus progenitores, ni aún la del príncipe Doria, que pasaba entre todos por el ménos adicto. Hoy dividen sus simpatías entre el Vaticano y el Quirinal, pudiéndose predecir, sin temor á equivocarse, que todas aquellas serán para el Quirinal, después de la muerte de Pio IX. El príncipe de Torlonia, que representa sin disputa más genuinamente que ningun otro el antiguo sistema financiero del Vaticano, obtiene hoy audiencias del rey Víctor Manuel, convida á los ministros de éste á



la inauguracion de sus grandes trabajos agrícolas, y recibe del rey de Italia la medalla de oro, batida de Real orden, para conmemorar esas mismas obras. Ningun miembro de esta clase, sin más que lo que ven sus ojos, puede desconocer el hecho evidente de que en esa Roma, que puede abandonar cuando quiera para trasladarse á Lóndres ó New-York, puede hoy sostener sus derechos al amparo de la ley, aunque sea en frente de derechos todavía muy poderosos, y discutir públicamente y con toda libertad cuanto se refiere á la administracion y vida pública; mientras que en la Roma regida por el Consejo del Vaticano hasta Setiembre de 1870, toda opinion que hubiese desagradado en lo más mínimo á aquellos gobernantes, habría sido inmediatamente destruida por los rifles de los zuavos pontificios.

Hasta el mismo Sacro-Colegio, en una de sus dos corrientes antagónicas, y precisamente por la contraria naturaleza de esas corrientes, está cada dia demostrando con irrecusables pruebas ese estado de transicion. El carácter de todos los nombramientos recientemente hechos es fuertemente ultramontano, ultramontanismo que se extiende y fortifica en proporcion que aumenta el número de cardenales extranjeros. Cada vez que se nombra uno de éstos, el elemento italiano en el Sacro-Colegio gana, por una reaccion bastante natural, en fuerza é intensidad lo que pierde en el número. Esa fuerza é intensidad se han revelado bien claramente siempre que ha sido preciso proveer algunos puestos vacantes en varias congregaciones, ó separar ministros de la curia, ó principalmente cuando se ha presentado ocasion de manifestar esas ideas á los Gobiernos extranjeros por el nombramiento cerca de ellos de un nuncio del Papa. Si este carácter de transicion en lo civil y social, en la condicion intelectual y moral de los primitivos súbditos del papado en la misma Roma, aparece claro para todo observador juicioso é imparcial, el carácter de transicion del cuerpo gobernante de la Iglesia y de la gran masa de la jerarquía católica no es ménos decidido, aunque tal vez, por la diferente esfera de su accion, no aparezca con tanta claridad á los ojos del observador. Para poder comprender que el papado, de una actitud relativamente benévola y pacífica, se haya lanzado en



los últimos años á otra abiertamente hostil y agresiva contra los Gobiernos de todos los países, es preciso que examinemos con la mayor atención las fases por que han pasado sucesivamente las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Italia. Nada más instructivo hoy en los varios aspectos que ofrecen al estudio los políticos y partidos italianos que el de los continuos y universales cambios que en sentido reaccionario han venido experimentando en este país todas las ramas de la jerarquía católica. Sus 176 obispos, 4.000 canónigos, 96.000 sacerdotes y 40.000 frailes y monjas, sin duda que no obedecen todos con la misma rigurosa disciplina la consigna emanada del Vaticano; pero la gran mayoría de ellos obra en la misma dirección y con consistencia y unidad tales, que sería en vano pedirles á cualquiera de los partidos meramente políticos que existen en la Península italiana. Además, aquellos tienen para la acción facilidades que no posee ningun partido meramente político. El objeto de la ley recientemente presentada al Parlamento por el actual Ministerio italiano, la cual, después de aprobada por los diputados, fué rechazada por los senadores, estaba justificado en el sentido de que es preciso que el Estado pueda contrarestar de algun modo aquellas franquicias. El clero no las disfrutaba en la antigua legislación de Cerdeña, ni existieron en las leyes leopoldina y josefina que regulaban las relaciones de la Iglesia y el Estado en la Toscana y la Lombardía, como tampoco en la legislación de Nápoles. La república de Venecia, fiel á las tradiciones de su gran jurista, Pablo Sarpi, las excluyó con vigilante cuidado del cuerpo de sus leyes. Tampoco se las encontrará en el nuevo Código penal que ya ha sido sancionado por la alta Cámara italiana, y el cual, en la parte que se refiere á esta materia, será igualmente aprobado por los diputados. ¿Por qué entónces, podría alguien preguntar, la discusión y desaprobación de una ley provisional, que, después de todo, sólo trata de restablecer preceptos que regían hace pocos años, y que tal vez ántes de pasar algunos meses ó semanas, es cierto que vendrá á ser de nuevo ley general del país, por qué, repetimos, esa discusión y desaprobación han causado tan grande excitación, siendo miradas en muchos distritos casi como un paso atrás en las relaciones en-



tre la Iglesia y el Estado en Italia? Si esas franquicias hubiesen sido necesarias á la independendencia de la Iglesia católica, y si tales las consideran algunas naciones, ¿cómo ninguna de esas naciones ha protestado durante los largos años en que no existían? ¿Por qué ningun Gobierno extranjero protestó cuando el Senado discutió y aprobó, como el rasgo principal de toda la legislacion penal, las resoluciones que ahora ha discutido y desechado por haber sido presentadas con el carácter de una medida especial? La verdadera respuesta á estas preguntas sólo podremos darla cuando hayamos examinado, no la superficie de las corrientes políticas, sino su fondo, en donde agita sus manejos el partido de accion.

En la legislatura de 1875, las relaciones entre la Iglesia y el Estado ocuparon principalmente la atencion de la Cámara italiana de diputados. Al ministerio Minghetti hicieron graves cargos por manifestarse tímido, por no decir servil, respecto al Vaticano, acusándole de ceder ante las influencias ultramontanas en sus prerogativas respecto al Cuerpo episcopal, y, por último, por la lenidad y blandura con que procedió contra los sacerdotes rebeldes. En una palabra, fué acusado de *vaticanismo*, y en casi todas las discusiones se invocó la autoridad de Mr. Gladstone para censurar la conducta de la reaccion minghetiana; acto que se repitió tantas veces, que algunos llamaban á las Cámaras, por burla, «el Parlamento de Gladstone.» Tales acusaciones no partieron principalmente de los miembros de la izquierda. El marqués Anselmo Guerrieri Gonzaga, y los comendadores Villari y Tomás Crudeli, estuvieron entre los impugnadores del ministerio, y, sin embargo, todos tres pertenecían á las filas ministeriales. El primero de estos tres eminentes políticos habló, con no disimulada severidad, de la conducta seguida por el Gabinete cuando estallaron movimientos populares en Mántua y algunas provincias napolitanas; movimientos que en aquellos distritos se proponían privar al Cuerpo episcopal de la atribucion de nombrar los curas párrocos, resucitando el antiguo derecho cristiano, segun el cual la eleccion se hacía por los fieles de las parroquias respectivas. La proposicion, presentada por la izquierda, encontró un defensor antipapista, muy instruido y elocuente.



en el distinguido jurisconsulto napolitano Pascual S. Mancini. Parecía, pues, lógico que con la formación de un ministerio de la izquierda, entrando en él Pascual S. Mancini, con la cartera de Gracia y Justicia, una actitud más contraria al Papa habría de anunciarse como parte del programa ministerial. Pero sobre este punto ya el ministerio Minghetti, fuesen ó no papistas sus tendencias, había puesto de nuevo en vigor las antiguas resoluciones que garantizan al Estado contra las agresiones de la Iglesia, cosa que estaba demostrada en el espíritu de su legislación penal. Un notable abogado piemontés, el amigo, y en muchas ocasiones críticas el verdadero confidente del conde de Cavour, el senador Vigliani, que había ocupado con el mayor honor el puesto de ministro de Gracia y Justicia en el gabinete Minghetti, y que ahora ocupa el de Presidente del Tribunal Supremo de Casación, había cuidado de consignar amplias garantías en el nuevo Código penal contra los abusos del clero en daño del Estado. Si las garantías adoptadas por su recomendación en el Senado, hubieran sido sancionadas por la Cámara de diputados, el Estado habría recobrado, y nada más, las posiciones defensivas que tenía en la antigua legislación de los diversos Estados italianos contra cualquiera agresión del Vaticano. Pero ésto no era bastante para el actual ministerio, y ménos aún para aquel de sus miembros, Mancini, sobre quien recaía principalmente la tarea de resolver los asuntos legales y eclesiásticos. Una buena oportunidad pareció presentarse por sí misma para aclarar esta posición, pasando de la puramente defensiva de su predecesor, á una actitud más especial y agresiva respecto al Vaticano. Consiguientemente á este propósito, fué presentada al Parlamento una ley especial y provisoria, por la cual se declaraba que incurrirían en la pena de prisión, en más ó ménos grado, los sacerdotes que abusaran de sus funciones espirituales en daño del Estado, ó ultrajasen públicamente las instituciones fundamentales del mismo.

Ninguna ocasión mejor podía ofrecerse al Vaticano. La curia romana creyó haber hallado, al fin, un motivo de queja muy apropiado para lanzarle al exterior. Antes había esperado que las naciones católicas se opusieran á la supresión de las órde-



nes monásticas, y su esperanza había sido cruelmente burlada: había creído que la resolución, sujetando al servicio en el ejército, como á los demas jóvenes, á los que se dedicaban á la carrera eclesiástica, habría arrancado agrias protestas á los países católicos, y estos países no tuvieron contra tal medida ni una sílaba que les sirviera de simpatía ó consuelo. Pero este nuevo golpe, ¿no lograría excitar la indignacion de los fieles? Por ventura, ¿podía existir algo más monstruoso que castigar al ministro de la religion por cumplir á conciencia con los deberes de su ministerio? ¿En dónde, de aquí adelante, podría hallarse la libertad del púlpito? ¿En dónde la del confesonario? Pues que, ¿el sacerdote llamado á administrar los sacramentos á un moribundo, había de ser vigilado por gendarmes, y sus palabras tomadas por un notario público, como salvaguardia de los derechos del inviolable é infalible Estado? Pongo aquí estas líneas como débil muestra del tono con que los periódicos ultramontanos, desde los Alpes á Siracusa, han estado discutiendo, durante tres meses, las disposiciones de la ley. Estos manejos se dirigían á excitar la opinion en el exterior, particularmente en Francia. Se invitó á los obispos de este país y se les remitieron instrucciones para que se hiciesen los órganos de una gran demostracion en favor del Papa, cerca del gobierno del mariscal Mac-Mahon. A los fieles de los demas países se les enviaron instrucciones del mismo género, aunque probablemente estas instrucciones diferirían entre sí algo, segun la índole de los pueblos á que se enviaban, como acontece con los vinos más populares de Francia y España, que se modifica un tanto su composicion, en armonía con los gustos y paladares de aquellos á quien se destinan. Si el lenguaje del cardenal Cullen refleja fielmente el espíritu de las instrucciones dirigidas á su eminencia, la comunicacion debe ser considerada como un tierno tributo pagado al vigor de la imaginacion hiberniana. Los bolandistas, en su gran coleccion de vidas de santos creyeron prudente inclinarse á cierta reserva, y juzgaron de su deber declarar que no podían responder de que fuesen ciertos los milagros atribuidos á los santos irlandeses. El que lea la pastoral del cardenal Cullen, en que se compara el régimen que el gobierno italiano intenta esta-



blecer ahora con lo que practicó con el anterior Pontífice Napoleón I, sentirá tal vez la necesidad de no tomar al pié de la letra lo que dice su eminencia el cardenal arzobispo de Dublin, imitando la conducta de los bolandistas respecto á los milagros de los santos irlandeses. La ley Mancini obtuvo en la Cámara de los diputados una gran mayoría. Sin que se nos pueda acusar de exagerados ó maliciosos, podemos afirmar que entre los que le dieron su voto, la mayor parte lo hicieron, así por su deseo de permanecer fieles á los preceptos democráticos, como por la sincera aprobacion que les merecía la ley. Extraño es decir que los principales impugnadores de ella pertenecían á las filas ministeriales, como dos años ántes, los principales adversarios de la política religiosa del Sr. Minghetti salieron de entre los más antiguos y acérrimos partidarios de su propio partido. Son muy dignos de ser examinados con toda verdad los hechos, para que sea convenientemente apreciado el estado de transicion en que aquí se hallan las opiniones respecto á este punto. Aprobada por los diputados la ley, necesitaba pasar al exámen de la alta Cámara, y sin que tampoco se nos pueda llamar exagerados ó maliciosos, diremos que áun ántes de ser conocidos sus términos por el Senado, un gran número de senadores había resuelto rechazarla por razones que nada tenían que ver con la cuestion religiosa. Resentidos los senadores con el actual ministerio Depretis, por el desaire que les hizo el año anterior en la cuestion de libertad de puertos, habían resuelto vengar aquel en la primera oportunidad que se ofreciese, y ésta la encontraron cuando se les presentó la ley Mancini contra los abusos del clero. Por lo demas, claro es que un motivo semejante no era para dicho en un discurso en el Senado, pero en los pasillos, en el salon de conferencias y en las conversaciones familiares, se les ha oido repetir estas palabras: «Ahora nos ha pagado el Gobierno la que nos hizo cuando la cuestion de libertad de puertos.»

Ciertamente sería un error considerar esta votacion del Senado, cuyo origen acabamos de exponer, como señal de una tendencia ú opinion política, en un sentido determinado. La discusion dió lugar á cuatro notables discursos; el que pronunció el ministro Mancini defendiendo la política del Gobierno y



los que impugnándole pronunciaron los senadores B. Compagni, Cadorna y Lampertico. El mejor, por sus profundos conocimientos en materia constitucional y su vasta instrucción, fué sin duda el de B. Compagni, quien combatió la ley por el carácter excepcional y arbitrario que revestía, por considerarla una clara desviación de la política del conde de Cavour y por oponerse á lo dispuesto en la ley de garantías al Papa, la cual consigna plena libertad, no sólo para el Pontífice, sino para todos los miembros de la jerarquía católica en el ejercicio de sus funciones puramente espirituales. Algunas de estas objeciones piden un ligero comentario. Evidentemente el Senado estuvo en su derecho rechazando la ley por su carácter *excepcional*; pero al rechazarla por arbitraria, no sólo condenó la anterior legislación de todos los diversos Estados italianos, sino la novísima legislación del reino, á la cual, en su carácter legislativo, había él mismo dado su sanción. En cuanto á su desviación de la política proclamada por el conde de Cavour, hay que tener presente que este ilustre estadista murió en Junio de 1861, y la curia romana no inauguró su guerra á muerte contra los gobiernos de todos los países sino á fines de 1864. Por último, determinar hasta dónde la actual ley era una violación de la que establece las garantías al Papa, era cuestión que se podía resolver desde diversos puntos de vista con distinta respuesta, según el que se adoptase; pero de seguro la alta Cámara que había quitado á las órdenes monásticas sus derechos civiles, no lo tenía para considerar esta ley como una violación. Mas la importancia real de esta votación no sólo estriba en lo político, sino en los resultados de todo género á que ha dado lugar. Desde que comenzó este debate en la alta Cámara, se vió claro que muchos miembros de la oposición, aunque desaprobandando en principio que el ministerio hubiese presentado esta ley, opinaron, sin embargo, que el rechazarla en absoluto sería una concesión al Vaticano, tan inhábil como impolítica, concesión de que habrían de aprovecharse todos los órganos de la prensa ultramontana en Europa, para levantar, con tal pretexto, una cruzada general contra Italia. Entre los hombres que comprendían así la situación, se contaba el ex-ministro Quintino Sella, jefe reconocido de la oposición y presidente del



club central constitucional de Roma. *La Opinion*, que en este asunto reflejaba las aspiraciones del Sr. Sella, había insistido fuertemente sobre la necesidad de que el Senado aprobase la ley. En las reuniones privadas tenidas en el Club Central Constitucional, el Sr. Sella había manifestado estos mismos deseos. Después, cuando el Senado la rechazó por trece votos de mayoría, y se supo que figuraban entre los votantes algunos de los miembros más importantes del citado Club, el Sr. Sella presentó su dimisión de presidente del mismo. En verdad, no ha abandonado su puesto como jefe reconocido de la oposición; pero es muy probable que las mismas divergencias de opinión entre él y otros individuos de su partido, que le hicieron renunciar un puesto, puedan ser causa de que abandone también el otro.

Este último hecho nos suministra una prueba más y no débil, del general estado de transición á que, ántes hemos aludido. El comendador B. Compagni y los demás miembros del antiguo partido de Cavour han demostrado, por los juicios que han emitido, su creencia de que todavía es posible efectuar una reconciliación entre la Iglesia y el Estado y que, en todo caso, habría de procurarse por todos los medios el tratar con suma circunspección y delicadeza lo que la Iglesia católica se complace en llamar su libertad. El comendador Quintino Sella, jefe reconocido del antiguo partido de Cavour, se ha separado del Club Central Constitucional, porque cree que el primer deber de todo patriota italiano es hacer frente con valor á Roma, y que lo que el Vaticano llama la libertad de la Iglesia, no es otra cosa, á los ojos de todo hombre que piense y observe, sino una serie de agresiones contra las libertades del Estado. La cuestión surgida sobre este punto en el Club Central Constitucional de Roma, ha venido á ser más que nunca objeto de viva discusión entre todos los periódicos italianos y en todos los círculos sociales de la península. Por otra parte, la transición de que hemos hablado se verifica rápidamente entre los mismos eclesiásticos, que involuntariamente comparan la paz y tranquilidad de estos últimos cuarenta años, con lo ocurrido en uno solo, desde que han comenzado las agresiones del ultramontanismo. Cada quince



dias *La Civiltà Cattolica* da el tono sobre el cual repiten variaciones sin fin todos los diarios ultramontanos del reino, á la vez que el Club Central Católico de Roma indica el suyo á los clubs católicos de provincia con quienes está en correspondencia. En esta campaña no sólo se ventilan los intereses de Italia sino tambien los de los demas países; y aún los ingleses, aunque no puedan ya repetir con la misma conviccion las palabras dirigidas por Cromwell á uno de sus Parlamentos: «Roma es asunto *nuestro*;» pueden todavía considerarlo como un asunto no indigno de su atencion.

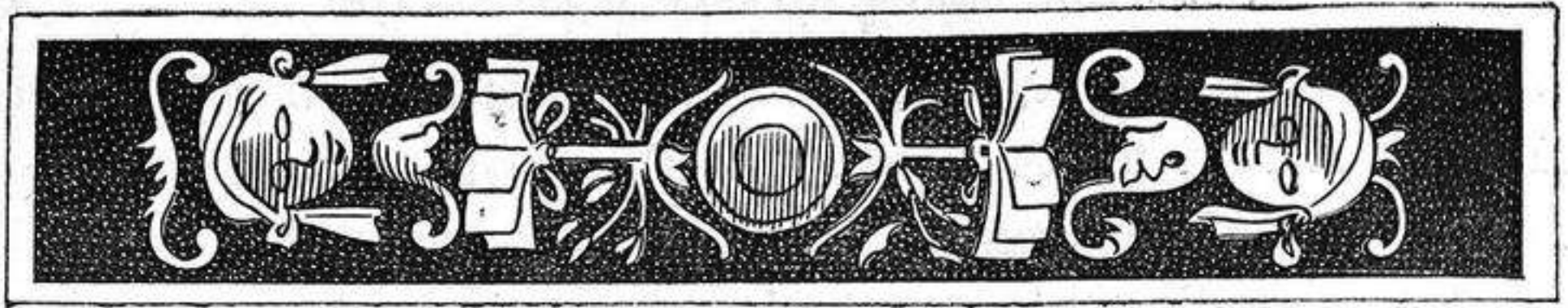
No ha disminuido ciertamente la importancia que entraña esta cuestion con las noticias que nos transmite el telégrafo sobre los extraordinarios sucesos que se han realizado, durante las últimas cuarenta y ocho horas en Versalles y Paris. La inesperada caida de M. Julio Simon y sus compañeros de Gabinete, provocada por el mariscal Mac-Mahon, á los pocos dias de haber declarado el presidente del último ministerio francés, que estaba en ánimo de mantener cordiales relaciones con Italia y resistir los atentados y agresiones del ultramontanismo, habrá sido considerada en todas las capitales de Europa como lo ha sido aquí, esto es, como signo de las tendencias ominosas que prevalecen en la política del mariscal y que tienden á mantener las esperanzas ultramontanas y á facilitar sus manejos. Entre las varias causas que pueden haber producido este resultado, tal vez no sea descabellado afirmar que, en los proyectos de los aliados franceses del Vaticano, sus intereses, ya favorecidos por la retirada del ministerio del príncipe de Bismark y promovidos por la que pudiera creerse amistosa demostracion del Senado italiano, lo han sido aún más fuertemente todavía por la derrota que ha sufrido mister Gladstone en la Cámara de los Comunes.

JAMES MONTGOMERY STUART.

(*Contemporary Review.*)







## ¡NUESTRAS ALMAS!

---

*(Del inglés de Lord Byron.)*

Para formar el colmo de mi hechizo  
es de mi vida el misterioso lazo,  
para cubrir mis sienes hay un rizo,  
para inclinar mi frente hay un regazo.

Oigo á mi lado un melodioso acento  
que un solo nombre con afan evoca;  
hay una boca que me da su aliento,  
para beber mi aliento hay una boca.

Hay una luz que brilla enardecida  
su foco al contemplar con loco anhelo;  
son unos ojos que me dan la vida  
son dos pupilas que me dan un cielo.

Existe un corazon unido al mio  
que es el eterno bien que yo atesoro;  
porque alegre palpita cuando rio,  
porque triste palpita cuando lloro.

Y si siente la pena comprimida,  
el trémulo suspiro que me encanta  
va exhalando el aroma de una vida,  
de una vida que aspira mi garganta.



Jamás vislumbro mi placer deshecho,  
jamás siento en mi torno los agravios,  
mientras uno su pecho con mi pecho,  
mientras uno mis labios con sus labios.

En su célica atmósfera cernidas,  
hay dos almas que viven enlazadas,  
que se agitan y vuelan confundidas,  
que respiran su dicha enamoradas.

Su alma me estrecha con un lazo fuerte,  
mi alma á la suya con afan se aduna ;  
¿podrá quebrar sus vínculos la muerte,  
si ya no son dos almas, que son una?

NICOLÁS TABOADA FERNANDEZ.







## LA GRAMÁTICA DE LA ACADEMIA

---

### I.

**N**o entra ahora en mi propósito hacer la crítica de ese opúsculo, archivo, sin duda alguna, de ligerezas de bulto. D. Severo Catalina y D. Francisco Cutanda, miembros dignísimos de la docta Corporación, dejáronle hecho una lástima en los repetidos sabios discursos que contra él pronunciaron; no librando mejor de los labios de tan reputados filólogos (y dicho sea de paso) el afamado Diccionario de la misma.

El móvil de este mi artículo no es otro que el de hacer un elogio y una censura de los que el Sr. D. Fernando Gomez de Salazar (1) ha publicado para impugnar, á mi ver con poca fortuna, algunos preceptos de ese *arte privilegiado*, y condenar, con sobra de razon, la ley que hace de él texto obligado y único.

Es digna de elogio la entereza de ánimo con que ha re-

---

(1) En *Los lunes de El Imparcial* del 13 y 20 de Agosto último. Bremon hace un elogio de ellos en *La Ilustracion Española y Americana* del 15 del mismo.



suelto atacar un monopolio, injusto por lo que hace á una recta adjudicacion, toda vez que no ha mediado certámen, subversivo en razon didáctica, depresor de la dignidad profesional, y rémora del progreso, á tan importante ramo del saber debido.

La Academia es una autoridad secular ya, es un poder hoy en alza : se necesita valor para atacarla al descubierto y herirla en su orgullo. El Sr. Gonzalez Salazar ha disparado sobre su frente ; pero el tiro no ha sido del todo certero en la apreciacion de doctrinas, y al decoro de los profesores de gramática hace él mengua indigna ; de ahí la censura.

Dice el citado señor, que el verbo *regular* no está bien definido en la gramática *predilecta* : que ni hay *plusquam perfecto*, ni los futuros *perfecto é imperfecto* son posibles : que el verbo es la palabra *por excelencia* : que la gramática es «el arte de hablar y escribir *correctamente* : » que, «ni en las escuelas, ni en los Institutos, ni en ningun otro establecimiento público de España... no es verdad que se enseñe el castellano» (el español habrá querido decir nuestro crítico), con otras menudencias que denuncian faltas más leves. Sentado lo cual paso á exponer los fundamentos de mi desacuerdo con relacion á tales asertos.

## II.

Comienzo por decir que el calificativo de *irregular*, que se da lo mismo al verbo que sufre alteraciones en su radical (ó raíz) que al que las experimenta en sus característicos, ó en éstos y en aquella, es de todo punto vago, y que la acepcion genuina de ese calificativo está en perfecto desacuerdo con la especialidad gramatical, que con él ha querido denominarse.

*Regular* (de la voz griega  $\rho\epsilon\zeta\text{-}\omega$  hacer, promover, y la latina *ul-us*, una cosa ó entidad significa «la fuerza que hace ó promueve una accion.» En el verbo las generalidades como las excepciones son todas *regulares*, porque todas fundan su ser en ley de razon suficiente ; ley que podrá tener una aplicacion más lata ó concreta, pero que siempre será racional, y constituirá, por lo tanto, *regla*. La *irregularidad* propiamente



tal, sólo cabe en la torpe paradoja, ó en el absurdo, conceptos que al arte repugnan.

Y no se me arguya diciendo que las voces de carácter y las técnicas, en largo acreditado uso didáctico merecen respeto. Lo erróneo no prescribe, ni puede estar jamás en crédito justificado. Y téngase presente que «si la Academia *limpia y fija*, con otras cuantas cosas más, en un tratado de gramática la propiedad de las voces es de urgencia, si cabe, sacramental.

De la química sé decir, que, á las doctas innovaciones que se hicieron un día en sus nomenclaturas, debe ella en gran parte sus adelantos, y que, al levantar hoy sus vuelos, se ve precisada á reformar el repertorio técnico de acuerdo con sus nuevos descubrimientos y rumbos. Los técnicos son el *fac-simil* de las ciencias : bastardear aquellos es desfigurar los rasgos típicos de ésta.

Por otra parte, para hacer una clasificación se necesita darla fundamento racional y concreto, y, ni usted, ni la gramática de la Academia, llenan ese requisito al dividir el verbo en *regular é irregular*.

Antes de hacer ese apartado, procede tener en cuenta la índole compleja de la forma de todo verbo, la cual se compone de *radical* y de *característico*. Las alteraciones del radical constituyen una excepción, y otra las de la desinencia; debiendo darse en párrafo aparte las de aquellos verbos que sufren modificación simultánea en uno y otro elemento. *Benedec-ir*, verbo irregular; *and-ar*, verbo irregular; *dol-er*, verbo irregular, y el uno, pongo por caso, lo es únicamente en el radical, el otro en el característico, y el tercero en la forma *duel-es*, por ejemplo, lo es en el radical, y en *dol-dría* (*dol-ería*) en la desinencia.

De clasificar los naturalistas así, tan á la gruesa, y de emplear técnicos tan poco precisos, digo á usted que sería de verlo laberíntico é inestricable de sus sistemas.

El radical, atendiendo al estado en que su estructura aparece al través de todas las inherencias características se divide en *uniforme* y *variable*. El primero la conserva íntegra, el segundo la modifica al hacer anexion con los característicos de este tiempo, de la otra persona, ó de aquella forma. Uno y



otro radical, si se da por bueno el calificativo, que ustedes de consuno adoptan, son *regulares*; y la Academia define bien ese dictado en el sentido en que ella le emplea; de donde se sigue que, al acusar de errada esa definicion, ha caido usted en un *lapsus*. La parte esencial, el elemento permanente del verbo es el radical: se le debe estudio por separado, y es bien que por separado se le clasifique.

Los radicales del verbo, como los de toda otra palabra, son del dominio del diccionario: á él toca presentarlos en buen órden, y determinar con acuerdo las alteraciones porque pasan varios de entre ellos.

Fuera poco ménos que obra de romanos la de dar á la memoria todos cuantos modifican su estructura al hacer alianza con tal ó cual característico. Y de emprender esa tarea, habría que exponer sucintamente las razones dialécticas y eufónicas, y los caprichos autorizados, origen de las alteraciones; acompañando todo eso de claves de simplificacion que, fundadas en discretos motivos de afinidad, vinieran á facilitar el estudio y á darle carácter de ciencia. Aprender de otro modo los radicales y variables, sería estudiarlos á humo de pajas, estudio que viene á ser como si parla de *loros*, si no afan de escribir sobre arena. Que lo elemental, á partir del discreto *versate diu quid humeri...* del bueno de Horacio, no está reñido con la direccion y tutela de la razon, es á todas luces cierto.

Ademas, que ni el maestro de instruccion primaria dispone de tiempo y conocimientos bastantes para llenar de por sí ese vacío, ni el catedrático de segunda enseñanza puede hacer el milagro de redondear la didáctica del latin y el español en los diez y seis meses muy en sisa (y en hora y media por dia) que duran los dos años académicos designados al efecto. En el corto espacio de que uno y otro profesor disponen, y siendo la edad de los aleccionados tan irreflexiva en sus actos mentales, como débil de fuerzas, no es posible hacer de la gramática estudio más serio y pesado: me ocuparé más adelante de la injuria con que usted, Sr. Gonzalez, les trata.

A los característicos, por razon de la mayor ó menor aplicacion que hace de ellos el uso, y de la fisonomía más ó ménos típica de su organismo, se les divide en *generales* y *excep-*



*cionales*. Con los *generales* se formará el paradigma ó paradigmas de norma. Los *excepcionales* se anotarán al pié de aquellos y en estricta relacion con ellos ; haciendo en las anotaciones llamada hácia los radicales que los toman á su servicio, y procurando que dichos radicales figuren al fin de la gramática, en apéndice forzado, hasta tanto que no se les inventaríe convenientemente, y por separado, en los diccionarios de quienes son riqueza.

Cada elemento del verbo en su lugar, y nomenclatura analítica que se dé al característico, no debe darse al radical más que por relacion de concomitancia, y en esta forma : « radical con *característico excepcional* en tal persona, tiempo, etc.» Preferencias sensatas hechas áun á costa de algun rodeo, en obsequio de la claridad y verdad, son siempre plausibles.

### III.

Y no anda el Sr. D. Fernando más acertado en el cargo que dirige á la ilustrada Asociacion, así diciéndola : «Ese *plusquam perfecto* y los *futuros perfecto é imperfecto*, que tú admities, son tiempos imposibles y absurdos.»

Yo voy á probar á ese señor que siendo ellos, como lo son, una verdad cronológica, tienen una aplicacion juiciosa en la doctrina gramatical del verbo.

Pongamos fijeza en la relacion que guardan entre sí las épocas, y veremos que las unas preceden á las otras : el más necio nota y comprende esa verdad.

En el tiempo hay el *antes* y el *despues*, como en el espacio hay el *más acá* y el *más allá*. Dentro del discurso existen juicios de relacion *temporal*, relacion en la que caben dos ó más términos, como lo demuestra este ejemplo : «Cuando tú naciste, la Academia había escrito su gramática.» Ciertó que con respecto al instante en que la razon se apodera de los verbos *nac-er* y *escrib-ir* para formar con ellos esos juicios, los dos son *perfectos*, los dos significan hechos consumados, y los dos son *pretéritos*, esto es, pasados. Pero si nos proponemos comparar el momento en que la accion de *escrib-ir* se efectúa con aquel en que se realiza la de *nac-er*, ¿no aparece evidente de



todo punto que el escrib-ir es *perfecto* en momento *pretérito plusquam (altero)*, ó lo que es igual, que la acción que él significa, se ha llevado á fin en un *pasado anterior* al *pasado* en que se consumó la acción de *nac-er*, la cual no es, con respecto á aquella, ni siquiera de tiempo *pretérito*? Y si gustamos de contrastar las épocas en que esos dos sucesos entran en la vida real, con el instante en que se les emplea como cópulas de los dos juicios, ¿no resulta también que siendo las dos pasadas, la una dista más que la otra de dicho instante?

«Yo *lleg-aré* á las diez, y tú te *hab-rás dorm-ido* para entonces.» Dos acciones *futuras*; pero á la acción de *dorm-ir* se la considera ya como un hecho, cuando la de *lleg-ar* no pasa de ser un supuesto; y aquélla respecto de ésta no es *futura*, sino *pasada*.

Y hay un *imperfecto de subjuntivo*, sí señor, como hay *futuro imperfecto*. Las acciones expresadas por todos los tiempos de subjuntivo son de un *futuro hipotético*; mas los *futuros* pueden aparecer en el raciocinio como *presentes* ó como *pasados*; consideración que me ha movido á respetar los calificativos de *perfecto é imperfecto*, que hoy llevan, y que, de no estar ellos en cuerdo uso, hubiera sido acertado cambiarlos por los de *anterior y posterior* respectivamente.

Nuestra memoria evoca, cuando ella quiere, el pasado, y le trae á cuenta corriente. Nuestra imaginación fantasea y describe el porvenir, y crea para él como si obrando dentro de él. El sentimiento, estimulado por el deseo y guiado por la razón, mil y mil veces da por acaecido lo que descansa en el seno insondable del mañana. Ved sino como la visionaria lechera de *La Fontaine* supone terminada la venta de su mercancía, y luego recogido el dinero, y después comprada la gallina...; y como, al quebrarse el cántaro, lo da por perdido todo, como si todo hubiera pasado ya por su dominio real y directo.

*El paso de las aceitunas* de el festivo Lope de Rueda ofrece, sobre el particular, otro chistoso elocuente ejemplo. «Parece que lo tengo entre mis manos, que lo estoy viendo»; hé ahí una expresión frecuente y vulgar, que unas veces tiene por objeto hacer que lo *pasado* comparezca en juicio y sea en ley de actualidad, y otras como si patentizar lo *futuro*. Un pintor



da por acabado un cuadro sin tener siquiera á su disposicion colores, pinceles ni lienzo : un cuadro *perfecto* en el mundo de las concepciones del genio, y *futuro* en las esferas del mundo real-objetivo del arte.

El pensamiento humano se cierne en la inmensidad del espacio, y tiende á medir la eternidad del tiempo. No le podreis impedir que se espacíe, que mida, que hable de lo remoto como si presente, y de lo porvenir como si en evolucion del momento. Porque así á él le place, y por respeto á él, hay que admitir esos conceptos de *tiempo gramatical*, que definidos quedan. En esa razon poderosa, y en la no ménos sólida de comparar entre sí dos *pasados* ó dos *futuros*, tienen asiento los *dictados* y su doctrina.

En lo que usted hubiera estado atinado hubiera sido en demostrar que los sobrenombres de *perfecto* ó *imperfecto* y *pretérito* ó *futuro*, no afectan todos al momento de ejecucion, sino que los dos primeros hacen referencia al suceso, y los dos últimos especifican el tiempo : distincion á mi ver fundada é importante que la Excelentísima no se había dignado hacernos, sin duda por aquello de que la ciencia debe tener todavía *iniciados* y *catecúmenos*.

Y el verbo, Sr. D. Fernando, no es la palabra por *excelencia*.

Suprimid la materia y dadme despues evoluciones : prescindid de toda propiedad y presentadme luego un sér.

Los vivientes y sus transformaciones y leyes de vida coexisten y se completan.

*Respet-ar* verbo : *pulmon* nombre. ¿Cuál de los dos tiene un valor de *excelencia* en esa funcion orgánica, tan vital é imprescindible?

Si se me objetara diciendo que el verbo es *cópula*, vínculo y expresion de todas las reacciones y movimientos de espacio, sin los cuales ni la actividad se concibe ni la creacion existe, yo daría esta réplica.

Pero ¿á qué la *cópula*, ni cómo la *cópula* sin los organismos?

Dadme los movimientos de todos los orbes que el espacio pueblan, y los del infinito barajar de los átomos y la atraccion y la repulsion, ¿qué me dais, si no me dais materia, si no me dais sustantivos? Materia, actividad, pasividad, transformismo



evolucionista, todo simultáneo en puro indivisible acto, y en consorcio eterno, absolutamente necesario. Si la inercia, es decir, la materia sin actividad es un absurdo, es otro idéntico la acción sin la materia.

Decid á un arquitecto que la argamasa ó cemento, es, por *excelencia*, la materia de un grandioso edificio y el desatino le hará soltar la carcajada.

El *verbo* (de la raíz latina *verg-o*, inclinarse, y de la griega *bo* de  $\beta\omicron-\alpha\omega$  vocear) es la voz, ó palabra, destinada á significar las *inclinaciones*, los fenómenos reactivos, las manifestaciones todas de esa perenne actividad del cosmos. Eso sí; la forma del verbo es más variada y compleja que la de las otras clases de palabras, porque la idea que él expresa necesita venir al juicio con caracteres generales de *tiempo, modo y personalidad* subjetiva que la materia no necesita al efecto. De donde se ha seguido la necesidad de crear para su radical un sistema de caracteres mucho más numeroso y analítico y de más difícil estudio. Que en el allanar de esa dificultad haya que poner trabajo más arduo que el que se emplea en vencer todas las otras gramaticales, y que una vez allanada entrañe ella una importancia singular entre las de su clase, bien; pero que de ahí se saque, en deducción lógica, esa tan hinchada *excelencia* del verbo, es necedad en torpe rutina. «Que él sólo se basta para expresar un juicio», puede también argüírseme.

No es cierto. Juicio sin *sujeto y predicado* es juicio imposible. Ahora bien; si place traer á exámen los juicios *elípticos* puede el verbo pasarse sin esos términos, pero á condición de darlos á conocer por medio de alguna relación explícita y clara de forma ó de concepto; mas es el caso que todo eso puede hacerlo de por sí el nombre, como lo prueban estos dos ejemplos: Tú impugnas á la Academia, y yo á tí.

—¿Es verdad que tú has hecho eso?

—Verdad.

En el último juicio de cada uno de los dos símiles se nota la supresión del verbo, y ellos, no obstante, son tales juicios, y juicios claros. Por ese lado tampoco puede entrar en crédito la *excelencia*; y para mí, en la acepción que sus defensores la toman, por ninguno entra.



## IV.

Y persiste D. Fernando en la agradable tarea de sus cargos ; y así, al persistir, pregunta : ¿el nombre español tiene ó no tiene *declinacion*?

La Academia ha dicho que sí la tiene, y tambien ha dicho que no ; afirmaciones que la acusan de grave falta de criterio fijo.

En eso estoy yo de todo en todo con el *preopinante* como ahora se dice. Ella es la que en cierto modo *declina* al perder el equilibrio de su gravedad magistral con mudanzas de tan escaso consejo.

*Declin-ar* (de *de* y *clino*, κλινω) significa en acepcion genuina *perder la vertical*, idea que ni áun en el más atrevido uso trópico tiene puntos de relacion con las modificaciones por que puede pasar la forma del nombre y que son las que con el nombre *declinacion* han querido designarse. *Declina* en realidad el sol cuando se aleja de un meridiano dado, y por translacion declinan la edad del hombre, las grandezas de la tierra.

El nombre es palabra *multiforme*. La idea que él expresa entra en relacion con otras ideas bajo los conceptos fundamentales del *caso* y el *número*. El concepto de *caso* presenta diferentes matices de relacion, y el de *número* dos únicamente. Para cada uno de esos matices se necesita un medio gráfico de expresion, es decir, un característico. Que éste se adhiera al radical por el fin, que se coloque delante é inmediato á él, ó como si dijéramos codeándole, sus oficios serán siempre los mismos. La *i* de este nombre latino Petr-*i*, y la *de* del español Pedro (*de* Pedro), hacen funcion igual respectiva. Se diferencian en la posicion, no en el significado. La forma del nombre altera, porque la idea que expresa su radical varía de relacion ó postura : esta variacion es de necesidad absoluta, y aquella mudanza de precision indiscutible. En el mundo no hay nada absoluto, y por lo tanto nada inmutable.



## V.

Y luego afirma dos y tres veces que la gramática «es el arte de hablar y escribir correctamente.»

¡Ahí es nada la pretension!

La correccion del lenguaje abarca tantos y tan difíciles puntos, que no hay sino echarlos un galgo. De ser cierta la definicion, para hacerse escritor *correcto* bastaría saber con precision y aplicar con propiedad los preceptos de ese arte, tan inconsideradamente engreido por sus patronos.

Bien claro está que los *maestros* de gramática española no son los escritores más atildados y avizores; y yo, uno de entre ellos, al tomar la pluma para sentarla sobre el papel, no sé, cuitado de mí, por donde me ando.

Mucho habría que restringir la acepcion del adverbio *correctamente* para que pudiera quedar en su punto. Y la restriccion no se ha dado á luz, ni es ella cosa de hacerse á vuela pluma académica.

La definicion más docta y atinada de ese arte bulle dentro de la voz técnica con que se le designa, que es la de *grammáthtica*, la cual así en integridad radical debiera escribirse.

*Tica* (del griego *τιθημι* ordenar) significa *sistema*: *gram* (de *γραφω* pintar) *pintura*, y mejor *dibujo*, y *mat* (de *μαθεω* ó *μανθανω* aprender) *científico*.

El geroglífico y el símbolo; las creaciones todas de la pintura y la estatuaria, de la música y la arquitectura, los ademanes, gestos y contorsiones serán expresion de la ciencia, serán varios de entre ellos, susceptibles de darla vida ostensible en el espacio y su perennidad en el tiempo; pero ¿qué otro medio de emision, desenvolvimiento y fijeza más sencillo y claro, más rápido, analítico y permanente que el que la proporcionan esos *dibujitos* que en nuestra lengua son veintisiete y se llaman *letras*?

Ellos son la pintura científica (*grammath*), y bien pudiera decirse por *excelencia*, y el arte, que los redujo á método, se apropió con gran precision y tino el nombre de *grammáthtica*.



Y ese arte comienza por el *ortos*, es decir, por el elemento rudimentario, ó generador, que es la *letra*, determinándola en su doble valor, el *gráfico* y el *fónico*, y hasta en el *guarístico*, si le tuviere.

Del lado de las letras (signos *esenciales*) consigna y define los que yo llamo signos *gráfico-complementarios*, que son «todos esos matices y figuritas que en nuestra lengua se ven colocados encima de ciertas letras, y al lado de algunas palabras, y que sirven para diferentes fines.» Todos ellos, excepto los *asterísticos* y *guiones*, tienen algo de prosódicos, porque todos denotan una inflexion de voz, entre otros importantes valores.

Como el protoplasma, llamado hoy *monera*, tiende á unirse á otro, y otros, para la constitucion de una compleja entidad física, así la *letra* se asocia á otra, y otras para formar desde la palabra más corta, que es la puramente silábica, hasta la más dilatada y sintética.

Definir la *silaba* como primer organismo que resulta de la union de las letras, determinar la naturaleza de la palabra y sus clases, los caracteres peculiares de las de cada clase, las alteraciones por que pueden pasar dichos caracteres, y las arbitrariedades poéticas que por aumento, disminucion, cambio ó alteracion de órden de letras, desfiguran la estructura genuina de una voz, esa es toda la doctrina que, en la *letra* y el signo *gráfico-complementario*, constituyen el lleno del alcance é incumbencia gramaticales.

¿Se trata de formar juicios? Entrad en el campo de la *lógica*, que á su deber cumple dictar leyes para la recta organizacion y clasificacion del pensamiento.

La parte gramatical llamada *Sintáxis*, no puede determinar otra cosa, y es por derecho que pudiéramos llamar *adscrito*, que los modismos de giro, y de frase y construccion de período, característicos del estilo genial del idioma en que ellos se usan; giros cuya razon de ser podrá apuntarse en dicho *tratado*, pero cuyos modos no deben estudiarse allí por medio de ejemplos, basados en una preceptiva, absurda en no poco, y recargada y pueril por todo extremo, sino sobre trozos selectos tomados de los clásicos, que dieron uso sensato



á dichas formas , y acomodo prudente á sus esmaltes ; siendo de rigor el presentar toda esa dóctrina como sujeta á las leyes rudimentarias de la *Estética*.

No se extienden á más los dominios de la gramática , y reducidos á límite tan ajustado, no pueden ellos dar de sí el resultado portentoso de enseñarnos á «hablar y escribir *correctamente*.»

La retórica sería en tal caso tema sobrado, la literatura de importancia baladí, y la estética devaneo pretencioso ; pero no son esas ciencias nada de eso, sino todo muy al contrario.

La retórica ha de dar cuenta razonada y metódica de esos toques de puro carácter y movimientos peculiares del habla, como de los diferentes géneros literarios en que tienen ellos aplicación ejemplar. La literatura será el *museo*, si vale el dictado, donde aparezcan en buen orden de clasificación y mérito cuadros, modelo del buen decir, y dechado de bellezas de concepto.

Pero todos esos toques y movimientos, todas esas producciones literarias, todas esas galas de estilo y primores de idea, tienen una razón de ser que es preciso ir á buscar en el tratado que lleva el nombre de Estética, ó sea *la filosofía de lo bello*.

Uso correcto requiere las reglas que la gramática prescribe : uso correcto las que la retórica expone : uso correcto las que la literatura contiene y las que la estética enseña. Decidme ahora si con el empleo correcto de las de la gramática podeis «hablar y escribir *correctamente*.» Que por ella deba comenzarse para llegar á tan altos difíciles fines, es incuestionable, pero la raíz no es el tronco, ni éste las ramas, ni aquellas la flor y el fruto. Lo del *recte dicendi* y el *bene dicendi*, que aquí viene á cuento, no es sino una distincion sutil, apoyada en infatuada sofistería.

## VI.

Que en el calor de la crítica sube por grados la indignacion quejumbrosa del Sr. Gomez de Salazar, bien nos lo patentiza la especie de *exabrupto* que dispara sobre los maestros, y que es como sigue : «... ni en las escuelas, ni en los institu-



tos, ni en ningun otro establecimiento público de España... no es verdad que se enseñe el castellano.»

Ya lo saben ustedes, mis queridos compañeros : todos, en boca del Sr. de Salazar, somos neófitos, y heterodoxos, que es peor todavía ; y á todos debe alcanzarnos una excomunion docente.

No enseñamos el español : somos profesores de pega, y como quien dice maestros de *cátedra y olla*. Y todo porque tenemos por texto forzado el *imperfecto* de la Academia.

Y vean ustedes ; yo, hasta ahora, no le he tenido, y, de verme precisado á repartirle, como pan bendito, entre mis discípulos, dírame priesa y maña á explicar á mi modo la didáctica elemental de la asignatura, tocando apénas, ó sin tocar en el texto.

Estudié el griego con Bardon, el hebreo con García Blanco, y recibí de Gayangos algunas lecciones de árabe. Los tres, doctos maestros y filólogos de primera talla, tenían métodos por ellos ideados, y por los que enseñaron siempre con gran delectacion suya y distinguido aprovechamiento de los alumnos. García Blanco fué el primero que me enseñó á ver cómo los gramáticos entrañaban mucha filosofía, y me expuso con solidez la que servía de base á los preceptos de la hebrea.

Me impondrán el libro, mas no la doctrina y ménos los procedimientos. Dejaré de ser catedrático ántes que consentir en humillacion tan indecorosa. «Cada maestrillo tiene su librillo.» Eso se dijo en épocas inquisitoriales. Si hoy los que alardean rendir culto á las libertades, quieren ajustar á patron la enseñanza y poner corma á los maestros, de mí no esperen sobre ese particular una sumision ciega.

Enseñaré gramática española como crea que debo enseñarla ; es decir, con criterio propio, y procurando acomodar mis prácticas docentes al tiempo que ha de emplearse en su desarrollo, y á la edad y demas condiciones de los aleccionados ; y usted perdone si ofendo, D. Fernando.

A fe que en España tenemos literatos y hablistas de primera nota. Que casi todos estudiaron gramática en establecimientos públicos no hay por qué detenerse á demostrarlo ;



que allí aprendieron lo que procedía aprender, aunque con las vaguedades y errores sostenidos por preocupaciones añejas, está fuera de duda, y que sumando esas nociones al caudal recogido despues con asiduos desvelos en el estudio de la retórica, la literatura y la lógica, lograron llenar, en ese ramo, la medida de lo posible á sus esclarecidos talentos literarios; ellos mismos lo declaran.

Que pecan, como lo hizo Zorrilla en esta forma del verbo *asolar*, *asola*, se me reprocha. ¿Y cómo no, si hasta el bueno de Homero se durmió á veces? Además, que en los momentos en que el fuego de la inspiracion domina, pueden creerse más sonoras y llenas palabras no del todo corrientes; y los poetas no aciertan á corregir bien en la frialdad de espíritu lo que en los arrebatos del númen produjeron.

Por otro lado, median en la faena copistas y tipógrafos. De éstos ha podido ser la falta, y del bardo insigne, si acaso, la inadvertencia. Ni tan Aristarco ni tan Zoilo, D. Fernando. Y entienda usted que el optimismo no está al alcance del esfuerzo humano. Con los mejores métodos y más esclarecidas doctrinas por pauta, resultarán lunares en las obras de todo ingenio. Lo que se pretende es aminorar la ocasion de caidas, cercenando al efecto lo redundante, desterrando lo impropio, condenando lo erróneo, y metodizándolo todo sobre robustos filosóficos principios. Nuestros abuelos viajaron á la córte caballeros en sendas mulas, nosotros arrellanados en el *tren*. Ellos llegaban, nosotros llegamos; pero ¿quién con más rapidez y en mejor y más guardado acomodo? Hé ahí el *quid* del problema.

La gramática de la Academia es mala; mas no todos enseñan por ella, ni todo en ella es erróneo y descabellado; ni de que se la señale como texto único se sigue la depresora ligerísima afirmacion de usted, que estoy impugnando.

Gritemos todos en coro: ¡Abajo el monopolio! Pidamos, supliquemos, instemos á los Gobiernos hasta decidirlos á decretar certámenes públicos, que tengan por único objeto presentar trabajos gramaticales y lexicográficos sobre el idioma patrio; que no es de tan escasa monta, sino que lo es de grandísima, el dar á una nacion un Código razonado y completo de su len-



gua, y un inventario analítico del caudal de las voces de aquella.

Nebrija dió entre nosotros el tratado arquetípico de esos métodos gramaticales puramente casuísticos, que todavía privan en las aulas, y de los que apénas nos hemos esencialmente apartado. Los sistemas autoritarios han prevalecido en España de una manera tan general como perniciosa: procedimiento holgado, pero depresivo de la dignidad humana, el de no atreverse á levantar la voz contra la tradicion: así la ciencia enmohece y se estaciona, y el hombre suscribe á la servidumbre.

Nebrija es el corifeo de esa miriada de *dómines*, especie de señores feudales de horca y cuchillo. Ellos hablaban, y ¡ay del escolar que hubiera osado contrariarlos en sus opiniones, ó puesto en duda la bondad de sus reglas!

Parece imposible que de un saber, tan profano de suyo, se enseñoreara la imposición tiránica; y es que el contagio del despotismo cunde aún más que el aceite; y es porque el siervo, que acostumbra á serlo en lo esencial, no acierta, aunque pueda, ser libre en lo accesorio.

Hubo algunos de entre los *preceptores* dignos de loa allá para en sus tiempos; pero los más fueron verdugos del espíritu y del cuerpo. Consciente, ó inconscientemente, parece como que ejercían funciones de seides del *Santo Oficio*.

Lo de estudiar todos los verbos *irregulares* (al decir de ustedes) en el radical ó el característico, como así bien los nombres y adjetivos anómalos, y en listas á guisa de las de Calepino, ó de Correo, sería embucharse un tercio de diccionario, que ni al magin del mismo diablo fuera dado digerir fácilmente. Que, como advertí ya, se consignent y consulten, es lo prudente.

Es preciso en este asunto no perder de vista que, si las especulaciones de la razon han invadido todas las esferas del mundo moral y físico, han debido cernerse de una manera asidua y luminosa sobre el campo de los idiomas. Son ellos la palanca del pensamiento, y la razon no los podía desheredar de su tutela, ántes, por el contrario, los acarició como á hijos predilectos.



La verdadera preceptiva gramatical entraña un gran fondo filosófico, que la rutina dejó perder, para quedarse ¡imbécil de ella! con la letra trivial ó muerta. Urge evocar ese fondo filosófico, y exponerle en dosis proporcionadas á la consideracion y estudio de los alumnos de todos los grados : hacer otra cosa es perpetuar el vicio de apegos á una erudicion frívola.

En la retórica, Canalejas, Revilla y Arpa han dado atinados pasos de reforma en ese sentido, y Giner de los Rios concluye de hacer un juicioso boceto-programa de lo que debe ser el estudio de ese arte.

La gramática y diccionario de la lengua nuestra piden á voz en grito esa evolucion para poder orientarse en sabio rumbo. No tomar por ese lado las innovaciones es no salir de ese insolente *¡Más eres tú!* que tan mal sienta aún en boca de plateros, y que, más que doctores de verdad, hace polemistas aferruzados. Interin no se apele á esos procedimientos, el saber gramatical continuará siendo lo que es, y su enseñanza embarazosa, y no todo lo sólida y útil que debe ser.

¿Quién ha de iniciar las sábias reformas? Doctores tiene la ilustre Academia que os sabrán responder, si quieren. De mí sé decir que, en mi calidad de maestro, es de hacer sobre el particular lo que pueda, como es mi deber hacerlo ; pero es cosa cierta que no me siento con fuerzas bastantes para subir con tan pesada carga, siquiera á medio recuesto.

Leon 2 de Setiembre.

FR. RUIZ DE LA PEÑA.







# BOSQUEJO DE LA CIENCIA VIVIENTE

POR

EL DOCTOR NIETO SERRANO (1)

III.

V. — ENSAYO GENERAL DEL MÉTODO FILOSÓFICO.

Artículo I. — De la distincion y la identificacion en general.



**E**l método filosófico, la síntesis y la análisis como procedimiento de la razon en la conquista del saber, sería estéril, si á la par que en su fundamento racional no se apoyara en un fundamento objetivo. Si la síntesis y la análisis, si relacionar y distinguir son hechos legítimos, lo son como fenómenos de la vida de la inteligencia adecuadamente alimentada, ó porque en los hechos objeto del saber se dan realmente la distincion y la identificacion, á la manera que en la razon misma se dan como funcion suya ó procedimiento. La *fente del saber* es la razon ; pero ella por sí, sin mundo exterior, es *fente* seca : el saber *brot*a de la razon *ocasionado* por el mundo exterior. En este sentido, ambos elementos son ineludibles, y para fertilizarse la razon, ella y el mundo exterior, susceptibles de armonía por esto que tienen de comun, se compenentran, se identifican, distinguiéndose bajo otro aspecto ó en sí mismos, en la constitucion de este todo del que la ciencia procede.

Si la identidad fuera absoluta nada distinguiríamos, y no

(1) Véase el número 26 de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.



siendo la razon, cuyo poder es limitado, susceptible del conocimiento de lo que carece de límites, reduciríase á la nada el saber: «La identidad sola de las cosas sería la confusion, el caos, el aniquilamiento de todo lo que se conoce» (1).

Si fuera absoluta la distincion, acontecería lo propio bajo otro aspecto; no resultaría un todo sin límites, que es por sí absurdo; pero sí muchos todos ilimitados: «La distincion sola, sin unidad, sin lazos mutuos, es la dispersion general, otro caos, otro aniquilamiento por distinto camino.»

La identificacion y la distincion, pues, son necesarias; nada es posible sin ellas, ménos la contradiccion: «son diferentes aspectos ó puntos de vista,» de toda cosa, la constituyen científicamente, y sólo es legítimo su aislamiento para analizarlos: «La distincion evoca la identidad, como la identidad evoca la distincion, y estas dos cosas no pueden darse una sin otra» (2).

Puede, en vista de lo expuesto, establecerse la siguiente fórmula aplicable á todo, á lo material é ideal, á lo concreto y abstracto: «*Todo se determina ó limita, distinguiéndose de aquello con que está identificado, é identificándose en otro concepto con lo mismo de que se distingue.*»

«Un trozo de mármol, una planta se distingue de las demas cosas; pero están unidos necesariamente con ellas, y juntos forman *un* solo todo, un todo idéntico consigo mismo. El mármol unido á los demas minerales, constituye el reino inorgánico; éste con los demas reinos de la naturaleza, el planeta en que vivimos, y nuestro planeta con los restantes y con todos los astros, el sistema astronómico» (3).

«Los conceptos de claridad, de blancura, de tiempo, de verdad, etc.,» distínguense de algo, y fuera de sus respectivos límites se identifican con lo demas en la constitucion de un todo superior: la claridad es tal dentro de sus límites, y aún sin salir de ellos es *más ó ménos* claridad; es oscuridad más allá de estos límites, formando «lo claro y lo oscuro un todo en el cuadro general de la naturaleza.» La verdad dentro de sus límites no es el error, como el error no es la verdad, y sin em-

---

(1) Pág. 49.

(2) Pág. 50.

(3) Pág. 51.



bargo, las dos cosas identifícanse en el todo superior real del saber humano, cuyos elementos constituyen : sin dichos elementos opuestos, el saber humano sería ilimitado, ó saber tal ó ningun saber : «Se definen, pues, dichos conceptos simultáneamente por lo que son y por lo que no son : estas dos definiciones son tan inseparables, como que constituyen una misma» (1).

Resulta de lo expuesto, segun hemos indicado ya, que «la distincion y la identificacion, aunque aparezcan en la conciencia, no son sólo formas impuestas por ella ; son la misma ESENCIA de las cosas, representada en el conocimiento» (2) : son la ciencia que se hace, la análisis y la síntesis en accion, el método filosófico en ejercicio, susceptibles de un desarrollo inagotable.

La ciencia que se hace es una definicion continuada, una análisis y una síntesis, la determinacion de cosas por su distincion é identificacion, un método filosófico, en fin, la realidad de la ciencia hecha es «el conocimiento inseparable de las cosas mismas, ó las cosas mismas representadas en el conocimiento» (3).

En esta amplitud de la determinacion de las cosas, ó sea de la distincion é identificacion, sus alcances en un momento dado de su ejercicio, señálanse por los vastos límites de la realidad, de la ciencia misma, que referente á un objeto cualquiera incluye de algun modo á los demas : la análisis más limitada es parte de una síntesis, incluida á su vez en otra más vasta que lo abraza todo.

De donde resulta que la determinacion de una cosa es á la par determinacion de otra. «Por un lado se determina lo que se distingue afirmando ciertos límites ; por otro se determina lo que se identifica, negando estos límites» (4). «El primer determinado tiene necesariamente entre sus elementos la distincion y la identificacion ; es lo mismo que algo y otro que algo.»

---

(1) Pág. 52.

(2) Pág. 54.

(3) Pág. 56.

(4) Pág. 55.



Lo propio acontece con el segundo respecto de otro algo, y así sucesivamente.

En todo límite hay necesariamente algo excluido, como tal indeterminado en cierto momento: las cosas, pues, que paralelamente se desarrollan en frente de todo lo que se determina, sólo son determinadas como tales cosas en frente de las primeras. «La distincion y la identificacion suponen, no sólo la determinacion, sino tambien la indeterminacion.»

La distincion y la identificacion son la análisis á la síntesis. De los miembros de ésta, la tésis «afirma uno ó más de sus elementos,» y la antítesis «negándolos, afirma todos los restantes.» La tésis distingue, y la antítesis identifica. Y en esta evolucion nada es definitivo: una síntesis «pasa en el acto mismo á ser tésis de otra antítesis.»

De este modo la filosofía desciende á todo, porque en todo acontece lo dicho: *su método es el método* aplicable á todo.

## II.—De los fenómenos y las leyes.

### I.

Existen para muchos filósofos—y su manera de ver ha trascendido á todo conocimiento particular—dos órdenes de objetos científicos: *cosas* ó realidades, y *fenómenos* de éstas, cuya distincion apénas hecha, es por ellos borrada, para reducirlo todo á las *cosas*, á lo que no se determina en manera alguna, y se considera, sin embargo, foco inagotable de donde irradian como simple destello los *fenómenos*, lo que se ve y toca ó se determina de algun modo.

Segun estos filósofos, «el fenómeno es apariencia transitoria y perecedera, y las cosas subsisten eternamente, son indestructibles: estas cosas no se ven ni se tocan; pero se revelan por los fenómenos, y el entendimiento las concibe. Todo son fenómenos materiales, formas sucesivas de una cosa real y permanente, que se llama materia, ó bien cambios y apariencias de otra cosa que se llama espíritu» (1).

---

(1) Pág. 59.



Opinion ménos intransigente es la de aquellos que reconociendo acaso que «en el dominio puro de la ciencia son igualmente quiméricas ambas concepciones» y todas las demas parecidas: «que no se puede saber algo si no aparece de algun modo, ya como cuerpo material, ya como idea»; que lo que «no es cuerpo, ni siquiera idea, no es cosa alguna conocida», ni «puede ocuparnos científicamente»; distinguen, sin embargo, dos categorías de fenómenos, no simplemente por su mayor ó menor importancia relativa, que esto pudiera ser fundado, y sí viendo en los unos la *entidad esencial*, y en los otros simple *resultado* ó manifestacion. Y en esta tendencia, sin romper de lleno con la entidad oculta, inaccesible al saber; en lo que aparece, en el fenómeno material, por ejemplo, buscan lo más pequeño, lo que directamente ó sin auxilio extraño no se ve, para estimarlo como base que por sí constituye el edificio todo, como si lo pequeño por serlo fuera de más virtud; como si detrás del mismo no hubiese otro más pequeño aún, siquier sea posible nada más, y no fuera lo grande igualmente necesario: lo grande es necesario á la determinacion de lo pequeño, como el resto del edificio á su constitucion, como á determinar *su base*, otra cosa que es distinta.

De las dos tendencias, la una es absurda, y la otra, si bien lo es ménos, no por eso deja de ser igualmente perjudicial.

El conocimiento de una cosa «es su distincion, su aparicion distinta en el fondo comun de lo desconocido: es el fenómeno» (1). «Si sólo existieran cosas sin fenómenos... nada las daría á conocer.» Si existieran cosas y fenómenos á la par, y aparte de que «los fenómenos son alguna cosa, las cosas no fenomenales serían las que no se distinguen,» las que no pueden «ser algo en el conocimiento» sin venir á figurar su «distincion y determinacion» en la categoría de «fenómenos.» «El fenómeno, la apariencia, la manifestacion, es lo único que sabemos de las cosas» (2).

No con esto, sin embargo, queda conocida toda la *esencia* de una cosa; pero de ella al fin, solamente se sabe «lo que

---

(1) Pág. 60.

(2) Pág. 61.



aparece» y que á la actual apariencia pueden seguir otras, sin agotarse nunca sus «infinitos modos» de ser. Ni esto es, con relacion á la primera de dichas tendencias, negar bajo todo aspecto las indicadas entidades, y sólo sí como objetos científicos, ni con relacion á la segunda, desconocer la mayor importancia de unos hechos respecto de otros. El humo es manifestacion del fuego; pero ámbas cosas caen bajo la categoría de apariencias, de fenómenos, y en la determinacion del uno por el otro dáse un hecho, fenómeno á su vez, una *funcion*.

Si «fenómeno es todo lo que se distingue» (1); si «todas las cosas se distinguen de alguna manera» ó son «tales cosas por lo que tienen de fenómenos», comprendiéndolas de consiguiente el concepto de éstos, hasta el punto de que «para ser algo necesitan no perder el carácter de fenómenos»; si en fin «todas las cosas son fenómenos», y «el fenómeno para ser algo necesita distinguirse de algo», por fuerza «se levanta paralelamente con el fenómeno en general,» otra cosa: «el no fenómeno, el *númeno*.»

El «númeno es necesariamente *lo que no se distingue, pero sin distinguirse limita siempre á lo que se distingue*; es la indistincion, la identidad pura en frente de la distincion; es la nada para el conocimiento.» Pero no la «nada absolutamente»; pues en tal caso faltaría el númeno como condicion de nuestro saber; lo sería todo el fenómeno, que de nada se distinguiría por otro lado; y aparte de que él mismo dejaría de conocerse, nada fuera de él habría cuyo conocimiento fuese imposible. El númeno es nada, pero en el conocimiento nada más; fuera de él, es el término que contrasta con el fenómeno.

«Así, pues, el fenómeno es todo para la ciencia, pero dentro de los límites de la ciencia misma.» Ella, por esto, «no contiene, ni puede contenerlo todo» (2)

«Todo conocimiento se traduce en fenómenos actuales ó posibles» (3). Y como esta posibilidad, segun vimos, es inagotable, el conocimiento es siempre «particular, parcial.»

---

(1) Pág. 58.

(2) Pág. 60.

(3) Pág. 59.



## II.

La reunion hoy de algunos hombres de ciencia en contra de las entidades totalmente desconocidas, y consideradas sin embargo como lo único real, consiste en sustituirlas por otra entidad no legitimada con más derecho: la *ley*. A la ley, estimada como la reguladora de los hechos, como el molde en que se vacían el mundo material y el de las ideas, se la ve como independiente del fenómeno, como anterior á él, á la manera que si pudiese concebirse la materia con independencia de los cuerpos, el espíritu hecha abstraccion de las ideas.

Y sin embargo, entre el fenómeno y la ley, el hecho y sus relaciones, existe un íntimo lazo que no puede romperse sin destruirlo todo, el fenómeno y la ley, el hecho y la relacion, todo es coetáneo para el entendimiento; estas cosas son meramente aspectos distintos, opuestos lados de una misma, ó sea la realidad.

Antes de conocerse nada, las cosas forman un todo uniforme por la ignorancia. A medida que el conocimiento empieza, van las unas distinguiéndose de las otras: son hechos ó fenómenos para el conocimiento. Pero á la par que esto se realiza rompiendo lazos que la ignorancia mantenía en el acto mismo—y sólo así el conocimiento es posible—establécense nuevos lazos entre el hecho ó fenómeno reciente y otros hechos ó fenómenos con anterioridad conocidos, mediante cuyos lazos figuran todos ellos como parte adecuada en el edificio del saber.

«Esta union de los fenómenos es lo que se llama LEY» (1).

«Las leyes son la *union* de cada hecho, su identidad con los demas, á los que limitan imponiéndoles cierta obligacion que es mutua é imprescindible» (2).

«Depende, pues, tanto el fenómeno de la ley, como la ley del fenómeno.» «¿Qué sería una ley sin fenómenos, que la hicieran ser algo distinto sobre el fondo comun de todas las co-

---

(1) Pág. 62.

(2) Pág. 67.



sas? ¿Y qué un fenómeno sin ley, esto es, sin enlace con cosa alguna, aislado, reducido á sí mismo, sin que nadie necesite reconocerle, ni él mismo necesite ser algo en medio de las demas cosas?»

Tal es la manera de ver del Sr. Nieto en este punto, uno de los que más gustosamente se meditan á vista de su libro. Por mi parte, y consiéntame el ilustre filósofo una nueva observacion—reconociendo siempre por base su pensamiento, creo que á éste le falta algo relativamente á la determinacion científica de la ley, lo que procede á mi entender de haberse colocado el Sr. Nieto en el punto de vista eminentemente filosófico, prescindiendo un poco del otro punto que le está unido, ó sea del práctico.

No puede ponerse en duda, segun lo anteriormente dicho lo demuestra, la correlacion del fenómeno y la ley, ni que las dos cosas sean una misma bajo distinto aspecto. En lo que se distingue se reconoce el fenómeno; pero un fenómeno, por otro lado, identifícase necesariamente con lo demas fenomenal, y esta union es la ley. La union, sin embargo, no es hecha al azar ni caprichosamente; es ordenada en sus manifestaciones, tiene sus modos; y ésto, aplicable á toda ley, creo deba tomarse en cuenta, áun tratándose de ella en general, porque de otra manera no podría formarse el concepto preciso de la ley en particular. Véase, si no, lo que acontece prácticamente.

Hay para la ley, considerada en el conocimiento, dos tiempos: el de su investigacion, reconocimiento ó fórmula científica, y el de su aplicacion, comprendiendo á fenómenos que son futuros en el primer tiempo; apareciendo en un caso la ley como expresion de los hechos, y en el otro como expresion los hechos de la ley. Si el fenómeno, que se destaca sobre el fondo de la identidad por medio de la distincion, corresponde á una realidad que se reconoce, y se reconoce por su modo y orden, tratando de ésto en particular; entiendo que lo propio acontece respecto de la ley, que se revela sobre el fondo de la distincion por medio de la identidad. Así es que, en presencia del primero de los dos tiempos expuestos, y ante un hecho, un fenómeno que no aparece unido á otros fenó-



menos que con anterioridad se conozca, por más que *a priori* sabemos que esta union se halla siempre formando parte de una ley, que se ignora, esta ley no la formulamos mientras el modo de dicha union sea por primera vez observado, y esperamos, para su reconocimiento ó fórmula, á que la union se reproduzca; con lo que no esperamos la union misma, dada ya en la primera observacion, y sí el modo ó su distincion de toda otra ley conocida.

Creo, pues, que si en el sentido más abstracto general, la ley es la *union simplemente de los fenómenos*, teniendo ésta en particular sus modos, siendo como el fenómeno mismo ordenada, de manera que obedece siempre ó se reproduce, dadas iguales condiciones, prácticamente la ley es el *modo de union reproducido de los fenómenos*.

### III.

Puede de varios modos desarrollarse la union, afectando á las cosas en general, y sin contradecirse por ninguna de ellas en particular, por ser dichos modos á todas necesarios. Frente á los cuerpos materiales considerados con independenciam entre sí, aparece el espacio que los une; frente á los hechos, de igual manera considerados, aparece uniéndolos el tiempo; aparece el sér limitando al no-sér, la vida; aparece la unidad limitando á la multiplicidad, etc. Tales son las «categorías ó conocimientos *a priori*,» á cuyo órden refiérense *leyes necesarias* ó permanentes.

Pero si una cosa en particular es necesaria, no así lo es ésta ni la otra determinadamente al ocuparnos de todas en general: son contingentes, «y las leyes que corresponden á este último órden, se llaman experimentales ó no necesarias» (1).

Como la ley es la union, y ésta no puede borrarse sin anularlo todo; «la ley por sí es constante, rígida, inmóvil; cuando decimos ley, decimos necesidad, imposicion.» «En su absoluto aislamiento, la ley es absoluta; en su armonía con las demas, la limita y es recíprocamente limitada.»

---

(1) Pág. 63.



Realízase el cambio «á condicion de conservarse algo.» Con-sérvase la masa de leyes permanentes; «pero nada se conserva sino á través de los cambios.» Y de esta condicion se deriva la masa de leyes variables.

«Las leyes contingentes ó experimentales, aunque variables, pueden no variar de hecho; y entónces son constantes.»

«El concepto de ley entraña el de derecho y el de deber... La ley debe fundarse en el derecho; esto es, en un hecho elevado á un alto *razonamiento*, representado en lo ideal: una vez establecida es obligatoria. La ley une lo que el fenómeno distinto y libre va desatando; el fenómeno, con su libre distincion, realiza y reforma la ley.»

«La ley aparece por sí misma en los hechos, en la realidad: si se reconoce *bien*, la ley es justa; si se reconoce *mal*, no tiene de ley más que el nombre, y debe hacerse de otro modo» (1).

«Las leyes corresponden á todos los órdenes y categorías de hechos, como que son los hechos mismos ordenados por series. Por lo tanto, debe haberlas humanas y divinas, físicas y morales, lógicas é históricas, en una palabra, cada ciencia tiene las suyas» (2).

«Consiste, pues, la filosofía en un conjunto de leyes propias, que agrupan los fenómenos bajo el punto de vista de esta ciencia generalísima.»

«La ley es una realidad opuesta, no á los fenómenos, sino á la distincion absoluta de los fenómenos...» «Cada cosa tiene su ley; y el concierto de las leyes, que es el concierto de los fenómenos en ellas comprendidos, constituye el orden universal» (3).

«Las leyes son más ó ménos perfectas.»

Frente á la ley, que es la union, hállase la libertad ó la distincion, sin contradecirse: mediante la libertad «las leyes imperfectas se perfeccionan.»

«La ley debe tener un límite, que es la libertad; así como la libertad tiene naturalmente un límite en la ley.»

---

(1) Pág. 64.

(2) Pág. 65.

(3) Pág. 66.



## III.—De las relaciones y las funciones.

## I.

Vése, pues, que hay dependencia mutua entre el fenómeno y la ley misma : depende la ley del fenómeno , y el fenómeno depende de la ley, sin que la distincion recíproca se borre.

La dependencia sin que la distincion se borre, es igual á una dependencia limitada por cierta independendencia recíproca : tal es la *relacion*.

«La relacion es la dependencia de las cosas, limitada por su independendencia ; todo lo que conservan las cosas en medio de sus limitaciones recíprocas» (1).

El límite de la relacion es la no relacion, ó sea la falta de dependencia y de independendencia : no es «negacion absoluta» ; es sólo «negacion absoluta» para el saber.

«La relacion es la frase universal de las cosas ; sin ella todo se reduce á cero de conocimiento» (2).

La relacion distínguese de la ley, en que ésta es, segun hemos dicho, «la union necesaria que aparece con las cosas distinguidas», y aquella «es todo lo que es unido y distinto» : la ley es la union sin que la distincion se excluya ; la relacion es la síntesis de ambos extremos.

«Desde que se establece la relacion como necesaria para todo, ya es una ley.»

La relacion, pues, se refiere á realidades hechas, á la unidad y distincion establecidas ; tiene mucho de estática, segun creo, y es en ella la cantidad lo principalmente apreciable : «la relacion es ya lo que se enumera en los límites del conocimiento» (3).

---

(1) Pág. 68.

(2) Pág. 69.

(3) Pág. 71.



## II.

Pero al lado de esto, existen las realidades que se hacen, la unidad y distincion que se determinan en el acto mutuamente; existe lo dinámico, en lo que es la calidad lo principalmente apreciable: tal es la *funcion*, ó determinacion de una cosa por otra.

«La funcion es la relacion nuevamente limitada á designar la dependencia relativa, el paso de unas cosas á otras, el apoyo que se prestan mutuamente.»

«La palabra funcion es de un uso libre y generalísimo,» puesto que todas las cosas «dependen unas de otras, determinanse mutuamente, y no existen sino por su recíproca dependencia» (1).

Fuera de la funcion, pues, entiendo que hay solamente lo hecho, lo pasado que se estaciona, producto de la funcion, sin embargo; pero en lo presente no se da la funcion y otra cosa ademas, redúcese todo á la primera, á lo que se hace: «si la funcion depende del sujeto, el sujeto á su vez depende de la funcion»; los actos de la vida son funciones del cuerpo ó de los órganos, y los órganos son funciones del organismo vivo.

No es la funcion la absoluta dependencia de unos fenómenos de otros, constituyendo ésta una subordinacion de los primeros á los segundos: es la dependencia mutua, la coordinacion.

«La coordinacion es la verdadera ley del universo» (2).

«La funcion, pues, generalizada al modo de ser de las leyes y fenómenos, establece entre ellos la igualdad, que borran los sistemas en que la funcion se limita á significar una parte de las cosas, una dependencia emanada de entidades independientes y absolutas» (3).

---

(1) Pág. 70.

(2) Pág. 71.

(3) Pág. 72.



## IV.—Análisis general de la proposición.

## I.

La proposición en general es «la fórmula de cualquier enunciado de las cosas, ó sea las cosas mismas en una enunciación.»

«La proposición más elemental ó abstracta, puede reducirse á estos términos : lo idéntico es distinto, ó *A es B*» (1).

*A*—y esto puede decirse igualmente de *B*—reducido á sí propio ó sin salir de sí mismo, es lo idéntico : «es una consideración aislada, que se llama *absoluta*.» Porque *A*, para ello, se separa de «*A es B*,» dicha consideración «es *abstracta*» además. «Lo absoluto abstracto es la cosa misma idéntica» : efectivamente; *A* separado de las demás cosas, «no se refiere á nada; es *A*, y sólo *A*» (2).

De este modo, aparece *A* como un signo indeterminado, que dentro de los límites de la ciencia, sólo puede representar : *nada* para el conocimiento, *algo* ó cualquiera cosa, y *todo* ó la plenitud de todas las cosas.

Si *A* representa *nada* para el conocimiento, y ha de hallarse no obstante dentro de los límites de éste, preciso se hace que *A*, absoluto, represente *algo*, pero no *una* cosa determinada : en tal caso, *A* «por lo ménos será un signo de indeterminación», «la indeterminación determinada», «un signo puro de negación de toda determinación» (3).

Si *A* representa *algo* ó cualquiera cosa, *A* absoluto será representante de «*una* cosa limitada» : será algo y no todo ; será relativo.

Si *A* representa *todo* ó la plenitud de todas las cosas, y le suponemos «sin límites exteriores, de tal manera comprensivo que nada queda fuera de él», en este caso—aunque lícito—*A* absoluto no puede figurar dentro de la ciencia. A esta se la

---

(1) Pág. 72.

(2) Pág. 73.

(3) Pág. 74.



conoce por partes, y aquí se comprende el todo que nos envuelve, «una representación imposible en nuestro conocimiento limitado.» *A*, en el presente caso, «confúndese hasta cierto punto con el absoluto» del primer supuesto: «ambos son nada para el conocimiento.» El uno «es el límite del análisis», y el otro «es el límite de la síntesis. Por ambos extremos se sume el entendimiento en las tinieblas; pero unas tinieblas con la luz encendida y otras con la luz apagada» (1).

*A*, que pretendía representarlo todo, ha de circunscribirse, pues, como en el caso que pretendía representar nada, á la representación de *algo*: este *algo*, allí, refiérese al lado de la indeterminación, y refiérese al de la determinación aquí, confundiendo con «una *cosa determinada*» ó sea con el segundo supuesto, el que nos ocupa.

De todo lo cual se infiere que por todas partes lo absoluto le hace relativo para la ciencia; que en ella «lo absoluto es lo relativo:» «fuera de la ciencia constituida, lo absoluto es el compañero inseparable del conocimiento, la sombra que hace ser á la claridad por medio del contraste.»

Estas significaciones de *A* absoluto, ó abstraído de la proposición expuesta, se representan genéricamente por el NOMBRE.

«El *nombre* significa cualquiera cosa distinta en general» (2): es *sustantivo* si «se limita á representar algo que encierra en sí», y *adjetivo*, si añade algo al contenido de otro nombre.

El *sustantivo*, significándose á sí mismo, hace el papel de adjetivo para con el nombre, le define: de este modo, la mitad que resulta, ó el *nombre sustantivo*, aparece como el nombre absoluto, ó la *sustancia*.

El *adjetivo*, que sólo se comprende por su significación en otro, es el *nombre relativo*.

«El nombre sustantivo más general é indeterminado es el pronombre *algo*.»

Ni la *sustancia*, pues, ni el *sustantivo* pueden figurar en la

---

(1) Pág. 75.

(2) Pág. 79.



proposicion, «que es la forma de la relacion» (1), como absolutos ; carecen como tales de relacion, y es necesario que en aquella tengan el carácter de relativos.

## II.

I. En la fórmula expuesta, *A* tiene un valor general : «es el sujeto.»

El sujeto tiene necesariamente, en mayor ó menor cantidad, algo de indeterminado en todo caso ; es en la proporcion «una cosa inmediata que va á determinarse *por medio* de otra cosa» : es un *determinando*, segun esto.

Pero en todo sujeto—que es siempre un nombre—la parte esencialmente determinable se halla ó no constituida por algo determinado en el sujeto mismo : es éste un *determinando* puro, un nombre simplemente, ó bien un *determinando* determinado en parte, un *nombre sustantivo*.

El sujeto determinado por sí ó por otro nombre es un *objeto*.

«No hay objeto absolutamente indeterminado», ó que no pueda descomponerse en una proposicion ; pues de otro modo, dejaría de ser como objeto, sería simplemente una cosa indeterminada.

«Sujeto y *sustancia* son palabras que expresan filosóficamente una misma cosa con escasas diferencias» (2) : «fenómeno es cualquiera cosa determinada en general como distinta ; sujeto es cualquiera cosa determinable ; *sustancia* es lo que *permanece* á través de las determinaciones, es el sujeto mismo que se conserva, determinado de distintos modos, y siempre nuevamente determinable» (3).

«No debe entenderse por *sustancia* sino aquello que es por sí, abstraído de las demas cosas, pudiendo y debiendo ser alguna de éstas y otras cosas en cuanto cese la abstraccion» (4) : no es un puro absoluto, sino un absoluto relativo.

(1) Pág. 80.

(2) Pág. 84.

(3) Pág. 85.

(4) Pág. 81.



«La sustancia absoluta de las escuelas no puede figurar como sujeto; ni como predicado, ni como objeto; no es ninguna de estas cosas, aunque pretende serlo *todo*. No distinguiéndose de nada, cae en la sima de lo indistinto, lo ignorado» (1).

Siendo la sustancia el sujeto mismo en lo que es permanente, llámase *accidente* á las determinaciones del sujeto en proposiciones sucesivas. La dependencia entre aquéllas y el accidente es recíproca, no absoluta en ningun caso, pues si el accidente depende de la sustancia, no ménos depende ésta, no de uno de sus accidentes en particular, pero sí de todos: tan inconcebible es el accidente sin la sustancia como la sustancia sin sus accidentes.

II. *B*, necesariamente distinto de *A*, la determina; es el *determinante* en la proposición: por *B*, es *A* un *determinado*, un *objeto*.

El determinante se llama también *predicado*, y cuando el sujeto por sí indica algo determinado ya, «el predicado que añade una nueva determinación es un *adjetivo*.»

«El predicado de la proposición puede figurar en el objeto como atributo ó como modo»: puede ser «analítico *esencial* para el objeto», y «sintético y *no esencial*.» Porque un objeto «no necesita ser de *tal* modo, sino de *cualquier* modo;» pero «no puede carecer de sus atributos sin hacerse indeterminado» (2).

III. La identificación de *A* en lo que es *B*, ó la relación de ambos términos, realízase por medio de la cópula *es*.

Aquí, de consiguiente, el *verbo ser* es relativo también, como «absoluto es la unión ó la identificación absoluta» (3).

Porque asimismo «el concepto de sustancia se ha extendido á la cópula, ó sea al verbo que enlaza los términos de la proposición: se admite una acepción sustantiva y una acepción copulativa del verbo ser» (4).

En la proposición completa *A es B*, el verbo establece la relación de *A* y *B*, es copulativo. Suprimiendo de la pro-

(1) Pág. 82.

(2) Pág. 91.

(3) Pág. 78.

(4) Pág. 86.



posicion el término *B*, queda *A es*, y el verbo es sustantivo.

Pero en este último caso, «suspendida la relacion, queda sólo *A*, sustantivo absoluto, y la cópula *es* nada le añade.» Porque completando sin salir de su significacion, la proposicion truncada *A es*, de este modo: «Tal cosa es ella misma y nada más», el sustantivo *es* «nada adelanta sobre el concepto primitivo de la cosa», y si parece «que afirmando el ser de una cosa se establece realmente su existencia primitiva é invariable», es porque, sin sospecharlo, dábamos un complemento al sujeto añadiéndole cualquier atributo expresamente excluido de la truncada proposicion.

«Como relativo une el verbo dos cosas distintas, y que consideradas aisladamente son absolutas; como sustantivo, se limita al sujeto, y no hace más que expresar su carencia de relacion» (1): la acepcion absoluta del verbo *ser es*, pues, ménos extensa y completa que la relativa.

«La cópula de la proposicion sustantivada es la *esencia*.»

La *esencia* en general es lo mismo que *ser* en general, y puede, como el verbo *ser*, tomarse en las dos acepciones, absoluta y relativa. «*Esencia* absoluta de una cosa es lo que es ella misma, sola, aislada dentro de sus límites; *esencia* relativa es todo lo que se la une para constituir la, para que sea algun objeto» (2).

«La *esencia* de las cosas es ser tales cosas, y no un misterio»: lo *esencial* en ellas «es todo aquello por cuyo medio se las distingue, todo lo que aparece de ellas, todos los fenómenos que las constituyen.» Lo *inesencial* de una cosa «es lo que la constituye, lo que no hace falta para distinguirla, si es un elemento analítico, ó para que forme un todo si es una síntesis.» «Es en cierto modo arbitrario considerar una cosa como *esencial* ó como *inesencial*, modificando voluntariamente en nuestra inteligencia los puntos de vista á que nos referimos.»

«Se han llamado *séres* á las cosas que son.»

Este nombre, sin embargo, no debe tomarse en sentido absoluto: «los *séres* son lo que son absolutamente en cuanto se

(1) Pág. 88.

(2) Pág. 90.



los considera aislados ; pero ademas son siempre *funciones* de otros, dependientes en algun sentido, y deben su determinacion, no tanto á sí mismos, como á la síntesis en que figuran».

### III.

Como en la proposicion afirmativa *A es B*, no se afirma la distincion ni la identidad sino hasta cierto punto más allá del cual se niega esto mismo por el contrario, resulta que en toda proposicion de *forma afirmativa* se contiene implícitamente la negacion : «afirmar que *A es B*, equivale á negar que no sea *B*»; porque «unir *A* con *B*, es distinguirle de todo lo otro que *B*» (1). «Así como la afirmacion *niega* lo contrario de lo que afirma, la negacion afirma lo contrario de lo que niega».

«La afirmacion absoluta es la que se limita á una cosa aislada, prescindiendo de todo lo que, sin embargo, se halla necesariamente fuera de sus límites ; la negacion absoluta es la misma negacion aislada. La negacion *total* anula la afirmacion, y nada determina ; sólo define ó determina algo la negacion que limita, la negacion *parcial* ó *relativa*».

«La negacion de la negacion, si es absoluta ó total, restablece la afirmacion primitiva, pero no lleva á una *nueva* afirmacion ; para que esto se verifique, es preciso que la segunda negacion no haga más que limitar la primera» (2).

«La proposicion afirmativa ó negativa, es, desde luego, una proposicion inmediata ; pero el objeto determinado por ella, convertido en sujeto de una nueva proposicion, y el de ésta en otros sujetos indefinidamente, da lugar á una *serie* de proposiciones (*mediatas*), en las que unas figuran como medio para llegar á las otras».

La proposicion *A es B*, «es una proposicion generalísima, que aparece como una necesidad de toda filosofía», y determinada de cualquier modo, «se enlaza necesariamente con otras de la misma forma, que juntas constituyen todo el saber de cada individuo.» Ninguna es definitiva, «puesto que todo de-

---

(1) Pág. 91.

(2) Pág. 92.



terminado, por lo mismo que lo es», de algun modo, dentro de algunos límites, es fuera de estos límites, indeterminado ó determinable» (1).

«Así, pues, la proposicion nunca es absoluta».

«La letra de la proposicion inmoviliza ; pero la proposicion misma envuelve un principio de movimiento».

«*A* es *B*, «lo idéntico es distinto,» es una proposicion necesaria, «que nada limitado deja fuera de sí ; porque se circunscribe á establecer el límite mismo» fuera de ella «queda siempre lo ilimitado, lo indistinto, lo desconocido», y esto último es lo que, «de una manera parcial, reproduciéndose en el acto mismo la ilimitacion», viene á limitarse eternamente por las proposiciones sucesivas, que constituyen el proceso filosófico.»

#### V.—De la contradiccion.

Es en general «necesario lo que en el proceso filosófico continúa siendo y no deja de ser» (2).

A la par que las cosas son idénticas consigo mismas, tambien «en una síntesis más compleja, son y dejan de ser ; son en parte lo mismo que eran, y en parte *son otras cosas*», en cuanto son lo primero dentro de esta síntesis, son necesarias.

En cuanto son en particular las cosas, destácase de este sér el sér en general, «distinguiéndose del primero por su carácter *necesario*» (3).

La necesidad, pues, «es el sér total, absoluto,» «el reconocimiento ó la confirmacion del carácter absoluto del sér».

Es necesaria la proposicion «que excluye expresamente toda identificacion que no sea consigo misma» : *A* es *B*, ó la proposicion general, que sólo define la *existencia absoluta*.

«La existencia es la *necesidad* de ser algun objeto» (4).

Pero la necesidad, «sin dejar de ser indefinidamente», ha de definirse, realizarse parcialmente en el mundo, como en parte se realiza éste por necesidad.

(1) Pág. 94.

(2) Pág. 95.

(3) Pág. 96.

(4) Pág. 97.



Si todo es necesario para sí mismo, no lo es ménos el todo para la parte y ésta para aquel, la identidad para la distincion y vice versa : tales cosas son necesarias, si algo ha de definirse.

Por esto mismo, el dejar de ser, el no ser, aparece necesariamente para determinar la necesidad limitándola, sin que ella misma, como indeterminada, deje de destacarse indefinidamente á la par de aquella definicion.

«Es necesario el ser ; lo es tambien el no ser, ó sea la limitacion» (1) : «afirmando y negando el ser, le limitamos» (2), sin que la materia de esta funcion se agote, pues á la par se establece «el ser y el no ser sin límites.»

El sér reconocido como absoluto, sustantivado, es la necesidad.

El no ser absoluto, sustantivado, es nada.

Estos conceptos existen ó se determinan por sus negaciones parciales, que á su vez se realizan «en la frase comun de lo posible» : la innecesidad, el sér innecesario, lo que no es y *puede ser*, representa lo *posible puro* ; y alguna cosa, lo determinado en particular, lo que es y *puede no ser*, representa lo *contingente*.

La innecesidad, que como negacion recae sobre el «carácter absoluto del ser, y no sobre su carácter relativo ;» por lo mismo que no excluye á este último, «le establece positivamente». «Lo imposible se opone al carácter relativo del ser», y como negacion, «recae sobre *ser cualquiera cosa*», de donde resulta la nada, lo imposible por excelencia «para las cosas que son algo en el pensamiento ; y para el pensamiento que lo es de alguna cosa» (3).

«Lo imposible lógico es lo contradictorio.»

Así como imposible es lo que no puede ser, «lo contradictorio absoluto es lo que no se puede decir» : el que se contradice anula totalmente lo que dice, resultando no decir nada.

Lo «necesario lógico ó *dictorio*» y lo «imposible ó contradictorio» determínanse mutuamente, afirmando el uno lo que el otro niega.

(1) Pág. 98.

(2) Pág. 99.

(3) Pág. 100.



Es siempre necesario ó dictorio para cualquiera mientras discorra, so pena de no discurrir, algo, y algo que se conoce: el sér abstracto y el relativo, el sér completo de la proposicion, del principio, medio y fin de la filosofía, el fenómeno, la ley y la funcion, etc.

Es contradictorio cuanto anula lo necesario: la nada absoluta, que el sér abstracto y el relativo dejen de ser enteramente, etc.

Y así como la nada absoluta, es contradictorio el todo absoluto, puesto que de este modo aislado, sin distinguirse de cosa alguna, «es un todo que se identifica con nada» (1); á no entender por *nada* y *todo* absolutos el concepto de estas cosas, en cuyo caso, como concepto, son *algo*.

«Lo necesario lógico se destaca entre nada absoluto y todo absoluto»; es algo definido que sigue definiéndose, lo limitado dentro de sus límites y lo ilimitado acompañando siempre á todo límite actual. No confundir lo uno con lo otro, «distinguir unos de otros límites y reunirlos en grupos parciales, es la funcion que se ejerce al amparo de la no contradiccion.»

*Fórmula de la contradiccion.* — «La fórmula de la contradiccion absoluta es el principio lógico ó el criterio de lo imposible: *Idem de eodem secundum idem, simul affirmare et negare contradictio.*»

Aunque infecundas, son legítimas estas proposiciones: *A es A* y *B es B*, ó *A no es no A* y *B no es no B*, que expresan la necesidad de lo idéntico ó la indistincion abstractos. Pero son erróneas y dañosas, cuando se las extiende á otro órden, «al de la relacion, al de la distincion de las cosas en medio de su identidad (2), en donde *A es B* ó *A no es no B*.

La identidad de *A* y *B* hállase limitada por su distincion, y viceversa: *A no es B* en todo, pues de otro modo la distincion se borraría, y *A* sería *A* solamente: ni *A* es en todo distinto de *B*, borrándose la identidad y con ella la cópula *es*.

Si «suponer una cosa y suprimirla totalmente, sin dejar de

---

(1) Pág. 101.

(2) Pág. 102.



suponerlo, es contradictorio», no lo es ménos «suponer una cosa y no suponer otra de la cual se distinga» (1).

«El primer principio autoriza la proposicion», y «el segundo mitiga» su carácter absoluto, la fecunda haciéndola salir de su aislamiento, la limita de mil maneras que realizan el variado mundo de los fenómenos.

Los principios lógicos no son como un patron aplicable ántes de todo conocimiento : aunque distintos el entendimiento y las cosas, existe entre el uno y las otras cierta identidad, y nada puede negarse ni afirmarse, si es completamente desconocido.

La diccion y la contradiccion corresponden en la síntesis total del conocer, al sujeto que conoce, al conocimiento de las cosas ; como la union y la distincion, la limitacion y la ilimitacion, etc., corresponden en dicha síntesis á las cosas conocidas.

Es preciso, pues, respecto del antiguo principio de contradiccion, «no hacerle extensivo más que á aquellos casos en que se niega la misma identidad que se establece», y «no considerarle como capaz de producir cosa alguna, ni áun de subsistir por sí», puesto que si ha de ser algo, ha de distinguirse de alguna cosa, y ésta se afirma con sólo afirmarse á él.

Un sujeto cualquiera ha de estar dentro ó fuera de un límite, en la suposicion de las dos cosas (sujeto y límite), y por lo tanto  $A$  es necesariamente  $B$  ó no  $B$ . Pero si bien  $A$  es  $B$  ó no  $B$  en el caso de una proposicion determinada, puede ser las dos cosas bajo distinto aspecto, cuando  $A$  y  $B$  son un predicado cualesquiera.

Tal es el principio de la alternativa :  $A$  es  $B$  ó no  $B$ .

Es por lo tanto este principio una forma del de contradiccion : la proposicion que representa al principio, tácitamente se incluye en la proposicion  $A$  es  $B$ .

«El principio de la razon suficiente, establece que todo necesita de una razon, que nada es sin razon de ser» (2) : hay entre las cosas conocidas un derecho mutuo, todas se apoyan

---

(1) Pág. 103.

(2) Pág. 106.



entre sí ó se determinan mutuamente, y esto en el conocimiento constituye la razon de ser de las unas por las otras.

Es pues este principio, como el anterior, una forma del principio de contradiccion : es «contradictoria la suposicion de una cosa distinta sin la suposicion de otra» de la que se distingue, y la determina de este modo.

Todo necesita razon de ser, y ninguna cosa puede convertirse en razon de todo, privando á las demas del ser que las corresponde : la razon de ser de una cosa por otra implica el concepto de la identidad de ámbas, y es preciso que esto no borre la distincion, haciendo derivar totalmente á una cosa de otra, refundiéndolas á todas en una sola entidad (la sustancia), que sería la causa no causada y modos suyos ó accidentes las cosas.

Fuera de las cosas mismas, que mutuamente se explican y sostienen, como funciones que son las unas de las otras, no puede investigarse ningun *por qué* : sin cosas determinadas todo se disipa.

#### VI.—De la investigacion de la verdad.

«El objeto genuino del conocimiento ha recibido tambien el nombre de verdad» (1) : «la verdad es el derecho científico universal.»

«La verdad estriba en la *identidad* entre el objeto y el conocimiento ; la cual supone y evoca la *distincion* : la verdad es antitética del error ; y admitido uno de ellos, se establece el otro, al ménos como posible.»

Puede una cosa ser conocida, pero puede no serlo con verdad : ésta es no sólo lo que se conoce sino lo que se *debe* conocer ; no es «el hecho meramente individual, subjetivo, sino el hecho necesario, objetivo.»

«Es carácter de la verdad aspirar al todo y encerrarse en la parte» (2).

La verdad es universal, pero en el conocimiento realízase parcialmente por el individuo ó sujeto que la proclama : «toda

(1) Pág. 108.

(2) Pág. 110.



verdad es de algun modo *mi* verdad,» la «limitacion de un todo á mi parte reconocida inmediatamente como determinacion real» de aquella.

Estos dos hechos deben tomarse muy en cuenta desde luégo: por el carácter universal de la verdad que aparece en mí, la reconozco y tengo fe en ella, y porque aparece dicho carácter en mí, no he de creerla representante de la verdad universal y absoluta.

«Reconozco sí, dentro de los límites de la ciencia, algunas verdades necesarias para todo, absolutas é invariables mientras las considero aisladas; pero el todo mismo se me escapa cuando le intento fijar»: en la síntesis de que se aislan, dichas verdades son dependencia de un todo más alto é invariable, al que no nos acercamos si no para verle alejarse proporcionalmente.

Un hecho particular es verdadero en cuanto tal hecho particularmente considerado; pero en la síntesis ó como hecho universal, para merecer con toda justicia el nombre de verdad, resta saber si es verdadero para los demas ó en otras circunstancias.

Cuando una cosa es verdadera para todo el mundo, incluso para mí despues del exámen suficiente de la misma, ni aún podré decir que poseo la verdad universal si no reconozco que con tal carácter aparece en mí en un individuo.

La lógica formal, que se limita á *deducir*, á poner en claro y ordenar lo que sabe, mide las cosas y las ideas, las vacía en el molde silogístico; declara su valor por la forma en que aparecen, y obliga por sola esta forma á la creencia en la verdad, sin buscar el convencimiento: de este modo, no consigue demostrar sino lo que por sí se demuestra.

La demostracion de la verdad, que como la verdad misma es á un tiempo particular y universal, no se consigue con sólo presentar las cosas al conocimiento por medio de la voz ó el escrito: estos son los medios de accion de la inteligencia, que ocasionan la accion íntima de ésta, el espíritu que espontáneamente debe brotar en la conciencia del que recibe la demostracion; señalados los senderos por donde dicha espontaneidad ha de dirigirse, libre con discrecion, y sometida libremente á la ley.



«Nuestra educacion filosófica se resiente del extremo contrario : no se enseña la ley sino para imponerla ; no se predica la libertad, sino para dejarla confundirse con la licencia » (1).

«La verdad, como todo en general, no está en el entendimiento sólo, sino en las cosas entendidas», y como estas reúnen el doble carácter de universal y particular, también debe reunirlos la verdad : las cosas «son eminentemente todo y parte á la par, y el todo, que lo es de sus partes, es parte de otro todo, y la parte que lo es de un todo, es todo de otras partes;» sin que se pueda jamás, no siendo idealmente ó por abstracción, llegar «á un todo real que se suponga otro superior, ni á una parte que no pueda contener otras» (2).

Los dos conceptos opuestos, constitutivos de toda cosa, determinanse mutuamente, como los de particular y universal, los de causa y efecto, etc., reduciéndose á cero el uno si el otro se suprime.

Sin embargo, puede el discurso versar sobre uno de estos aspectos, sin que el opuesto se pronuncie expresamente ni forme parte del fondo de las cosas sobre que se discurre, mientras se reconozcan estos límites y se respete el derecho de lo que queda fuera de ellos : cada uno de dichos aspectos tiene su vida propia, como tiene la suya una parte cualquiera de un sér vivo que depende, sin embargo, de la vida comun.

El conocimiento, por lo mismo que puede ser particular y universal, afecta las formas de experimental y especulativo, referente el uno á lo particular ó determinado, y el otro á lo que está fuera de estos límites.

En la ciencia experimental deben satisfacerse estas dos necesidades : reconocer si el hecho que se presencia debe de igual modo ser visto por todo observador, y hasta qué punto este hecho sea necesario en el órden de las cosas.

Es posible, y esto además contribuye á los adelantos de la análisis práctica, prescindir en la ciencia experimental de la limitacion que acompaña necesariamente á toda limitacion, ó sea á lo determinado ; partir de una análisis que sucesivamente

---

(1) Pág. 112.

(2) Pág. 113.



ensanche sus límites, llegando á una vasta síntesis, siempre de hechos; pero advirtiéndolo, sin embargo, la omisión que se hace, á fin de no proclamar lo limitado como lo único existente: de este modo, lo general inducido de lo particular como función suya en el conocimiento, reconoceráse en otro sentido como función de otro más general que se desconoce, de lo universal, en fin, que se limita dando así realidad á la total función de lo existente.

Lo general inducido de lo particular, constituye la ley experimental, absoluta en sí misma, y relativa ó limitada respecto de lo demás que no incluye y la limita: dicha ley respecto de aquello que no comprende, pero que puede sucesivamente comprender por igual procedimiento, es una *hipótesis*.

Lo universal, que figura siempre al lado de lo particular, puede ser puro ó definido en parte: número, extensión, relación, lo infinito, etc.

De igual modo que en la ciencia experimental no puede prescindirse en todo de lo especulativo, así no puede en la ciencia especulativa prescindirse bajo todo aspecto de lo experimental: «la especulación y la experiencia coexisten en todos los casos», porque su objeto «está siempre limitado» en un aspecto «é ilimitado» en otro (1).

Puede hablarse de una de estas ciencias exclusivamente, pero sin olvidarse de la omisión que se hace de la otra.

No hay posibilidad, pues, de una experiencia pura, ni de cosas superiores en absoluto á toda experiencia: la experiencia pura es avasalladora de lo universal, que se apropia, y la pura especulación, rechazando las luces de lo particular que la sirvieron de guía, empéñase en ver en una región donde, sin ellas, todo es oscuridad.

«La verdad está envuelta en lo individual», que es asequible; «es la determinación particular de una verdad universal» (2), que solamente es asequible en parte.

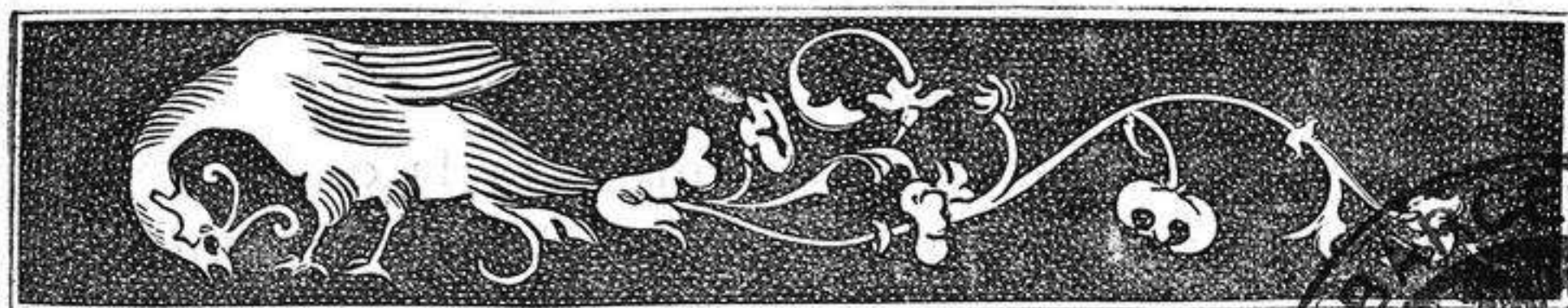
(1) Pág. 117.

(2) Pág. 119.

F. ROMERO BLANCO.







## AUGUSTO COMTE Y STUART MILL

---

**E**l discípulo y admirador de Comte, Stuart Mill, pensador de atrevidos conceptos, aunque notable también por grandes incertidumbres y contradicciones, creyóse obligado, como economista, á recoger las graves acusaciones del maestro, y fué el que primero empuñó las armas para la defensa. Bastaran, dice, estas acusaciones para que se viera hasta qué extremo tórnase superficial, en ocasiones, el grande escritor francés, atacando de modo tan pueril «la única tentativa sistemática hecha hasta el día de hoy por un grupo de pensadores para constituir una ciencia que sin tratar de los fenómenos sociales en general se ocupa en importantísimo ramo de los mismos, en la economía política», y porque Comte sentía alta estimación, como era natural, por Adan Smith, en cuya obra decía no haberse hecho por los economistas posteriores radicales innovaciones, apelaba Stuart Mill á los cultivadores de esta ciencia para que dijeran los puntos de vista originales con que se había completado la obra del economista escocés, y cuán grande era la variación que en ella se había realizado (1). Esta oposición

---

(1) *Auguste Comte et le positivisme* (trad. Clemenceau, Paris 1868), páginas 84 y 85.



fué fatal para Mill. Al observar el universal descrédito en que había caído todo método *a priori*, ó lo que es igual, todo procedimiento metafísico, y al verse confundido por necesidad con los que tal método siguieron, se encolerizó y rechazó la acusación, dura en verdad, hecha á las obras de los economistas de contener teorías metafísicas.

Mas con esta actitud que se creyó obligado á adoptar en cumplimiento de un deber para consigo mismo, contradíjose evidentemente. Sí, Stuart Mill, economista, cedía á un resentimiento personal al conducirse así, y se ponía en abierta contradicción con Stuart Mill, filósofo. ¿Qué fué, en efecto, lo que escribió en su famosa obra *Problemas sin solución de la Economía política*, ántes de hallar en las páginas de la *Filosofía positiva* aquella dura condenación? Que el método *a priori* habrá sido el que siguieron los más ilustres economistas y la economía era por él calificada de ciencia abstracta. «Al tratar de definir la ciencia de la economía política la caracterizábamos como ciencia esencialmente abstracta y á su método como método *a priori*. Tal es sin duda su carácter, según resulta de cómo la entendieron y enseñaron sus más distinguidos maestros. La base de sus razonamientos son las afirmaciones y no los hechos. Descansa en hipótesis, parecidas en todo á las que con nombre de definiciones son fundamentos de las otras ciencias abstractas» (1). Y como si con esto no le bastara, recarga las tintas del cuadro y dice de una vez para siempre que fuera del método *a priori*, no lo hay para las ciencias morales, y que se engañaría por completo el que creyera de buena fe que es dable aplicarles el método experimental ó *a posteriori*. «Pero vamos aún más léjos que la afirmación de que el método *a priori* es legítimo procedimiento de investigación filosófica en las ciencias morales, pues sostenemos que es el único. Afirmamos que el método *a posteriori*, ó sea experimental, es completamente ineficaz en estas ciencias como medio para llegar á un grupo considerable de importantes conocimientos» (2). Ponga quien pueda de acuerdo este convenci-

(1) *Essays upon some unsettled questions of political economy*, página 142.—London, 1859, segunda edición.

(2) *Idem*, pág. 149.



miento, que en verdad es la expresion de lo que han hecho realmente los más ilustres economistas con la repugnancia que muestra el autor á aceptar la condenacion hecha por Comte.

Sin dificultad reconozco que despues de la obra de Smith mucho hicieron los economistas en el campo de sus investigaciones, pero lo hecho, á excepcion de algunas publicaciones de estos últimos años (1), que por cierto no pertenecen á la escuela inglesa, se hizo con sujecion al método *a priori*. Courcelle-Seneuil describe en exactos términos este hecho, cuando dice : «La economía política, aunque muy moderna todavía, ofrece una serie de trabajos cuyo objeto, fin y método son idénticos, que forman cuerpo, crean tradicion y comunes creencias ; una ciencia en suma, en que las concepciones, sin exceptuar las defectuosas é imperfectas, sirven al éxito de teorías ménos defectuosas y ménos imperfectas (2). Todo esto es exactísimo para cuantos han llegado al fondo de las teorías económicas de la escuela metafísica.» Podrá no confesarse así por espíritu de partido, pero la negativa carece de fuerza para alterar la verdad de la asercion. Abrid los libros de los maestros más caracterizados, examínadlos con el criterio de la filosofía positiva, y vereis cómo no se debe variar una sílaba en lo que dice el economista francés.

En otro período de su vida científica, abandona Stuart Mill completamente la conviccion que primero tuvo de que el método *a priori*, es el que debe seguirse en Economía, como en toda ciencia moral ; mas no varía de parecer respecto de lo hecho por los fundadores de la Economía, de quienes dice que siguieron aquel método. «En la investigacion científica, dice este autor, el modo de llegar al fin que nos proponemos, revélase á las inteligencias superiores en cualquier caso, relativamente sencillo, y entónces, por medio de una juiciosa generalizacion, se adapta á la variedad de los casos más complejos. Aprendemos á hacer las cosas que presentan más dificultades,

---

(1) Schiatarella, *Del metodo in economia sociale*, páginas 65 y 89.

(2) Courcelle-Seneuil. *Traité theorique et pratique d'economie politique*, t. I, pág. 2.—Paris 1867.



reflexionando sobre el modo de hacerlas que nos sirvió en más fáciles casos. Verdad es esta que confirma la historia de los diversos ramos del saber, que han tomado sucesivamente, y según creciente complicación que en ellos se advierte, carácter de ciencia que se confirmará de nuevo, sin duda ninguna, cuando queden constituidos como ciencias, los que no lo están todavía y que siguen entregados á la incertidumbre y vaguedad de estériles discusiones. Aunque son varias las ciencias que han salido de este estado, en fecha relativamente próxima, ninguna sigue en él, excepto las que dicen relación al hombre, asunto el más complejo y difícil de estudiar de cuantos pueden ser objeto de la humana inteligencia. Con respecto á la naturaleza física del hombre como sér organizado, aunque son muchos todavía los puntos inciertos y controvertibles, que sólo se aclararán cuando todos reconozcan y ejerciten, como no se hace generalmente, las más estrictas reglas de la *inducción*, se cuenta, sin embargo, con un considerable número de verdades que todos los que tratan del asunto consideran definitivamente demostradas. No es de notar hoy día ninguna imperfección radical en el método que aplican á este ramo del saber sus más distinguidos profesores. Las leyes de la inteligencia, y sobre todo, las de la sociedad, están en cambio, tan léjos de haber llegado á semejante estado, que aún puede discutirse si son aptas para constituir objetos de la ciencia en el estricto sentido de la palabra. Si en tan importantes materias se ha de llegar á un acuerdo por los pensadores, sólo se conseguirá aplicando concienzuda y resueltamente á estas investigaciones más difíciles los mismos procedimientos, con los cuales quedaron ya, con general aprobación, fuera de toda controversia las leyes de fenómenos más simples. Hay materias en que los resultados obtenidos han alcanzado, por fin, el unánime asentimiento, y otras en que el hombre no ha sido tan afortunado, no obstante haberse ocupado en ellas las más poderosas inteligencias, y este mal no se corregirá sino aplicando á las segundas el método que sirvió para las primeras» (1). Ahora tó-

---

(1) Stuart Mill, *A System of logic*, lib. VI, cap. I, tercera edición.— Estas ideas las sacó Mill literalmente de Comte.



came preguntar : ¿por qué clamaba el autor contra Comte por llamar metafísicos á los economistas y querer que se aplicara á sus estudios la indagacion positiva? ¿No es verdad, en efecto, que el economista inglés obedece á un resentimiento personal al atacar á Comte en este punto, y que se pone en contradiccion consigo mismo ?

No es exacto que estas convicciones que posteriormente adquirió estén contradichas, como pretende Macleod en el *Tra- tado de lógica*. Reproduzcamos primeramente las palabras de Mill. Así decía este autor : «Llegamos, pues, á una conclusion que en el curso de nuestras investigaciones espero que aparecerá con toda evidencia, á saber : en las ciencias que se ocupan en fenómenos, respecto de los cuales son imposibles los experimentos artificiales, como, por ejemplo, la astronomía, ó no pueden traspasar los límites de modestísima esfera, como la fisiología, la psicología y la ciencia social : sólo puede utilizarse la induccion con tal desventaja, que viene á ser impracticable, de lo cual resulta que en tales ciencias, para sacar algo que valga la pena, el método tiene que ser en gran parte, si no principalmente, deductivo. Reconócese por todos, respecto de la primera de las ciencias á que nos hemos referido : la astronomía, y el no reconocerse generalmente al tratar de las otras, diónos acaso una de las razones por las que aún se hallan en la infancia» (1) : De estas palabras de su eminente conciudadano, deduce Macleod que Mill se contradice en la misma obra (2). Esto, sin embargo, no es exacto. Macleod cree, realmente, que, cuando se dice, como lo hace Mill, que en las ciencias morales que no consienten, generalmente hablando, la induccion por experiencia directa, es preciso apoyarse para el procedimiento metódico, principalmente en la deducccion ; se admite, por lo tanto el uso del método *a priori*, ontológico metafísico. Y aquí precisamente está la equivocacion. Las ciencias positivas pueden y deben, segun sus objetos, complicar más ó menos el método de que se sirven, hacerse más ó menos deductivas, pero el fundamento de su positividad y exactitud,

(1) *A System of logic*, cap. VII, párrafo tercero.

(2) *The principles of Economical philosophy* ; pág. 26, ed. cit.



es siempre el mismo, á saber : la experiencia, la deducción positiva es complicación y continuación de la inducción (*é una complicazione ed una continuazione dell induzione*), es una inducción que versa sobre las relaciones de más términos juntos.

Todo lo que enseña la deducción, enséñalo por virtud de la inducción, y en el fondo, inducciones. No hay oposición, como erróneamente se cree, entre la inducción y la deducción, sino entre el método objetivo y el método subjetivo. «Toda ciencia, dice Lewes, es deductiva, y lo es en proporción á lo que se separa del conocimiento comun y á su coordinación sistemática. No ha de verse la verdadera antítesis entre la inducción y la deducción, sino entre los casos de inducción y deducción comprobados y los no comprobados (1). Siguiendo á Macleod, debiéramos decir que la ciencia matemática es ciencia *a priori* y metafísica en oposición á lo que general y fundadamente se cree, á saber : que es la más exacta y positiva de las ciencias.

El aparente *apriorismo* que en matemáticas se ve, nace de que se afirman sus datos como elementos primitivos y no se indaga su origen ni su génesis psicológica. Mas como toda ciencia, deben las matemáticas á la experiencia sus nociones fundamentales, y son susceptibles de comprobación y comportan prueba por representación sensible, y son aplicables mientras que los principios y deducciones de la metafísica carecen siempre de base objetiva y no pueden comprobarse por medio de la experiencia. Distínguese, pues, totalmente las matemáticas de la metafísica. Y no es ménos equivocada la creencia de que el método deductivo pertenece exclusivamente á las matemáticas. Toda ciencia á medida que se desarrolla es mayor, pueden darse forma y constitución deductivas y esta es la meta de sus esfuerzos. Distínguese además la deducción matemática de la metafísica, porque al modo que en todas las otras ciencias, fúndase aquella en precedente inducción, en una experiencia y evidencia sensible, no en ficciones por completo abstractas. No es, por tanto, la naturaleza de las matemáticas distinta de

(1) G. H. Lewes's *Account of Comte's philosophy*, pag. 17.



la de las otras ciencias : sólo son diversos los estadios de su evolucion (1).

Respecto de la acusacion hecha por Comte tocante al absolutismo de la teoría del *laisser faire*, exprésase como sigue Stuart Mill : «Creo, como Comte, que en el órden económico, lo mismo que en el político, es erróneo reconocer verdades absolutas y convengo en que la doctrina del *laisser faire*, cuando se presenta sin grandes restricciones, no es práctica ni científica» (2). Ocasion tendremos de discutir este punto : contentémonos por ahora con apuntar la frase. Aplícome ahora á examinar los ataques del ilustre pensador á la filosofía positiva, filosofía que siempre defendió y á la que debe tan alto renombre entre los escritores de este siglo.

Stuart Mill ha tratado de excusarse públicamente de los ataques que en los últimos tiempos de su especulacion científica dirigió á la doctrina comtista. Véase en qué términos se expresaba : «Culpables habrían sido los pensadores cuya atencion, ya que no adhesion, había conquistado Comte, si se hubieran ocupado primeramente en señalar los que consideraban errores de su grande obra. Miétras no obtuviera en el mundo del pensamiento el puesto que le correspondía, lo que importaba no era criticarlo sino darlo á conocer. Llamando á los puntos vulnerables la atencion de aquellos que no le conocían ni estaban dispuestos á reconocer la grandeza de su libro, habríase retardado la justa apreciacion de éste, sin tener por excusa la necesidad de ocurrir á algun grave inconveniente. Cuando un escritor tiene pocos lectores y carece de influencia, á excepcion de la que puede tener sobre algunos pensadores independientes, lo único que debe tenerse en cuenta es lo que puede enseñar. Si en algun punto se notan errores, lícito es dejarlos pasar inadvertidos hasta que llegue el tiempo de que tales errores puedan causar daño. El alto puesto que ocupa Comte hoy dia entre los pensadores europeos y la creciente influencia de su obra capital, hacen que sea oportuno señalar

---

(1) V. la obra del ilustre profesor A. Angiulli *Le scienze positive e la filosofia*, páginas 10 y 11.

(2) *Auguste Comte et le positivisme*, pág. 82, ed. y trad. cit.



sus errores (1). Potísimas serían estas razones y dignas á la verdad de un pensador independiente, si aceptando los puntos capitales de la filosofía positiva se rechazaran sus pretensiones injustas, sus gastadas exageraciones y los elementos que le fueron extraños; todo aquello, en suma, que no se creyera necesario en dicha filosofía y se considerara como efectos de las apasionadas exigencias del fundador y de sus discípulos. Sí, en este caso, razón tendría Mill para señalar en este ó aquel punto de la obra de Comte algunas peligrosas é injustas pretensiones que, á la verdad, no faltan, pero que no son *consecuencias* de los principios de las doctrinas positivas. Habría prestado así un verdadero servicio á la causa de estas doctrinas, á su purificación, á su más completa inteligencia y difusión. Pero Stuart Mill, en su obra sobre Comte, á la cual nos referimos, ha creído conveniente impugnar algunos puntos capitales de la filosofía positiva, defendiendo lo que siempre combatió y combatiendo lo que siempre había defendido. Está, pues, la dificultad en averiguar si ántes tuvo razón y despues se engañó, ó viceversa.

La razón principal de los profundos disentimientos que separaron á Mill de Comte hallarése en la manera de concebir la filosofía que tuvo á la postre el filósofo inglés. «Nosotros creemos, decía Mill, que la filosofía, segun el significado que daban á esta palabra los antiguos, es el conocimiento científico del hombre, en cuanto sér intelectual, moral y social. Así como las facultades intelectuales del hombre contienen la de conocer, la ciencia del hombre contiene á su vez cuanto éste puede conocer, en cuanto dice relacion en puridad á su *modo de conocer*; en otros términos, la doctrina total de las *condiciones* del humano conocer (2).» Adviérfese al punto que Mill confunde la filosofía con una especie de lógica general. ¿Cuál es, en efecto, el objeto de la lógica? Preguntémoslo al mismo Mill que ha dejado sobre la materia obra grandemente y con justicia afamada. Supóngase que hemos recorrido todo el mundo y que no es conocido enteramente, astros, tierra,

---

(1) *Auguste Comte et le positivisme*, pág. 4.

(2) *Augusto Comte et le positivisme*, pág. 57.



calor, peso, afinidad, especies minerales, revoluciones geológicas, plantas, animales, acontecimientos humanos: todo aquello, en suma, que comprenden y explican las clasificaciones científicas; nos quedará todavía por conocer estas clasificaciones científicas, estas teorías. No existe solamente el orden de los seres, sino también el orden de los pensamientos (*pensieri*) que los representan: no hay solamente plantas y animales, sí que también botánica y zoología; ni sólo líneas, superficie, volumen y números, pues hay asimismo geometría y aritmética. Son por tanto las ciencias cosas tan reales como los hechos, y pueden como aquellas constituir objetos de estudio. Se las puede analizar como se analizan los hechos, indagar sus elementos y composición, su orden, sus relaciones y fines. Hay, pues, una ciencia de las ciencias que se llama la *Lógica*. Supónense en ésta nuestras facultades existentes y en ejercicio: tómase el instrumento tal como la naturaleza nos lo da y déjase á otros la tarea de mostrar su mecanismo y la curiosidad de comprobar sus resultados. Pártese de sus operaciones primitivas, estúdiase la disposición de las mismas, cómo se enlazan y se transforman, y cómo á fuerza de adiciones, combinaciones y *procesos* acaban por formar un sistema de verdades ligadas entre sí y dignas de estudio. Tal es en sustancia la idea de la lógica que se ocupa en el modo de conocer, ó sea en las condiciones del conocimiento humano.

¿Qué es á su vez la filosofía? La concepción del mundo tal como resulta de la sistematización de las ciencias positivas, lo cual tanto vale como decir la concepción del mundo según resulta de la coordinación de los hechos generales ó verdades fundamentales al mundo referentes. En el mundo, en el objeto de la filosofía ocupa el hombre su puesto, ya como ser vivo, ya como ser social. Poner el hombre al frente de la filosofía es, como dice muy bien Littré, equivocar los términos si sólo se quiere entrar en la vía objetiva después de un rodeo, ó equivocar el método si en efecto se parte del punto de vista psicológico. El error de Mill consiste precisamente en haber querido sustituir el método real y objetivo con el psicológico y formal. Para que un método de observación sea científico requiérese que por medio de su aplicación pueda llegarse á la



demostracion de las leyes, y éste es, á decir verdad, el criterio más seguro. Siempre que en cualquier ciencia introducimos un medio de observacion que conceptuamos general, debe probarse que este medio servirá para observar los fenómenos con precision y particularidad bastantes á deducir una ley empírica cuando ménos. Sin esta indispensable condicion será el tal medio un mero juego y no un instrumento útil para la exacta ciencia. Ahora bien : el método psicológico de observacion no tiene la condicion que hemos dicho, porque es radicalmente incapaz de revelar una *ley* en el significado científico de esta palabra, y lo prueba que ninguna ley sería ha sido jamás descubierta por los psicólogos. Hecho es este que basta para demostrar la esterilidad de dicho método. Si fuese posible en realidad llegar á resultados ciertos por medio de la observacion psicológica, los grandes pensadores de los pasados siglos que han estudiado las funciones intelectuales bastante más que Bain y Spencer, por las cuales siente Mill grande admiracion, habrían debido fundar la ciencia psicológica. Desde Platon y Aristóteles, observa oportunamente Wyronboff (1), los esfuerzos hechos en este órden de estudios por los hombres de genio de todas las naciones habrían bastado para erigir á la psicología un monumento diez veces mayor y más completo que los de la física y la química modernas. ¿Por qué no ha sido así? Punto es éste en que no se fija Mill y en que hubiera debido fijarse, pues no hay vez en la historia un hecho más instructivo.

El error cometido por Mill al constituir con el método psicológico el objetivo, muéstrase más claramente cuando dice el significado que atribuye á la filosofía de una ciencia en contraposicion á lo que Comte enseñaba. Filosofía de una ciencia es lo que ha hecho Comte en la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología : la concepcion y coordinacion de los hechos generales de una ciencia. Entiende Stuart Mill que debiera abandonarse este concepto y sustituirlo con el siguiente : «Filosofía de una ciencia quiere decir, esta misma ciencia considerada, no en los resultados y ver-

---

(1) *Stuart Mill et la philosophie positive*, pág. 69.—Paris 1867.



dades que alcanza, sino en los *procesos* mediante los cuales el espíritu obtiene aquellos caracteres en que los reconoce, coordinación y método de que se sirve : en suma, es la lógica de una ciencia (1).» ¿Cómo negar que Mill confunde aquí las condiciones bajo las cuales se ordena y constituye una ciencia en los hechos generales que forman su filosofía? Y sin embargo, es lógico ; pues habiendo abandonado la filosofía positiva en sus nociones fundamentales, sólo le restaba lanzarse á las regiones psicológicas y traer de allí sus nuevas doctrinas. Lo que no tenía era el derecho de decir que Comte hizo la lógica de las ciencias al proponerse hacer la filosofía de éstas. Esto es evidentemente lo contrario del hecho. Respecto de las seis ciencias fundamentales que más arriba indicábamos, no hizo Comte otra cosa que coordinar en cada una sus hechos fundamentales sin ocuparse en la lógica propiamente dicha. No comprendo á la verdad cómo le ocurrió á Mill decir que Comte hizo lo que nunca se propuso hacer ni realmente hizo.

Mas hasta ahora nos hemos referido solamente al primer punto fundamental de las divergencias que separan á Mill de Comte ; vamos á ocuparnos ahora con el segundo. Littré y Wyronboff, que se propusieron contestar á los ataques de Mill contra la filosofía positiva, no pararon mientes en la cuestión que vamos á tratar ahora.

Mill había sostenido ya que fuera de las meras leyes de los fenómenos, no es dado indagar más al positivismo, mientras dure al ménos el estado actual de la ciencia. Hemos tenido ya ocasion de averiguar en qué consisten estas leyes : no son más que las relaciones de sucesion y semejanza que ligan á los fenómenos en concepto de antecedentes y consiguientes. En su obra posterior, esto es, en aquella en que tanto se aleja de sus primeras doctrinas, censura Mill á Comte por no consentir que se hable de otras leyes que las de los fenómenos, y quisiera que no fuese ajeno á la indagacion positiva el estudio de la *accion* de las causas (2). En este punto se origina la cuestión en que vamos á ocuparnos y que puede enunciarse así :

---

(1) Obra citada, pág. 57.

(1) *Auguste Comte et le positivisme*, pág. 61.



según el concepto de la ciencia positiva, ¿cabe ir más allá de las meras leyes de los fenómenos? Acordémonos que para nosotros ley tanto monta como causa, siempre que á la idea de causa se atribuye, por supuesto, el mismo sentido que á la de ley, pues no queremos discutir por palabras. Para contestar recurriré ahora á su doctrina anterior, y en ésta fundaré mi razonamiento, dejando el fallo al juicio del lector.

¿Qué es causa? Cuando decimos que el calor dilata los cuerpos, no curamos de la fuerza íntima y virtud generadora que declaran los metafísicos existir entre el productor y el producto, ó lo que es igual, de la acción de las causas. «La única noción que respecto del particular há menester la teoría de la inducción, ha de provenir de la experiencia. Ella nos enseña que hay en la naturaleza un orden invariable de sucesión y que á todo hecho precede siempre otro hecho. Llamamos causa al *antecedente invariable*, y efecto al *consiguiente invariable* (1). No entendemos nosotros nada más por estas dos palabras. Queremos decir sencillamente que siempre y donde quiera, la aplicación del calor será seguida de la dilatación del cuerpo. La causa real es la serie de las condiciones, el conjunto de los antecedentes sin los cuales el efecto no se daría (*The real cause is the whole of these antecedents*). Carecen de fundamento científico las distinciones hechas entre la causa de un fenómeno y sus condiciones. «Causa es la suma de las condiciones negativas y positivas, generalísimamente hablando, la totalidad de las circunstancias de las contingencias de todas clases, las cuales una vez realizadas, son invariablemente seguidas del consiguiente» (2). Háblase de la noción de *necesidad* como comprendida en el concepto de causa: «Lo que es necesario, lo que no puede ménos de ser es lo que será, sean cuales fueren las suposiciones que hagamos respecto de cualquier otra cosa» (3). Esto es lo que se quiere decir cuando se pretende que la noción de causa contenga la de necesidad, á saber: que el antecedente es bastante y completo,

---

(1) *System of logic*, vol. I, pág. 338.

(2) *Idem*, pág. 341.

(3) *Idem*, pág. 345.



que no se necesite suponer otro distinto, que ese contiene todos los requisitos necesarios, que no se requiere ninguna otra condicion. Engañanse los filósofos cuando creen descubrir en nuestra voluntad un tipo distinto de causa, y declaran que observamos en nosotros la fuerza eficiente en acto y ejercicio. No vemos cosa tal. Aquí, como donde quiera, véñese no más que sucesiones constantes. Produce nuestra voluntad las acciones corpóreas como una chispa produce una explosion de pólvora. Aquí como allí hay un antecedente, la evolucion del espíritu, y un consiguiente, el esfuerzo físico. La experiencia nos hace prever que el esfuerzo seguirá á la resolucion, del mismo modo que nos hace prever que la explosion de pólvora seguirá al contacto de la chispa. «Dejemos, pues, las ilusiones psicológicas y busquemos sencillamente, bajo los nombres de efecto y de causa los fenómenos que se enlazan sin excepcion ni condiciones» (1).

Esta es la teoría positiva de las causas. Mill, despues de Comte, la ha enseñado así. De aceptarla ó rehusarla, depende el ser ó no ser positivista. En cuanto á mí, confieso que cuando los metafísicos me hablan de causas íntimas y de fuerzas generadoras de los fenómenos como cosas distintas de las causas ó leyes de que hemos tratado ; no los entiendo. La accion de las causas que despues creyó Mill podía conocerse, no es para mí lo que para él, pues sólo la considero como la fuerza íntima de los fenómenos que segun dicen los metafísicos ellos tienen el privilegio de conocer. Me limitaré á recordar que Galileo Galilei no buscó nunca esa fuerza íntima ni esa virtud generadora como cosas distintas de los fenómenos de observacion, y pudo, sin embargo, avanzar de conquista en conquista en el estudio de la naturaleza, miéntras que Descartes y Bacon la buscaron y nada ó casi nada descubrieron. Hecho es este que ha de tenerse en cuenta para decidir la controversia. Juzgue, pues, el lector.

Estimo ahora oportuno aclarar un error que ha sido obstáculo grave para la difusion de las teorías positivas. Créese

---

(1) Stuart Mill, idem, pág. 351. Véase tambien *Le positivisme anglais*, por H. Haine, pág. 61. Paris 1864.



generalmente que el positivismo es la negacion de todo órden sobrenatural, de toda religion, y esto, al suponerlo, ha parecido más natural, por haberlo creido así francamente Comte y á semejanza suya muchos de sus discípulos. La filosofía positiva es, como ya se ha dicho, la concepcion del mundo segun resulta de la coordinacion de las ciencias positivas: es el estudio de los hechos generales ó fundamentales verdades de las ciencias que, cada una bajo particular aspecto, se ocupan en la investigacion de las múltiples leyes del cosmos. Tan imprudente es decir que el positivismo niega á Dios y á la religion, como si se dijera que el matemático, el astrónomo, el físico, el químico, el biólogo ó el sociólogo niegan el órden divino y sobrenatural. Positivista es aquel que para explicar los hechos del mundo físico y del mundo social no recurre á deidades inconsistentes y absurdas ni á los fantasmas que en tal ó cual forma constituyen la encantada selva de las divagaciones metafísicas, aquel que reconoce al mundo físico y social leyes propias y admite que el estudio de estas leyes puede y debe hacerse exclusivamente con sujecion á los datos que suministran la observacion y la experiencia. No ha de penetrar, por consecuencia, en un curso de estudios positivos, ningun principio *a priori*, ninguna fórmula *absoluta*, ninguna deducccion que traspase los límites del órden natural de los hechos físicos y sociales. Ajeno es á la indagacion positiva el órden sobrenatural, pues es otro órden de cosas fundado en distintos principios, la revelacion, la tradicion, la fe, etc. ¿Con qué derecho negarían á Dios y á la religion matemáticos, físicos, químicos, astrónomos, no perteneciendo tales cuestiones al órden de sus estudios é investigaciones? Tendría esta negacion el mismo valor que la del teólogo cristiano que pretendiese negar los órdenes de hechos matemáticos, astronómicos, físicos, químicos y biológicos, sólo porque generalmente son ajenos á sus estudios. Como positivista dejo á una parte el órden sobrenatural, mas fuera del campo de mis estudios puedo respetar y venerar aquel órden que encuentro en todo el camino de la historia y el seno de todas las humanas generaciones. ¿Por qué habríamos de negarlo? Los que dicen que la creencia en Dios y en la religion es locura y condenan á



estar en un manicomio á todas las pasadas y presentes generaciones, se sobreponen caprichosa á la conciencia de todos los siglos é insultan sacrílegamente al género humano. Nada es para ciertos pretensos sabios el aparentar que no creen en Dios ni en religion ninguna, mas esta moda no dejará por eso de ser un hecho puramente subjetivo é individual que nada tiene que ver con la filosofía positiva. Razon tiene, pues, Stuart Mill al decir que el modo positivo de pensar no es una negacion del sobrenaturalismo; que el filósofo positivista está en plena libertad de profesar las creencias religiosas que quiera, y que una de las mayores faltas de Comte fué la de no dejar la cuestion en este estado. Repitámoslo una vez más: el estudio positivo de las diversas partes de los organismos físico y social del mundo exige solamente que en la indagacion de los hechos se atienda no más que á sus leyes naturales segun el carácter relativo de su evolucion histórica: ni más ni ménos.

Terminemos ya. Traspasaríamos los límites de nuestra indagacion al emprender el exámen de algunas otras opiniones de Mill, que son de secundaria importancia comparadas con las que han sido objeto de nuestras consideraciones. Hubiera yo querido concluir discutiendo lo que asegura aquel célebre escritor acerca de la antigüedad de la filosofía positiva; hubiera yo querido demostrar qué comprende los términos al sostener que esta filosofía no es invencion reciente de Comte, sino la simple aceptacion de las tradiciones que nos han legado todos los sabios, cuyos descubrimientos han ennoblecido á la raza humana (1). ¿De qué sabios (*grandi spiriti scientifici*) se trata? ¿De los metafísicos? No, no es su tradicion la que Comte ha seguido: eso es indudable. ¿De los que ilustraron las particulares ciencias de la naturaleza? Ellos constituyeron la ciencia positiva, no la *filosofía positiva*. Consiste la invencion de Comte, y por tanto su filosofía, en haber concebido y formado una filosofía, sacando de las ciencias particulares tales como las constituyeron aquellos sabios las verdades fundamentales y coordinándolas en una jerarquía que,

---

(1) Stuar Mill. *Auguste Comte et le positivisme*, p. 9.



á juicio del mismo Mill, es la maravillosa obra maestra del genio de Comte. Mas dejó á una parte este exámen, invitando á todos los que quieran hacerlo á estudiar preferentemente las obras de Littré, donde hallarán en abundancia excelentes datos.

R. SCHIATTARELLA.

---

## RUIDOS (1)

---

Me gusta el suave ruido de las olas,  
 Que apénas llegan á besar la playa;  
 El del velero esquife, que tranquilo  
     Sobre la mar resbala;  
 El confuso rumor de las ciudades;  
 El eco de una voz en lontananza;  
 El suspiro de un alma dolorida;  
     El batir de unas alas;  
 El misterioso canto de los monjes;  
 El ruido... del silencio en la montaña;  
 La triste barcarola, y el quejido  
     Del ave abandonada;  
 El paso de la brisa entre el follaje;  
 El lejano vibrar de una campana;  
 El de tu pié, cuando á mi cita acudes,  
     Y el roce de tu falda.  
 Esos dulces sonidos vagarosos  
 De inefable placer llenan mi alma;  
 Pero... ninguno tanto como el ruido  
     De un beso tuyo, ¡ingrata!

RICARDO SEPÚLVEDA.

---

(1) De un tomo de poesías próximo á publicarse.

---





## LAS TEORÍAS ANATÓMICAS MODERNAS

POR EL DR. LUDWIG LÆWE



**L**a literatura anatómica de los últimos años ha producido numerosos trabajos referentes á la teoría de Darwin y á sus consecuencias. Dado el interes general que desde su aparicion excitó dicha doctrina, es de esperar que las investigaciones encaminadas á darle ulterior desarrollo tengan eco fuera de los círculos de anátomos de profesion. Esta razon nos mueve á ocuparnos de los trabajos á que ántes hacíamos referencia, y á echar de esta manera una ojeada sobre los problemas que hoy dominan las discusiones en anatomía general.

Recordais, señores, que Darwin, apoyado en experimentos proseguidos durante decenios, sentó la conclusion—á que, por lo demas, habían ya ántes de él llegado Goethe, Lamarck y Geoffroy Saint-Hilaire—de que la disposicion anatómica de los animales y de las plantas, léjos de ser en absoluto invariable y de estar fijada para todos los tiempos, podía modificarse en todos los momentos de la existencia. Darwin demostró al mismo tiempo que la naturaleza misma producía continuamente estas modificaciones en el hábito exterior y en la estructura interna de los séres, haciendo aparecer de continuo en la lucha por la existencia nuevas formas animales y vegetales por medio de los dos factores seleccion y herencia, tan



pronto como variaban las condiciones exteriores de clima, suelo, etc. Al mismo tiempo que da vida á nuevas formas, destruye la naturaleza las antiguas. La manera que de verificarlo tiene es, segun Darwin, la siguiente : cuando se modifican las condiciones exteriores de existencia—así, por ejemplo : cuando un clima seco pasa á ser húmedo,—sólo quedan con vida aquellos animales y plantas, que pueden adaptarse al nuevo estado de cosas merced á alguna propiedad individual, que quizás sea á menudo meramente casual. Los séres, que, por el contrario, no pueden verificarlo, perecen. Y como los supervivientes de la fauna y de la flora transmiten á sus sucesores la cualidad individual ventajosa que les ha permitido sobrevivir, ésta se afirma cada vez más, convirtiéndose finalmente de propiedad individual en carácter permanente de raza. Al mismo tiempo se modifican de tal modo el aspecto exterior y la estructura interior de los animales ó plantas, que la prole no es ya idéntica en todas sus partes á los antecesores, sino que se diferencia esencialmente de ellos ; así, por ejemplo, el mundo animal y vegetal de nuestros dias tiene un aspecto totalmente diferente del de anteriores edades geológicas, y sin embargo, las formas antidiluvianas son los antecesores directos de las que hoy viven, las cuales tienen con aquellas la relacion de una generacion de nietos. Las diferencias de ámbos son sólo consecuencia de la disparidad del clima y suelo que existe entre la corteza terrestre de hoy y la de anteriores períodos geológicos.

Esta doctrina de Darwin cambió, bien puede decirse, la manera de ser de la botánica y la zoología toda; pero las ciencias anatómicas fueron las que especialmente recibieron nueva luz de la teoría de la descendencia. Y aun entre éstas, ninguna ha ganado tanto con la nueva doctrina como la embriología, que sólo entónces ha alcanzado su verdadera importancia y ocupado el lugar, que le corresponde como reina de las restantes disciplinas anatómicas.

La historia del desarrollo de los séres ofrece, como es sabido, la sorprendente particularidad de que los animales de la misma *clase*, por diversa que sea su forma, cuando han llegado al término de su desarrollo, aparecen casi idénticos en el



estado embrionario, dejando apenas sospechar por insignificantes pequeñeces las grandes diferencias que más tarde han de presentar. Así, el embrión de un pez, por ejemplo, es bajo muchos aspectos idéntico al de un mamífero hasta en los menores detalles, siendo esto aplicable á los embriones de la rana, de un pez, de un ave ó de un reptil; en una palabra, todos los embriones de los vertebrados, sobre todo en los primeros estadios, presentan una igualdad de forma extraordinariamente sorprendente. Lo mismo sucede con los embriones de los grandes grupos restantes del reino animal.

Este hecho dió impulso al desenvolvimiento ulterior de la doctrina de Darwin. Partiendo de la teoría de la descendencia, es posible suponer que las siete (ú ocho) clases, en que las clasificaciones modernas dividen el reino animal, arrancan de haber existido al empezar la vida orgánica en la tierra, siete (ú ocho) animales primitivos, que son al mismo tiempo los tipos primitivos de todos los animales hoy existentes. Las siete (ú ocho) formas primitivas se han desdoblado en el curso de su desarrollo en grupos cada vez más numerosos, de manera que cada animal primitivo ha originado tantos sucesores como clases, órdenes, familias, géneros y especies cuenta cada uno de los siete grandes grupos del reino animal. Si esta manera de ver es exacta, se explica por qué todos los miembros de cada uno de los siete grupos muestra tanta uniformidad en el plan de su organización, á pesar de las demás diferencias. A la luz de esta teoría puede sospecharse, que el citado fenómeno embriológico — la igualdad en la forma de todos los embriones de un mismo grupo zoológico—sea un medio importante de conocer las metamorfosis, por cuyo intermedio se han formado de los padres originarios, primitivamente únicos, de cada grupo el actual número de clases, órdenes, familias y especies que enriquecen cada uno de los siete grandes grupos zoológicos. Es posible suponer que aquellos estados embrionarios, hoy comunes á los animales de cada clase, y que por tanto han de atravesar todos y cada uno de sus miembros, son idénticos á las modificaciones que tuvo que sufrir el animal primitivo correspondiente para originar su sucesión actual de tan diversa forma. O dicho de otro modo : el desarrollo embriológico del



individuo recapitula en conjunto el del tronco zoológico á que éste pertenece.

La suposición que acabamos de exponer no puede demostrarse estrictamente, y es por lo tanto puramente hipotética, pero confirmada por todo lo que sabemos sobre la procedencia de los animales, la cual no está tan envuelta en la oscuridad como pudiera creerse á primera vista; más bien está conservada, aunque de una manera muy incompleta, en las formas fósiles que se encuentran en las capas de la corteza terrestre. La fauna fósil tiene no pocas veces una gran analogía con las formas embrionarias de los organismos hoy vivientes; pero éstos sólo la presentan en su período embrionario, y la han perdido ya cuando llegan al término de su desarrollo. Es hasta cierto punto posible reconstruir ciertos animales antidiuvianos, suponiendo que son organismos hoy vivos, detenidos en un determinado período de su vida embrionaria.

Fundados en estos hechos, consideran hoy la mayoría de los investigadores la embriología del individuo como la recapitulación de toda la historia de su procedencia, dándole por esta razón el valor de un documento histórico. Así como en cualquiera ciencia no es posible, dicen estos investigadores, empezar desde luego por los problemas más complicados, como por ejemplo, en matemáticas no se estudia cálculo íntegro y diferencial ántes de aprender álgebra y trigonometría; tampoco puede un organismo alcanzar desde luego el último grado de desarrollo, necesitando por el contrario atravesar—siquiera sea en forma compendiada—todas las etapas, por que han pasado sus antepasados hasta llegar á la actual altura de organización.

Esta hipótesis de recapitulación ha sido expuesta por vez primera con claridad por Fr. Müller (*Für Darwin*, Leipzig 1864). Desde entónces Hæckel la ha seguido en diversas especies animales, dándole el nombre de *ley fundamental biogénica*.

Hæckel (*La teoría de las gasteas, la clasificación filogenética del reino animal y la homología de los blastodermos.*» *Zeitschr. für Med. u. Naturw.* Jena VII.) ha estudiado á la perfección el desarrollo de los animales inferiores (esponjas,



radiarios) bajo el punto de vista de la ley biogénica. De estos trabajos se dedujo además el hecho importante de que en la embriología de todos los animales—abstracción hecha de ciertas formas muy inferiores de los llamados protozoos—se presenta una sorprendente analogía de forma en las primeras fases de desarrollo no sólo en cada clase animal, sino en todo el reino zoológico, considerado en general.

Tratemos ahora de exponer las deducciones que Hæckel saca de la uniformidad de los primeros períodos embriológicos de todos los animales.

Hæckel halló que en todos los animales que se desarrollan de un huevo fecundado, el primer período embrionario está caracterizado, porque inmediatamente después de la fecundación, la célula-óvulo pierde su núcleo, viniendo el joven embrión á representar por ende una masa de protoplasma desprovista de núcleo, uno de los llamados *citodos*. Por esta razón dió Hæckel á este estadio embrionario el nombre de *cítula*.

Muy pronto se forma en la masa protoplasmática un nuevo núcleo, primero del joven animal y predecesor de los millones de núcleos de las células futuras de todo el organismo. En este período el embrión consta de una sola célula verdadera, provista de núcleo, pareciéndose por lo tanto á aquellos animales que desde hace mucho tiempo se conocen con el nombre de moneras. Hæckel le ha dado el nombre de *monérula*.

Luégo la célula se divide en otras dos, generalmente de igual tamaño. En ocasiones, sin embargo, se nota ya entónces una diferencia en la naturaleza de entrambas células, por ser la una mayor, más oscura, provista de mayor número de moléculas pigmentarias, en una palabra, de diferente estructura. Como el estudio de esta complicación nos llevaría demasiado léjos, sólo trataremos del caso, en que de la segmentación celular resultan dos mitades iguales.

El embrión compuesto de dos células se divide cada vez en mayor número de éstas hasta constar de innumerable cantidad de pequeños elementos celulares, análogos los unos á los otros. Entónces aparece al microscopio como provisto de pe-



queños tuberculillos que le dan cierta analogía con una mora, por cuya razón da Hæckel á este período el calificativo de *mórula*.

Muy pronto se acumula en el interior de la *mórula* cierta cantidad de líquido procedente del agua, que absorbida por el embrión del medio que le rodea, se acumula en un espacio, formado por la separación de las células y denominada cavidad de Bær. Así se transforma el embrión en una vesícula, ya esférica, ya tubular, cuya pared está compuesta de una ó varias capas de células, y en cuyo interior se encuentra líquido. Esta vesícula germinativa se llama *blástula*.

Tan luego como ha alcanzado este grado de desarrollo, sufre el embrión una modificación muy digna de notarse. En uno de sus polos se hunde la cubierta de la *blástula*, formando una fosita que al principio es plana y se parece á una arandela; pero gradualmente se hace cada vez más profunda la depresión, hundiéndose finalmente una mitad de la pared de la vesícula en la otra á la manera de un dedo de guante invertido; de modo que el embrión no consta ya de una vesícula llena de líquido, sino de una semi-esfera hueca, compuesta de dos capas, cuya abertura se halla en el punto ocupado primitivamente por la fosita. Esta forma ha sido llamada *gástrula* por Hæckel. En ella existe ya todo lo que el embrión necesita para el desarrollo ulterior de sus órganos. El borde circular del hundimiento, que une la pared interna semi-esférica de la *gástrula* á la externa, marca la limitación de la abertura bucal, que más tarde ha de formarse—según otros el orificio anal,—y se llama *boca primitiva*. La pared interna se convierte en el epitelio del tubo intestinal y de las glándulas digestivas; debe, por tanto, considerársela como lo que suele llamarse hoja interna del blastodermo, no siendo el espacio limitado por el epitelio intestinal, otra cosa que la futura cavidad intestinal, es decir, la luz del esófago, del estómago y del intestino. La capa externa de la *gástrula* representa el futuro epidérmis del animal y todo lo que de ella procede (cerebro, médula, órganos de los sentidos). Por consiguiente, aun cuando sólo conste de dos hojas blastodérmicas (la externa y la interna), la *gástrula* es ya un animal que lleva en



sí la posibilidad de alcanzar una organización superior.

En el estadio de gástrula permanecen toda su vida órdenes enteros de animales (pólipos, medusas). Por el contrario, en otros se agrega más tarde á las dos hojas primitivas del blastodermo una tercera, que aparece entre las dos primeras, y que probablemente se separa de ambas. Los animales, que tienen una hoja blastodérmica media, son también aquellos en cuyo interior circula un líquido que debe considerarse como sangre ó como linfa.

Aplicando la ley biogénica fundamental á la citada uniformidad de los primeros estadios embrionarios en las más diversas especies animales, llega Hæckel á deducir, que el fundamento de la igualdad de forma de los embriones de más diverso origen debe buscarse en la comunidad de su procedencia histórica. Todos estos animales, que forman una gástrula, proceden, según Hæckel, de un padre originario común al que llama *gastrea*. Representasela en el fondo conformada como una gástrula de nuestros días, es decir, como un cuerpo cilíndrico ó esférico, de un solo eje, con una cavidad gástrica simple, que en uno de los polos del eje se abre en una boca primitiva, y cuya pared está siempre formada por dos hojas, una interna (*entodermo*) y otra externa (*ectodermo*); y fundándose en esto, reúne todos los animales que forman una gástrula, con el nombre de metazoos, oponiéndolos á los inferiores, que nunca llegan á formar una gástrula, llamados protozoos. Hæckel divide luego aquel grupo en otros dos: en animales que durante toda su vida no presentan más que dos hojas blastodérmicas, y en otros, que además del entodermo y del ectodermo, tienen un mesodermo ú hoja media, lo cual les hace tener vasos sanguíneos y linfáticos. Atendiendo á este carácter, llama á los primeros *anemarios* y á los últimos *hematarios*.

Hé ahí la clasificación que Hæckel hace del reino animal fundándose en este principio:

- 1.º Protozoos.
- 2.º Metazoos.
  - a). Anemarios (animales que tienen dos hojas blastodérmicas).



b). Hematarios (animales que tienen tres hojas blastodérmicas).

Esta clasificación de Hæckel debe considerarse como una de las manifestaciones más importantes de la literatura biológica, pues representa el primer ensayo que se ha hecho para clasificar el reino animal, fundándose en el único principio exacto, es decir, en la embriología. Aunque le falte todavía mucho para ser reconocido por completo, nunca se alabará bastante la clasificación del reino animal, que parte de la importancia filogénica de las hojas del blastodermo.

El hecho de que en la mayoría de los animales se encuentre una disposición de las hojas del blastodermo, igual á la de la gástrula ó que la recuerde, ha sido unánimemente reconocido por la mayor parte de los escritores modernos como una nueva é importante conquista. Por el contrario, sólo pocos están conformes con la interpretación teórica que Hæckel da á su descubrimiento. Así dice Semper (*C. Kritische Gänge* no. 3. *Die Keimblättertheorie, die Genealogie der Thiere*. Verh. der phys. med. Gesellschaft. Würzburg 1873): «reconocemos la teoría de las hojas del blastodermo como tal, pero ponemos en duda que tengamos ya el concepto de la misma, es decir, que estemos en situación de demostrar un idéntico modo de desarrollo para todas las capas que tienen una situación igual en el animal desarrollado y por ende las mismas leyes embriológicas.» El que más explícitamente se ha ocupado de la refutación de los teoremas de Hæckel, es Claus, de Viena (*La doctrina de los tipos y la teoría de Hæckel, llamada de las gastreas*. Viena 1874.) H. Claus combate todas las afirmaciones de la teoría de Hæckel con armas de dos clases.

En primer lugar, se opone á la proposición fundamental de Hæckel, á que todos los metazoos tengan una forma idéntica de desarrollo embrionario, citando numerosos embriones, que, atendiendo al estado actual de nuestros conocimientos, no presentan las formas admitidas por Hæckel como generales, la cítula, la monérula, la blástula, la gástrula, etc., y que, sin embargo, no es posible separar de los verdaderos metazoos, si se tienen en cuenta sus caracteres restantes. En segundo lugar, hace valer que la identidad de forma en los pri-



meros períodos embrionarios—en los diversos troncos zoológicos en que efectivamente se presenta—no obliga á deducir necesariamente la comunidad de origen de una misma gástrula en el sentido de Hæckel. La identidad de forma de los primeros estadios embrionarios de los metazoos puede más bien explicarse, según Claus, por razones puramente mecánicas. Así explica este autor, por ejemplo, que toda gástrula esté compuesta de una membrana externa intestinal y de otra externa cutánea, simplemente, porque todo animal que tiene órganos procedentes de células, que absorbe alimentos, tiene que prepararlos y digerirlos, y que poseer al ménos dos membranas: una externa, destinada á envolver al animal y á protegerle de sus enemigos; otra interna, que desempeñe las funciones de los órganos digestivos. El que toda gástrula conste siempre de estas dos capas celulares no demuestra nada en pró de la opinion de que una gástrula sea el antecesor comun, sino que es sólo consecuencia necesaria de la adaptacion de las células orgánicas para los diversos trabajos; proceso que se encuentra regularmente en todos los seres de organizacion superior, y que por lo tanto debe desarrollarse en todos con cierta identidad de formas. Claus opina, que de la presencia de una gástrula sólo podría deducirse lo homología de las hojas del blastodermo, siempre que fuese demostrable, que ambas hojas se formaban de una manera idéntica en todos los metazoos. Pero esto no sucede así, pues como numerosos ejemplos demuestran, las dos hojas primitivas del blastodermo se desarrollan de un modo muy diverso. Claus da luégo numerosos ejemplos de la diversidad de desarrollo de las dos hojas del blastodermo. Tampoco puede, según él, explicarse filogénicamente la formacion del mesodermo, que es más bien consecuencia de condiciones mecánicas. Cuando el cuerpo del animal traspasa cierta magnitud, se establece la necesidad de órganos protectores, de un esqueleto sólido. Este tiene como necesaria consecuencia el desarrollo de un aparato muscular que permita mover el esqueleto; pero los músculos no pueden desarrollarse ni en el ectodermo ni en el entodermo, porque dificultarían las funciones de ambos, y por lo tanto sólo pueden aparecer entre los dos, es decir, en el mesodermo. Ahora



bien ; formándose éste de un modo muy diverso en los diferentes metazoos, no se le puede sin más averiguación, aducir como prueba de una filogenia comun ; y Claus cita además numerosos hechos, contrarios al desarrollo uniforme de la hoja intermedia del blastodermo. También explica el hundimiento, que da lugar á la formación de la gástrula, como consecuencia necesaria y puramente mecánica del rápido crecimiento del embrión, pues creciendo el contenido de la blástula como el cubo y la superficie como el cuadrado, debe producirse un hundimiento para facilitar el aumento de superficie y para que no se rompa el equilibrio. Este proceso sería homólogo en todos los animales, si en todos diese lugar á la formación de los mismos órganos ; pero esto no sucede, pues en algunos no sólo resulta del hundimiento el intestino, sino también la cavidad abdominal.

En este punto se halla hoy la teoría de la gástrula. Hæckel y sus partidarios tratan de apoyarla con nuevas homologías de la formación de las hojas del blastodermo en diversas especies animales ; pero en el curso de la discusión se ha puesto de manifiesto, que existen indisputables diferencias en la génesis de las hojas del blastodermo. El mismo Hæckel, para poder reunir los hechos aislados bajo un punto de vista único, se ha visto obligado á admitir varias formas de gástrulas, según que las células resultantes de la primera segmentación sean de igual ó diferente magnitud, según que en la segmentación tome parte todo el óvulo ó sólo una parte de él, etc. Nos llevaría demasiado lejos el considerar aquí todas estas formas. Únicamente quiero hacer notar un gran progreso, realizado por la teoría de las gástrulas en estos últimos tiempos.

El reputado embriólogo ruso, Kowalewsky, ha llamado la atención en un trabajo sobre el *amphioxus*, publicado en 1861, sobre un hecho, que probablemente tiene íntima conexión con la teoría de las gástrulas. Y, en efecto, ha demostrado que en muchos vertebrados el orificio del hundimiento, la llamada *boca primitiva*, se continúa bajo la forma de una ranura ligera con el punto de la hoja externa, que más tarde se ha de convertir en el dorso del embrión. En dicho punto se presenta un canal que, plano al principio, se hace cada vez más profundo.



Los bordes limitantes de la ranura son prolongaciones de los labios primitivos, sirviendo así aquéllas como éstos de punto de union de las dos hojas, interna y externa. Kowalewsky ha demostrado además, que esta ranura no representa otra cosa que la futura *línea primitiva* (ranura dorsal) del embrión, la cual se convierte en el conducto central de la médula y del cerebro. Resulta, pues, el descubrimiento sorprendente de que al principio comuniquen entre sí las cavidades abdominal y medular. Dedúcese asimismo de los datos de Kowalewsky, que las dos elevaciones que limitan la ranura dorsal, y cuyas prolongaciones forman los labios primitivos, se convierten más tarde en las dos mitades simétricas del cuerpo, mientras el punto en que se unen por delante, representa el sitio de la cabeza.

A la par que se discutía sobre la teoría de las gástrulas en relacion con la procedencia general de todo el reino animal, han tenido lugar controversias numerosas sobre el parentesco y la filogenia de determinados grupos y clases zoológicas. Los que ahora nos interesan más, son sin duda, los trabajos relativos al origen de los animales vertebrados; entre ellos sobresale uno tambien de Kowalewsky (*Embriología de las ascidias simples*, San Petersburgo, 1870) sobre el desarrollo de una clase particular de animales que habitan las profundidades del mar llamados tunicados, y especialmente sobre uno de sus grupos, conocido con el nombre de ascidias.

Las aseveraciones de Kowalewsky fueron muy pronto confirmadas y desarrolladas por Kupffer, de Kiel (*El parentesco de las ascidias y de los vertebrados*. Arch. für mikr. Anatomie VI. 1870), habiendo sido comprobadas, en cuanto á los hechos, por todas las investigaciones que recientemente han recaído sobre este punto.

Pero ántes de pasar á exponer los descubrimientos de Kowalewsky y Kupffer, séame permitido llamar vuestra atencion un momento sobre la estructura de los tunicados adultos. Viven en el fondo de la mayor parte de los mares, así en nuestros Báltico y Mar del Norte, en las praderas de algas, y forman, cuando vivos, séres á menudo muy hermosos, transparentes, de color de rosa ó amarillo pálido, gelatinosos y muy



delicados. Los unos brillan por su color vistoso ; otros son grises ó negros y opacos. Los animales forman generalmente un saco prolongado, cuya extremidad inferior cerrada está adherida al tallo de un alga ó á una piedra, mientras el extremo libre se divide en dos tubos, de los cuales uno representa la boca y otro el ano. Ambos corren paralelamente y se encuentran aplicados uno contra otro. Si se penetra por el tubo bucal en el cuerpo del tunicado, encuéntrase primero la cavidad de la boca, provista de anchos fositas de aspecto reticular, y que por servir al cumplimiento de las funciones respiratorias, puede tambien llamarse cavidad branquial. En el fondo de la misma se encuentra un estrecho esófago, que conduce á un ancho estómago y á un intestino muy corto. A ambos lados de éste se hallan situados los testículos y los ovarios, que vacían sus productos en los tubos de la cloaca, y que están reunidos en todos los individuos. El animal posee un corazon, un gánglio central y varias manchas pigmentíferas, los supuestos ojos ; todo él está envuelto en una cubierta gelatinosa ó coriácea, que ha valido á este grupo el nombre de tunicados.

Las ascidias hacen pasar á través de su cuerpo una corriente constante, absorbiendo por la boca el agua del mar, haciéndola pasar por las hendiduras del saco branquial ó dirigiéndola al esófago, al estómago, al intestino y á los tubos de la cloaca, por la cual la expulsan de un modo continuo. De esta manera quedan retenidos en el cuerpo de la ascidia los pequeños habitantes animales del mar, que le sirven de alimento. Si se aproxima á uno de estos seres un instrumento punzante, escupen con la rapidez del rayo el agua que contienen, y se aplastan convirtiéndose en una masa informe y de mal aspecto, que en nada recuerda la hermosa coloracion de ántes. ¿En qué organismo pudiera pensarse, que difiriera más que la ascidia del tipo de los vertebrados? Si no se conociese más que la estructura de los tunicados adultos, nunca se habría tratado de establecer relacion alguna entre ellos y los animales vertebrados. Y así la antigua sistemática zoológica, que únicamente tenía en cuenta la organizacion de los animales adultos, colocó los tunicados á gran distancia de los vertebrados, reuniéndolos



á los moluscos para formar una sola clase, si bien es imposible desconocer que con éstos no tienen más que un parentesco muy remoto.

Y no obstante, los tunicados son precisamente los que más próximos se hallan á los vertebrados, y áun sus más cercanos parientes en todo el reino animal. Cuando se sigue el desarrollo embrionario de estos animales, se ve que tienen una organización tanto más completa cuanto más jóven es el estadio en que se las examina ; hasta el punto de que los embriones de los tunicados tengan en los primeros dias una organización, que típicamente es en un todo igual á la de un verdadero embrión de vertebrado. La larva de un tunicado á las setenta y dos horas de vida no presenta la simple forma tubular del animal perfectó, sino que tiene un cuerpo grueso con una cabeza y una extremidad caudal, ténue y movable, de manera que atendiendo á su aspecto exterior se la puede comparar á un renacuajo, conocida larva de la rana, de aspecto pisciforme. Sus órganos interiores son tambien muy completos. En lugar del pobre ganglio nervioso del animal adulto tienen una médula y un cerebro. De su médula [parten troncos nerviosos dispuestos por pares, tienen un ojo complicado y un oído, una cuerda dorsal bien desarrollada y un intestino, que forma varios ángulos ; en una palabra, ofrecen en la situación y desarrollo de sus órganos todo aquello, que se acostumbra á considerar como típico de los embriones de los vertebrados.

Kowalewsky y Kupffer no dejaron de establecer íntimas relaciones entre las ascidias y los vertebrados y el mismo Darwin, haciéndose cargo de los trabajos de aquellos naturalistas, ha formulado la proposición siguiente : *«las ascidias y los vertebrados proceden probablemente de un padre originario común, del cual en un sentido han salido las ascidias, y en otro los vertebrados.»*

Esta opinión de Darwin sobre la interpretación que debe darse al hecho, ha sido generalmente admitida por todos los naturalistas, que aceptan la teoría de la descendencia. Se creía haber hallado en las ascidias el anillo de unión entre los vertebrados y los invertebrados, sin poder, sin embargo, darse cuenta



clara de los detalles referentes á la manera cómo este tránsito se verificaba. El viejo Cárlos Ernesto v. Bær, el célebre Nestor de los embriólogos, que há poco ha bajado á la tumba, fué el primero que en un pequeño opúsculo («¿Se desarrolla la larva de las ascidias simples en el principio, segun el tipo de los vertebrados?» St. Petersb. *Academie-Berichte* VII. Serie número 8, 28 Agosto), en la cual vuelve por la union de las ascidias con los moluscos, como hacía la antigua zoología sistemática, hizo notar que si se quisiere ser consecuente dentro de la teoría de Darwin, no se podrían considerar las ascidias como predecesores de los vertebrados, puesto que segun las interpretaciones conformes á la hipótesis de recapitulacion y usuales entre los darwinistas, lo que primero se muestra en el embrión es lo heredado de los antecesores. Y por lo tanto, si las ascidias no tienen formas análogas á los vertebrados más que en los primeros períodos de su desarrollo, y si las pierden, cuando llegan al estado adulto, debe deducirse que los precursores de los vertebrados no pueden haber sido animales parecidos á las ascidias, sino, al contrario, los antecesores de las ascidias tienen que haber sido vertebrados.

Esta idea de v. Bær ha sido repetida y ampliada extensamente en un escrito de Antonio Dohrn, director del acuario de Nápoles («*Sobre el origen de los vertebrados y el principio del cambio de funciones*» Leipzig, 1875). Estableciendo la exactitud de la afirmacion de v. Bær, que, segun el razonamiento general, las ascidias no deberían colocarse al principio, sino al fin de la serie de los vertebrados; plantea Dohrn la cuestion de si un sér tan acabado como un vertebrado, puede en el curso de los tiempos descender gradualmente á una esfera tan baja como una ascidia.

Llega á la conclusion de que la causa de este fenómeno debe buscarse en la vida parasitaria. Cuando un sér—que por supuesto ha vivido hasta entónces y se ha procurado el alimento en la lucha por la existencia—deja su vida independiente y se convierte en parásito, se hacen desde luégo inútiles una porcion de órganos, que el animal ha necesitado hasta entónces para el entretenimiento de su vida. Desde luégo, el parásito no



tiene que cuidar de su alimentacion, puesto que todo lo que necesita para el sostenimiento de su vida le es suministrado por su huésped. Tampoco tiene ya que defenderse de sus enemigos ; pues habitando en el interior del cuerpo de su huésped, está á cubierto de persecuciones. Pero un animal que no hace uso de sus órganos, pierde pronto la facultad de servirse de ellos ; y los órganos no utilizados sufren gradualmente un proceso de atrofia, como ha sucedido, por ejemplo, en los músculos de la oreja del hombre. No usando el hombre por regla general el aparato muscular de su oreja, ha perdido, por una parte, la propiedad de utilizarle, y por otra, dichos músculos se han reducido en él á su mínima expresion, comparados con los que se presentan en los demas mamíferos. Dohrn cita numerosos casos de esta degeneracion parasitaria, tomados particularmente de los insectos. Instructivos son, sobre todo, respecto á los dos estadios de las ascidias, aquellos articulados que se mueven con libertad en el primer período de su vida, y que son parásitos cuando están desarrollados. En todos ellos sucede lo mismo que en las ascidias : el animal jóven y libre tiene un desarrollo considerablemente superior al del adulto parásito.

Dohrn llama al mismo tiempo la atencion sobre un fenómeno biológico particular, que designa con el nombre de *cambio de funcion*. Y dice : «Un órgano no está exclusivamente destinado al cumplimiento de una funcion, ántes al contrario, tiene siempre que atender á varias. Así el estómago no sólo sirve para empapar la papilla alimenticia con un jugo digestivo químicamente activo, sino que tiene el encargo de poner el quimo en movimiento y de pasarlo por porciones al intestino delgado, para que allí sufra ulteriores modificaciones. Para ambas funciones tiene el estómago órganos aparte, situados unos al lado de otros : para la secrecion del fermento digestivo, las glándulas ; para el movimiento de los alimentos, un aparato muscular. Supóngase ahora—y es posible imaginarlo—que una parte de la pared del estómago reciba el encargo de ocuparse especialmente de mover los alimentos ; en dicho punto se hipertrofiarán sin duda alguna los elementos musculares, miéntras se atrofiarán las glándulas. De este modo re-



sultará un estómago muscular. Desde este momento, una porción del estómago se ocupará únicamente del proceso digestivo; en ella se desarrollarán mucho las glándulas, y, por lo tanto, se convertirá en un verdadero estómago glandular. De esta manera, según Dohrn, el estómago primitivamente único en el hombre, se transforma por el principio del cambio de función en otro de varios compartimentos, como el de las aves y el de los rumiantes. Dohrn suma este ejemplo y otros parecidos, deduciendo de ellos la ley del cambio de función con las siguientes palabras:

«Por la sustitución de funciones, de que está encargado un mismo órgano, resulta un cambio de forma en éste. Cada función es una resultante de varios componentes, uno de los cuales forma la función principal ó primaria, mientras las otras son accesorias ó secundarias. Si disminuye la función principal y se acentúa más una de las accesorias, modifícase la función total; la accesoria pasa gradualmente á ser principal; la total se hace otra, siendo la consecuencia de todo el proceso un cambio de forma en el órgano.»

Dohrn no se contenta con combatir la teoría que hace descender los vertebrados de padres originarios análogos á las ascidias; ha tratado también de sustituir á ella algo positivo, estableciendo el parentesco más próximo de los vertebrados en la clase de los llamados anélidos ó gusanos articulados, á que pertenece la sanguijuela, los gusanos de tierra, etc. Sabido es que entre los signos característicos de los anélidos debe contarse la posición del sistema nervioso; situado en su mayor parte por debajo de la cara inferior ó abdominal del intestino, donde forma una doble cadena de ganglios desde la faringe hasta el extremo posterior del vientre. Un cordón nervioso, que parte del primer par anterior, rodea por ambos lados el intestino, yendo á parar á la parte superior ó dorsal del mismo, donde se reúnen ambos nervios, formando un ganglio par, colocado por encima del intestino y llamado ganglio faríngeo anterior. Como éste es el mayor de los ganglios de un anélido, como de él parten la mayoría de los nervios que van á los órganos de los sentidos superiores del animal, como tiene además una estructura complicada, y está compuesto de varias



partes, se le ha comparado de antiguo con el cerebro de los vertebrados, poniendo en parangon las relaciones, que tiene con la cadena de ganglios abdominales del gusano, y las que median entre el cerebro y la médula en los vertebrados. Ya en el primer tercio de nuestro siglo ocurrió á los zoólogos la idea de que para explicarse claramente la situación de los órganos de un anélido — y yo añado también los articulados de organización más complicada (insectos, crustáceos, arácnidos, etc.),—bastaba imaginar un vertebrado, en el cual las extremidades partieran del vientre en lugar de salir de la cara dorsal.

Si se piensa en un vertebrado con la espalda mirando al suelo, y se supone que sus extremidades no se dirigen hácia el vientre, sino hácia la espalda, la situación de los órganos será casi la misma que en los anélidos y en los articulados. La médula imitaría completamente un ganglio abdominal, pues estaría, lo mismo que éste, colocada por debajo del esófago; pero la comparación no sería extensiva al ganglio faríngeo anterior de los anélidos y de los articulados, pues el representante del cerebro en estos animales está situado en una cara del intestino distinta de la que ocupa la cadena abdominal, mientras en los vertebrados el cerebro y la médula se hallan colocados del mismo lado.

Ante esta dificultad se detuvo siempre la especulación de los zoólogos antiguos. Dohrn la ha vencido con la siguiente hipótesis: Piensa que la boca de los vertebrados no se ha encontrado siempre en el sitio que hoy ocupa, el cual constituye una adquisición tardía. Primitivamente debe, según Dohrn, haberse abierto el esófago en la nuca; la médula oblongada debía entonces constar de dos mitades laterales, entre las cuales pasaba el exófago. A consecuencia de esta manera de ver, la espalda de los vertebrados, que queda así destinada á llevar la boca, debía entonces corresponder á lo que hoy es el vientre.

Estas suposiciones de Dohrn, por lo demás apoyadas hasta hoy en pocos hechos, establecen una completa analogía entre los anélidos y los articulados, de una parte, y los vertebrados de otra. El anillo de los gusanos, es decir, el par de ner-



vios que reúnen la cadena de ganglios abdominales al ganglio faríngeo anterior, viene á representar la médula oblongada, mientras la espinal lo está por la cadena abdominal.

Por un camino del todo diferente llega también Semper á la misma conclusión, es decir, que los más próximos parientes de los vertebrados no deben buscarse en el grupo de las ascidias, sino en la clase de los anélidos.

Semper ha descubierto, en efecto, que los órganos sexuales de ciertos vertebrados inferiores (*squalus*), se hallan dispuestos en un todo, según el tipo de una clase de órganos que há tiempo se conocen en los anélidos, y de los cuales se sabe que tienen la misión de expulsar del cuerpo secreciones de diversa naturaleza, y también los productos sexuales. Se llaman en los anélidos *órganos segmentarios*, porque se repiten por pares en los segmentos del vientre de estos animales. A veces existen en todos, otras sólo en determinados segmentos del abdomen del gusano. Empiezan en la cavidad del vientre por una abertura grande en forma de embudo, desde cuyo punto tienen una forma prolongada, dirigiéndose hácia abajo para buscar la cara abdominal del gusano, y abrirse á derecha é izquierda en orificios situados á los lados del cuerpo del animal. Su pared es glandulosa. En la época de la puesta, los productos de la generación—á la manera del huevo en el hombre—caen libres en la cavidad del abdomen, son recogidos por los embudos segmentarios, y eliminados al exterior por los conductos del mismo nombre.

Ahora bien; Semper ha hallado que el primer estadio de los órganos genitales de los *squalus* (entre cuyas especies se cuenta el tiburón) presenta una identidad casi completa con los órganos segmentarios de los anélidos, y que hasta en el estado adulto conservan muchos *squalus* durante toda su vida conductos segmentarios típicos. Los órganos sexuales están colocados en forma de hundimientos infundibuliformes en el vientre, de tal modo, que corresponde un embudo á cada uno de los segmentos inferiores del vientre del animal. Los embudos segmentarios de la cavidad del abdomen están asociados á los hundimientos del uréter embrionario asimismo representados por hundimientos, y que á su vez conducen también al exte-



rior. En los puntos en que se reúnen los embudos segmentarios, que parten de la cavidad del vientre junto con los hundimientos del uréter embrionario, se halla colocada una formación glandular de las que se llaman glomérulos. Se ve, pues, que la analogía de una parte de los órganos sexuales de los *squalus* con los embudos segmentarios de los anélidos, es muy grande. Así los *squalus*, como los anélidos, tienen órganos sexuales conformados bajo el mismo tipo, con una porción idéntica al principio, con el mismo curso y con una terminación igual, y que sirven además, para las mismas funciones fisiológicas. Los órganos segmentarios de los anélidos y de los *squalus* se distinguen únicamente por un carácter insignificante, á saber: en los gusanos cada conducto se abre aisladamente al exterior, mientras en los *squalus* se reúnen en una terminación común, la cual, por su parte, sale al exterior.

Con gran probabilidad puede sostenerse, que este hecho constituye la analogía fundamental, que reúne los vertebrados al resto del reino animal.

Semper no ha dejado de proponer una nueva clasificación zoológica fundado en los órganos segmentarios. También divide el reino animal en protozoos y metazoos; pero éstos no se subdividen, atendiendo á si tienen dos ó tres hojas blastodérmicas, sino según presenten ó no riñones primitivos. Los que los tienen se descomponen á su vez en dos grupos: articulados y no articulados. La clasificación de Semper fundada en esta base es como sigue:

- 1.º Protozoos.
- 2.º Metazoos.
  - a. Animales que tienen riñon embrionario.
  - b. Animales que carecen de riñon embrionario.
    - α. Articulados.
    - β. No articulados.

Los trabajos de Semper no sólo echan un puente entre los vertebrados y los invertebrados, sino que varían en parte la significación fundamental de algunas secciones de los órganos urinarios y genitales de todos los vertebrados, y por lo tanto, también de los del hombre. Como la exposición de este punto



exigiría demasiados detalles anatómicos, no me ocuparé más del asunto, limitándome á llamar la atención sobre lo siguiente.

Hasta hoy se creía con Waldeyer (*Huevo y ovario*. Leipzig 1870) que el producto sexual masculino y el femenino se hallaban reunidos en todos los individuos. Waldeyer dice que cada vertebrado es en estado embrionario un hermafrodita, y que luégo no se desarrollan más que los órganos femeninos, desapareciendo los masculinos, ó que sólo lo hacen éstos, mientras perecen los primeros. Esta manera de ver queda completamente destruida por los trabajos de Semper, quien demuestra que no es exacto que todo individuo sea un hermafrodita al principio de su existencia, sino, por el contrario, no existe más que un rudimento, y no dos, como se supone. Este rudimento único es, sin embargo, de tal naturaleza, que puede desarrollarse de dos maneras: dando lugar, ya á huevos, ya á filamentos espermáticos.

Concluyo aquí lo que me había propuesto decir sobre los teoremas que hoy dominan la anatomía. Habreis visto que la anatomía general dista mucho de ser lo que hace aún pocos decenios se creía su concepto fundamental. No tiene ya el carácter anticientífico, que imprimen los hechos inconexos, todo lo numerosos posibles, que tanto preocupó en tiempos anteriores, y que permitía llegar á ser un excelente anatómo á todo el que estaba dotado de una memoria feliz. Hoy no se trata sólo de la forma adulta; no se contentan con descomponer las partes, y con el conocimiento analítico, sino que se buscan las relaciones de los hechos aislados, y se aprecian éstos por su valor morfológico. Así se consigue tener idea de las relaciones que unen unos organismos con otros. Lo mismo hace la embriología, unida por estrecho lazo á la anatomía, y que hoy la domina por completo. Tampoco ella se contenta comparando ontogénicamente los estados de larva de un solo animal únicamente con el mismo en estado de adulto, sino que considera las metamorfosis embrionarias en relacion con la organización final de las clases animales más inferiores, suponiéndolas unidas por el parentesco de la herencia.

Atendiendo al auxilio, que prestan la anatomía analítica y la



embriología para establecer estas comparaciones, es de esperar que se haya encontrado el camino de resolver el gran problema planteado por la doctrina de Darwin : la primitiva solaridad del mundo orgánico, por una parte, y el desdoblamiento que ha tenido lugar filogenéticamente en el transcurso de los tiempos.







## ANÁLISIS Y ENSAYOS

---

EL POSITIVISMO Ó SISTEMA DE LAS CIENCIAS EXPERIMENTALES, POR  
PEDRO ESTASSEN, BARCELONA, JANE HERMANOS.

**U**n libro bueno no se recibe todos los días en nuestras redacciones, y ménos hoy en que reina una verdadera fiebre de publicar. El asunto para muchos es publicar; pequeño ó grande, la cuestion es dar á la estampa un volúmen, y decir: *mi tomo* (por lo regular de poesías). Al ver en nuestras mesas ese monton de papel impreso que diariamente viene á recordarnos la intensidad de tan terrible monomanía, más de una vez nos hemos explicado la queja tan frecuente de que en España no hay lectores. Lo cierto es que tan mal los hemos acostumbrado, que cuando por milagro se publican los buenos libros, como es y con mucho el del Sr. Estassen, temblamos de miedo, pensando si el público podrá fijar en él toda su atencion.

Pero afortunadamente concurren en el libro de que hablamos, y en el autor, circunstancias especiales. Ventajosamente conocido éste por otras obras, y con especialidad de los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, por sus muy notables ensayos sobre historia y derecho, tenía el libro, además, el mérito de un nacimiento estrepitoso: la reaccion científica, mejor dicho y con ménos embozo, la pedante ignorancia, lo anatematizó ántes de que naciera; pues es *El positivismo* una serie de conferencias que el Sr. Estassen empezó y no pudo terminar en el Ateneo Barcelonés.

¿Por qué no hubo de terminarlas?

Al fin del libro hay una página, página que al leerla siento cómo el calor sube á mis mejillas, y que textualmente dice:

«*Advertencia final.*—Las dos últimas conferencias fueron pronun-



ciadas en la Academia de Derecho, á consecuencia de un oficio que se me pasó, firmado por el Presidente y Secretario del Ateneo Barcelonés, privándome de continuarlas en el local de esta corporacion, ya que el Reglamento de la misma prohíbe entrar en materias religiosas. Para que se vea cómo en la quinta conferencia no traté de tales materias, las publico sin añadir ni quitar nada, ni siquiera corregir el estilo. He debido disfrazar algunos conceptos, y he hablado siempre bajo una presion indecible. Hago constar ésto para que en el extranjero sepan qué libertad científica hay en nuestro país. Sólo en el seno de la Academia de Derecho, cuyas puertas me abrió de par en par su digno Presidente D. Juan Sol, he encontrado menos presion y he podido exponer mis ideas más libremente. Sin embargo, he debido terminar mis lecciones ántes de lo que yo había calculado; así que nada ó muy poco he podido decir de la biología y de la sociología. Quería dar treinta ó cuarenta conferencias, y he terminado á la sétima; no se me culpe, pues, por mi exposicion del positivismo, harto somera; pues á la segunda conferencia ya empezó á ponerme serios obstáculos á la exposicion de mis ideas, la única que verdaderamente domina en España: la intolerancia.»

La amargura que siente el autor al escribir esas líneas es menor, mucho menor, que la que deben sentir los señores del Ateneo Barcelonés, al ver hechos como ese entregados á la publicidad. Teníamos entendido en Madrid que era ese centro, á semejanza del nuestro, centro científico y literario, á donde acude el pensamiento, puro de miras egoistas y políticas, á explanarse en la pura region de la ciencia. Si en Barcelona se va al Ateneo á hablar de negocios, tomar café, jugar al tresillo ó al dominó, hagan sus directores el Reglamento á su antojo, é interpreten en el sentido que les cuadre ideas como las del Sr. Estassen en su quinta conferencia; pero si sus *tertulianos* quieren darse barniz científico, y sus señores socios componen una corporacion como la de Madrid, y con el mismo nombre, que se sometan á las leyes universales de toda corporacion científica, y que los encargados de interpretar su Reglamento no usen cristales de color.

Nos unimos con todas nuestras fuerzas al Sr. Estassen, y con él protestamos contra la intolerancia y el fanatismo del Ateneo Barcelonés. Y dispénsenos el Sr. Estassen si limitamos á ese centro nuestra protesta, porque no es justo el extenderla á toda España, así como tampoco el decir en la advertencia que lo manifiesta para que en el extranjero se enteren de la libertad científica en nuestro país.

El hecho era bastante grave para que no nos afectara á todos, y mucho más á los que están cerca de él. Nos afecta porque nos da la medida de la tolerancia que reina en aquel Ateneo; pero ha hecho mal, con franqueza se lo decimos al Sr. Estassen, en confundir á España con el Ateneo Barcelonés. En honor de la verdad, los que amamos la libertad científica no podemos ni debemos quejarnos de la



España actual. En el libro y en la Revista, en los Ateneos, que no son como el Barcelonés, y en las escuelas libres, la ciencia encuentra seguro amparo, y el pensamiento puro en nada ha temido hasta hoy ver cortado su vuelo. ¡Ojalá que siempre disfrutemos de esta libertad científica! Es cierto que mayor podría tenerse, y que es de desear que en los centros oficiales impere también en absoluto; pero mientras nos dejen practicarla á nuestro modo á los que la queremos y amamos, nada podemos decir.

Vamos ahora al contenido del libro, al positivismo y á su exposicion.

Las siete conferencias de que se compone, aunque incompletas, como el mismo autor nos ha hecho saber, son, sin embargo, suficientes para revelar las notables condiciones que adornan al Sr. Estassen. Método sencillo en la exposicion, claridad en las ideas, facilidad en la union de los conceptos que se analizan, son todas las condiciones que pueden pedirse á todo libro de propaganda, y que en éste doblemente resaltan por la originalidad que en todo él abunda. No es así el libro del Sr. Estassen, un mero extracto de Comte, expuesto en forma fácil y agradable, sino, á la vez que un libro de propaganda, fruto seguramente de una inteligencia avezada á marchar por propia cuenta.

Después de leer la obra del Sr. Estassen nos hemos preguntado diferentes veces: ¿es positivista el expositor del positivismo? ¿Positivista en su verdadero sentido, es decir, comtista? Siempre nos hemos contestado negativamente. Y no se sorprenda el Sr. Estassen, que no es esto decirle que no sabe lo que es. Nada de ello. Mucho pesa para nosotros su opcion en muchos puntos, discutidos entre los filósofos ingleses y los positivistas franceses, por éstos últimos; las recriminaciones que á Herber Spencer traslada, no queriendo discutir las ni disiparlas, su constante adhesion á los principios de Comte y Littré; pero todo ello no compensa una idea constante en todos los demás, una idea madre, por decir así, de todos sus pensamientos y que está en abierta oposicion con el positivismo francés: esa idea madre en el Sr. Estassen es la evolucion, que de ninguna suerte puede tener cabida en el credo comtista.

Y no le pese al autor. El Comtismo es imperfecto: es seguramente una de las manifestaciones más geniales del pensamiento humano: á falta de otros, seguramente sería el que mejor podría llamarse sistema de las ciencias experimentales; pero hay contra él, á más de argumentos y razones de mucha fuerza, uno muy simple que lo desbarata y cuya solucion encomendamos á los positivistas. Dicen éstos, las cosas son hechos: no hay más que hechos, y sus leyes, en resúmen, no son más que hechos generales. No. Las cosas no son hechos ni leyes. Porque los hechos mismos ¿qué son? *Representaciones* que de las cosas nos hacemos. Y estas representaciones ¿cómo se forman?



De aquí el estudio de nuestra condicion y como consecuencia siempre, una invariable, por lo ménos, á saber : que léjos de ser los hechos fenómenos exteriores, en realidad , todo es interior, y subjetivo. De ahí tambien una consecuencia diametral al positivismo : dice éste, siendo todo fenómenos exteriores, la *psicología no existe*, miéntras que la verdadera consecuencia es : en el fondo, todo, absolutamente todo, aunque venga del exterior, como sólo lo conocemos despues de las modificaciones que nuestra naturaleza psico-física las hace pasar; todo , repetimos, es subjetivo, y por tanto, no hay más que *psicología*.

A esto lleva toda la ciencia moderna. Estas conclusiones no son hijas de un sistema filosófico, son las que resultan de la fisiología, de la física. No son los filósofos los que nos las han dado á conocer, sino los naturalistas asombrados ellos mismos de que esos resultados fueran ya apuntados por un filósofo, por Kant.

Poco espacio tenemos para seguir examinando este libro. A mucho se presta su método é importancia, y lo ménos que podemos hacer es animar, más aún, rogar al autor que siga en ese camino, y desear que todos los años se publiquen dos libros siquiera como el del señor Estassen.

JOSÉ DEL PEROJO.



---

Madrid 15 de Setiembre de 1877.

*Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.*

---

TIPOGRAF.-ESTEREOTIPÍA PEROJO

Mendizabal, 64